BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra.....
Sala en que se encuentra..... 9A
Tabla en que se halla..... 410
Orden que en ella tiene..... 29

BIBLIOTECA NACIONAL
0159474

9D(410-29)

EUGENIO ORREGO VICUÑA

TERRA AUSTRALIS

ZIG-ZAG

Terra Australis

DR

Historia y Documentos

DIRECTOR: MARIO GÓNGORA

bnch

1948
c 1
AAA1405

Es propiedad. Derechos exclusivos. Inscripción N.º 11801. Copyright by Empresa Editora Zig-Zag, S. A. Santiago de Chile, 1947.

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
ENE 16 1948
DEPOSITO LEGAL

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.
SANTIAGO DE CHILE, 1948.

Eugenio Orrego Vicuña

Terra Australis

Diario de la primera Expedición Antártica Chilena

CON FOTOGRAFIAS DE
HERNAN R. CORREA

Zig - Zag

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

En memoria del Emperador Carlos V, que anexó al reino de Chile los dominios de Terra Australis, y de sus gobernadores españoles Don Pedro de Valdivia, Don Sancho de Hoz, Don García Hurtado de Mendoza, Don Jerónimo de Alderete y Don Francisco de Villagra.

En honra del Libertador O'Higgins, que indicó a su pueblo los caminos del Sur.

A mis compañeros de la primera Expedición Antártica Chilena - marinos, militares y civiles - de capitán a paje.

SOBERANÍA, AÑO DE 1947

Noticia Preliminar

ESPAÑA, en el siglo XVI, adelantándose a las futuras disposiciones del Derecho Polar, que se basaría en la distribución geográfica de cuadrantes o sectores polares, había ya comprendido que las tierras aún no descubiertas, hasta el Polo Sur, constituían la natural prolongación de sus territorios coloniales sudamericanos; de acuerdo con tales principios, que hablan muy alto de la capacidad política de Carlos V. y de la sabiduría de los hombres de ciencia y consejeros de su corte, fué establecida —sin límites precisos, es decir, sin otros límites que los del Polo mismo— la Terra Australis, *que se consideró prolongación del* Reino de Chile *y para la cual constituyó en gobernadores in partibus a los de dicha Capitanía General. Más tarde, en documento de grande importancia histórica, el Libertador O'Higgins consideró que los límites de su país llegaban en la práctica, entonces, hasta las Shetland del Sur, por constituir espacio bajo el dominio habitual de los marinos, foqueros y pescadores chilenos. Hacia fines del siglo XIX, esos derechos comenzaron a aplicarse de acuerdo con los principios de marras, que las naciones empezaban a aceptar, siguiendo las conclusiones*

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

de exploradores, geógrafos e investigadores. Desde el alba del XX, el Gobierno de Chile, con clara conciencia, comenzó a ejercer actos de soberanía no contestada, los que se tradujeron en disposiciones, contratos y decretos supremos que llevan las firmas de los Presidentes de la República don Germán Riesco y don Pedro Montt; ello culminó, hacia 1906, en la ocupación casi ininterrumpida de la isla Decepción como centro de la Compañía Ballenera de Magallanes. En 1940, cuando el consenso jurídico internacional había conferido mucha parte de su validez a las teorías que informan el mencionado Derecho Polar, otro Presidente chileno, don Pedro Aguirre Cerda, estableció finalmente y por decreto supremo los límites territoriales antárticos de la Nación, decreto que no fué ni pudo ser contestado válidamente por país alguno.

Ya en 1906, el Gobierno había estudiado el envío de una expedición científica y militar a recorrer las vastas zonas de nuestra Antártida, mal conocidas, a fin de tomar aquellas disposiciones que parecieran más oportunas, lo que hubo de postergarse a causa del terremoto que asoló la parte central de Chile aquel año.

Esa expedición, que con tan excelente criterio deseaban realizar el Presidente Montt y su Ministro de Relaciones Exteriores don Antonio Huneeus, pudo, por fin, organizarse en forma en los últimos meses de 1946, con el eficaz concurso del capitán de navío en retiro don Enrique Cordovez, llevándose a cabo en el verano de 1947. Para ello se constituyó una flotilla, integrada por el transporte Angamos y la fragata Iquique, bajo la dirección del capitán de navío don Federico Guezalaga, como Comodoro, y de los capitanes de fragata señores Gabriel Rojas Parker y Ernesto González N. La nave de este último se hizo a la mar a comienzos de dicho año y la otra zarpó de Valparaíso el 28 de enero, arribando a Soberanía, primera base militar permanente de Chile, el 12 de febrero.

A bordo del Angamos *se embarcaron las misiones científica e intelectual y las delegaciones aérea y del ejército, que el Ministerio de Defensa Nacional había constituído.*

Exito completo, más allá de cuanto pudo preverse, coronó a la expedición. Observaciones y estudios técnicos y científicos de gran valor se llevaron a cabo y se asentaron sobre base inconmovible los legítimos derechos chilenos.

El señor Ministro de Defensa Nacional, don Manuel Bulnes Sanfuentes, invitó a la Universidad de Chile, y la ilustre corporación, por acuerdo de su Rector, don Juvenal Hernández, y del Secretario General, don Enrique L. Marshall, me honró, confiándome su representación oficial.

Embarcado en el transporte Angamos, *hice en él toda la campaña antártica.*

Los frutos de la histórica expedición se verán en el correr de los años. Su examen pertenece al futuro.

Por lo que a mí toca, y dejando aparte el modesto aporte personal, que otros apreciarán, si hay para ello materia o motivo, debo añadir que creí conveniente recoger día a día las impresiones del primer viaje oficial a la Antártida Chilena. Y así fué escrito este Diario, *a bordo del* Angamos, *en horas de la noche, en mi litera, entre la sinfonía de la ola y el viento, o bien en las jornadas de trabajo en el pequeño gabinete que el Comodoro tuvo la gentileza de ofrecernos. Al poner en limpio las cuartillas, nada modifiqué, salvo las necesarias correcciones habituales. Tendrá, pues, ya que no otros méritos, acento de sinceridad, al menos. Redactado en estilo llano, limpio de todo artificio, pudiera considerársele como una conversación familiar a la orilla del tiempo.*

E. O. V.

I

DE VALPARAISO A PUNTA ARENAS

MARTES 28 DE ENERO: Atardecer de grúas. La cubierta del *Angamos* se halla llena de barricas de petróleo y se ven letreros a tiza por doquiera: "No fumar". No nos curamos de pensar que siempre nos estamos yendo, siempre de partida con regreso en el recuerdo, y la separación es triste. Zarpamos a filo de las once, después de comida tardía y de apuro. Desde el *Latorre* y el *Chacabuco* llegan mensajes luminosos, fuertes destellos intermitentes. El barco se desliza lento, cerca del crucero británico *Sheffield*. La iluminación de la bahía decora los cerros en espectáculo feérico; hay luces que semejan grandes interrogantes; las hay verdes y opacas por lejanas, que señalan la línea del camino a Concón. Inclinado sobre la borda, en la hora de iniciar una aventura antigua, que puede ser grande, los ojos se prenden al puerto. ¿Qué nos espera? Pensamos con respeto, conscientes de nuestra pequeñez, en Colón, Magallanes, los capitanes de mundos, los creadores de gestas, que iban a arrancar su secreto a los mares desconocidos, a emprender con sus pendones y su audacia la siembra de imperios. En los grandes señores del mar...

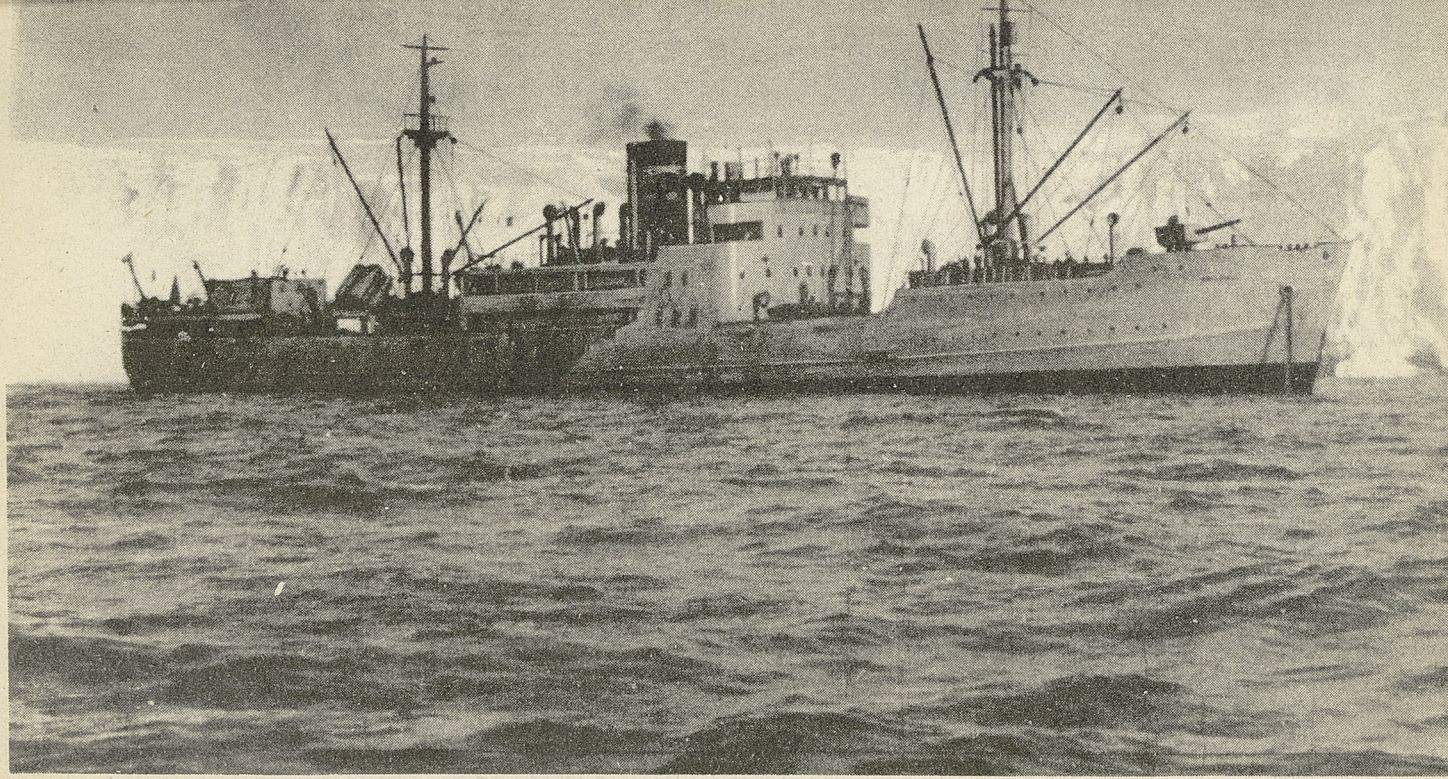
MIERCOLES 29: Día gris, mar calmo. Crepúsculo de soles reflejos entre nubes bajas; luna joven sobre las aguas tranquilas, que se van tornando azules y violetas.

En la noche escuchamos por primera vez la diaria transmisión de Radio Cooperativa Vitalicia para los tripulantes de los barcos chilenos que van a la Antártida, limitada por ahora a nuestros compañeros de la *Iquique*, que reciben mensajes emotivos de amigos y parientes, como una mano tendida sobre el mar.

JUEVES 30: Espléndida mañana que recuerda alguna frase de María Graham, la enamorada del clima de Chile. El barco está detenido frente a la Isla de la Mocha para desembarcar a un *pavo* con joroba y tisis, descubierto ayer. La isla llena el paisaje con su pequeño caserío disperso y su enorme montaña cubierta de bosques viejísimos que vieron los conquistadores. Ahí desembarcaba Drake el corsario; los mapuches habían situado ahí su paraíso de las almas...

Cuentan los isleños, según refiere el profesor Oliver Schneider, que en la sombra de los bosques, por las noches obscuras, suelen verse vagar dos negros sin cabeza. Y es el caso que Garro, cuando evacuó la Mocha en los tiempos de la Independencia, mandó decapitar a dos habitantes negros, que acaso le parecieron sospechosos de patriotismo; pero este lejano dato histórico no lo conocían los pobladores españoles. Oliver añade una experiencia personal: "Vi un *caleuche* en cierta isla del Sur. Conversábamos a orilla del mar, cuando sentí ruido de cadenas que fondeaban; acudí con otros habitantes que sintieron la maniobra, y con claridad pude ver las luces de popa. Salieron algunos botes al encuentro del barco y no encontraron nada". "¡Es un *caleuche!*", decían todos. "¡Hemos visto un *caleuche!*"

Un grito de Enrique Bunster señala la aparición de un gran pez con fuerte aleta dorsal y manchas blancas, con lo que



El transporte "Angamos", buque insignia de la Expedicion. (Foto tomada al pie de los glaciares de Puerto Soberania.)

acuden los naturalistas y reconocen a la orca, tigre de los mares australes, que ataca a la ballena y devora los lobos marinos; cuéntase que ayuda a los balleneros, atacando en manada a los cetáceos perseguidos, en pago de lo cual se les arrojan trozos de lengua de las víctimas.

Atardecer de acero y plata. El mar parece labrado, según feliz expresión de Coloane. La luna riela sobre la onda agitada. "¡Quién fuera Rubén Darío para cantarla!", dice alguien a nuestro lado.

El oficial de mar anuncia mal tiempo para mañana.

VIERNES 31: Día gris. Mar gruesa, inclinación 22, chubascos y mareos a granel. Leo *La Antártida Chilena*, de Oscar Pinochet, y le comunico mis impresiones: libro excelente.

La diaria rutina ha ido estableciendo sutiles hilos de camaradería. Los oficiales, capitanes, tenientes y guardiamarinas me parecen amables y correctos. En la cámara de rancho se nos ha agrupado en una mesa que comienzan a llamar de los "sabios", lo que no desagrada a algunos comensales. En ella figuran Carlos Oliver Schneider, profesor eminente de la Universidad de Concepción, que entiende en no pocas ciencias y cuyos libros y ensayos le dan categoría internacional; gordo, alto, fuerte, parece un gigante bondadoso escapado de algún libro de estampas antiguas; mesurado, sobrio, discreto, su charla es siempre amena. Parmenio Yáñez, doctor y director del servicio de Biología Marina de la Universidad de Chile, con prestigio de catedrático cultivado. El doctor Jorge Greve, médico de Ferrocarriles, agudo charlador, que posee un repertorio de cuentos y anécdotas con la hondura del tonel de las Danaides; tolerante, caballeroso y contemporizador, se gana con facilidad las simpatías de todos. El doctor Guillermo Mann, hijo del notable profesor alemán de su nombre, cuyo libro sobre Chile es obra magistral, desempeña importante cátedra en la Universidad de

Chile y ha escrito monografías y estudios científicos que han llamado la atención de los estudiosos. Arturo Larraín, médico también, especialista en dietética, que recuerda, por su fisonomía, a Eugenio González; le acompaña Humberto Barrera, director de "Revista Andina" y destacado glaceólogo. Y va de médicos. El doctor Lenguerich —Juanito—, técnico en pesca, de reputación europea; sabe bien lo suyo y muchísimo más que se desliza en la tertulia habitual; pequeño filósofo, alegre y simpático, ha vivido largos años en Chile y lo quiere. Oscar Pinochet, abogado e internacionalista, con excelentes aptitudes para la carrera en que se encuentra; es un enamorado de la Antártida. Ya iremos conociendo a los otros o reconociéndoles: Francisco Coloane, uno de los mejores cuentistas de nuestra literatura vernácula, fuerte de físico, a quien conocí ancho de alma en campo ajeno al afán político. Enrique Bunster, escritor de cepa, tipo de caballero británico, que sufre, como Flaubert, la pasión de corregir; un día le oí decir que no escribía sobre cierto tema histórico porque no tenía aún madurez, expresión de probidad literaria que constituye la mejor garantía de sus triunfos futuros, pues está llamado a porvenir brillantísimo. Entre los periodistas: Pablo Estay, corresponsal de "La Nación", escogido con tino, pues pocos le igualan en el género; Jenaro Medina, el simpático gordo de "VEA", rico de recursos, que dejó escritas en Santiago algunas de sus crónicas de viaje y remitió desde Punta Arenas la relación de cuanto debíamos ver, y no se le tache, que los lectores sólo piden entretenimiento a los periódicos; Guy Walrand, distinguido representante de la Agencia "France Presse", meridional y latino, que escribe a la manera de Medina. El naturalista Louis Robin, hombre joven, de bien asentada reputación como etnólogo...

Al atardecer pasamos por la cuadra de la Isla Huafo, desta-

cada sobre el fondo de la grande de Chiloé: soledad de árboles invisibles; un faro cruza el crepúsculo.

No pocos, cogidos del mareo, faltan a lista en la comida. Para ellos fué la receta del doctor Lenguerich: "Conozco un sólo remedio a este mal: la sombra de un árbol en tierra firme" . . .

1.° DE FEBRERO: Nos baña el sol; es casi tibio el aire, a pesar de que la temperatura ha ido descendiendo. Desfila la Península Taitao con su masa gris (el gris es el color de la distancia). Por la tarde anuncian la presencia de ballenas, y corro con los naturalistas a cubierta: a mucha distancia, casi en la línea del horizonte, un cachalote arroja el chorro rápido y breve de una respiración tranquila. Entramos al Golfo de Penas, que bautizo de Lago de Penas, tan apacible se muestra. Como el tiempo resulta anormalmente bueno en esta región de mar brava, temida por los navegantes, el comandante resuelve seguir por afuera, sin entrar al Canal Messier; con ello se gana media docena de horas, pero se pierde la visión de la Angostura Inglesa y el Paso del Abismo. El cielo se cubre en la noche y no hay vislumbre de luna. Leo *La Antártida, visionaria apreciación del General O'Higgins*, folleto del general Cañas Montalva, publicado en Magallanes en 1944.

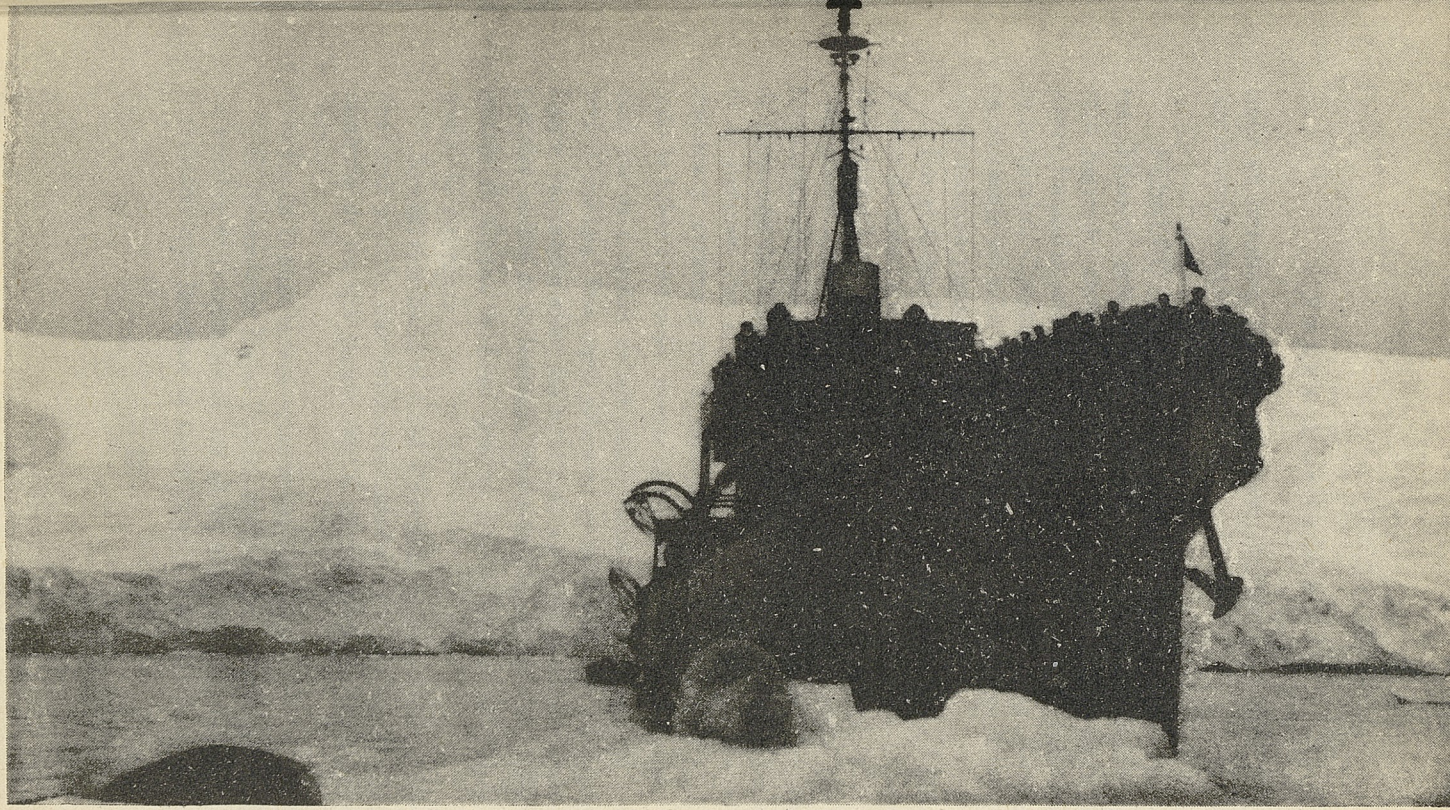
DOMINGO 2 DE FEBRERO: A la hora diez penetramos al Canal Trinidad, rara vez frecuentado de barcos por hallarse fuera de la ruta ordinaria. A la derecha, grandes cerros que parecen coronados de nieve y son de piedra lavada por los antiguos glaciares, de raro color blanco. Comienza a deslizarse la nave por dédalo indescriptible de islotes vestidos de verde, a modo de canastillos o maceteros gigantes tendidos por la mano de Dios. Nuevas perspectivas se abren en sucesión ininterrumpida, con bahías pequeñas y cerros de contornos caprichosos; en

alguna se perfilan témpanos diminutos en lenta deriva. El Pico Solitario encima su cabeza, que desde lejos parecía la de un gigante indolente. Más allá hay como un vuelo de nieves compactas que destacan su albura sobre la piedra negruzca. Los pasajeros contemplan embobados desde el puente. Los oficiales jóvenes, en uniforme caqui, circulan o trabajan; docenas de cámaras captan la belleza en el leve segundo. Entramos al Canal Concepción; llegamos al Paso de Guía; los panoramas se suceden sin copiarse, mas en la tersura del agua se doblan; delgadas corrientes caen desde la altura y es tal la tranquilidad, que el barco parece detenido. Circulan delfines; grandes peces casi transparentes pasan bajo la sabana verde ante el ojo viajero.

El crepúsculo tiene tonalidades de rojo, ocre y oro, con orla violeta; una lejana línea de cordillera está pintada de azul de Prusia en el horizonte. Vuela una grande y solitaria ave gris; algunas gaviotas discuten sobre la presa invisible. Dulce serenidad invade el paisaje y el alma. ¿Nos hallamos, por ventura, en el centro de un sueño? ¿Acaso hemos conseguido escapar a la miseria de los días asomándonos a ventanas secretas? El paisaje suele ser un estado de belleza. Desertamos de lo cotidiano en breve momento de olvido y recuperación. Y entonces somos más que el rey y superamos a los vencedores: reinamos en el paisaje consustanciándonos con él y vencemos a las fuerzas obscuras, entregándonos a armonías de luz y color. ¿Cómo traducir todo esto? Imágenes hay que no admiten descripciones: pueden sólo sugerirse.

Y sobre el crepúsculo, la luna. La luna vestida de encaje y reflejos.

Pasa junto al *Angamos* un vapor en cuya cubierta los pasajeros nos contemplan. Es el *Avilés*, de la Interoceánica, en el que viajé hace un año de Buenos Aires a Valparaíso, recorriendo estos mismos sitios con panoramas y emociones distintos, porque el paisaje tiene vida propia y singular y nunca se



LA FRAGATA "IQUIQUE", RODEADA DE LEOPARDOS MARINOS QUE NAVEGAN SOBRE TEMPANOS.

repite en nosotros. Ni nos repetimos. Somos y pasamos, mas continuamos siendo.

FEBRERO 3: A babor y estribor el Cementerio de Barcos. Triste y curioso espectáculo que acaso no se encuentra en otro lugar del mundo. A estribor y babor se alzan restos de naves hundidas, cascos, quillas, esqueletos marinos cubiertos de herrumbre. Cuentan su historia de imprevisión o mal destino en elocuente silencio; si los contempláramos en noche de luna nos parecerían restos de otros tantos *Caleuches*...

Por el Cabo Pilar penetramos al Estrecho de Magallanes. Yermo de roca sembrado de toques de nieve; glaciares y picachos, algunas ensenadas, rara mancha verde en el paisaje hosco, cuya solitaria majestad subyuga. Inclinados sobre la borda, contemplamos este mar por donde se deslizaron un día las carabelas de Hernando de Magallanes en una de las más grandes hazañas de la historia. Iba el ilustre navegante preñado de descubrimientos y aventuras en la más difícil de su trabajada vida; todo se había concluído, menos la esperanza; los hombres mordían cueros y ardían de sed, rotos, desnudos, en delirio de fiebres y mirajes. Por aquí pasaron, en esta anchura del Canal Largo. Inclinados sobre las bordas de sus naves heridas de tempestades, ahitos de inclemencia, debieron contemplar este mismo paisaje en alguna mañana gris en que todo parecía muerto, menos la esperanza...

Avanzamos hacia el Cabo Froward, en cuya cima se alza una cruz grande, que involuntariamente lleva a Dios el pensamiento de los que pasan, aun el de aquellos que nada creen creer...

En la bruma se van velando las imágenes...

El comandante Rojas Parker ofrece en la cámara principal, en nombre de la oficialidad, un cóctel a las delegaciones civiles y militares que integran la expedición, a los técnicos y a los

escritores. Sus palabras sencillas llevan acento de sinceridad. El hielo está roto; se abre camino la hermandad del mar...

Después del rancho vespertino, los oficiales me invitan a su mesa. Cantan el Himno de la Escuela Naval y otras canciones con "alegre" melancolía, aires del mar con olor a brisas y mareas, entonados por frescas voces de muchachos. La del teniente Marchant sobresale en afinamiento; otra anima la maniobra, uno de los argentinos ejecuta zambras de su tierra con voz de barítono. Un guardiamarina me confía sus inquietudes profesionales, las tristezas y alegrías de su lucha, su fidelidad a una vocación a pesar de injusticias o quebrantos. De la madera de estos mozos se hacen los héroes.

Llegamos a Punta Arenas. El puerto levanta en gradería sus luces, en pequeña reproducción de Valparaíso. A media noche ancla el *Angamos* y algunos pasajeros impacientes se preparan a desembarcar. Uno de ellos se declara "deliciosamente borracho" y nos compadece.

Escribo cartas familiares. Pienso en mi Madre.

PUNTA ARENAS, FEBRERO 4: Día en que se cruzan las estaciones: sol, lluvia, viento. Recorro de nuevo la ciudad austral, en cuya plaza se alza Hernando de Magallanes, hombre de bronce. Por la tarde me invita Oliver al Criadero de Zorros. Vamos en el auto del señor Salgado, español. Camino magnífico, barrido por los vientos del Sur. El criadero muestra especies de zorros plateados, azules, grises, platinados. En una parte los de pedigree, con sus colas de señoras antiguas; en un gran corral asistimos a la ceremonia de la comida: un cuidador esparce las tortas alimenticias y los animalejos se arremolinan, saltan, se muerden en pintoresca algarabía. En otra sección corren bisones en pequeñas jaulas. Seguimos al establecimiento Psket, en donde se asiste a otro espectáculo: la esquila a máquina de gordos corderos y ovejas que van dejando su lana a ma-

nos de diestros operadores sudorosos. Es el oro blanco que renta a los propietarios fabulosos porcentajes y llena gavetas no siempre abiertas a la filantropía... Regresamos por camino costanero, mar rizado con línea de espuma, lana marina...

Un encuentro feliz con Leopoldo Castro, amigo cultísimo, que acaba de llegar en vía de veraneo, llena las horas de la estada en compañía de gente amable y simpática.

FEBRERO 5: Hago las últimas compras con Jorge Vial, compañero de colegio que ocupa situación destacada. La vida le ha tratado bien y es grato, después de largo silencio de años, mirarse en espejo que refleja juventud. La juventud es cuestión de espíritu a veces y suele burlarse del tiempo, pero conforta verla alentar en la flaca naturaleza. Puebla un minuto nuestra vida. Cuando somos jóvenes no lo sabemos, decía mi madre. Acaso sólo nos enteramos realmente cuando ya pasó la vida...

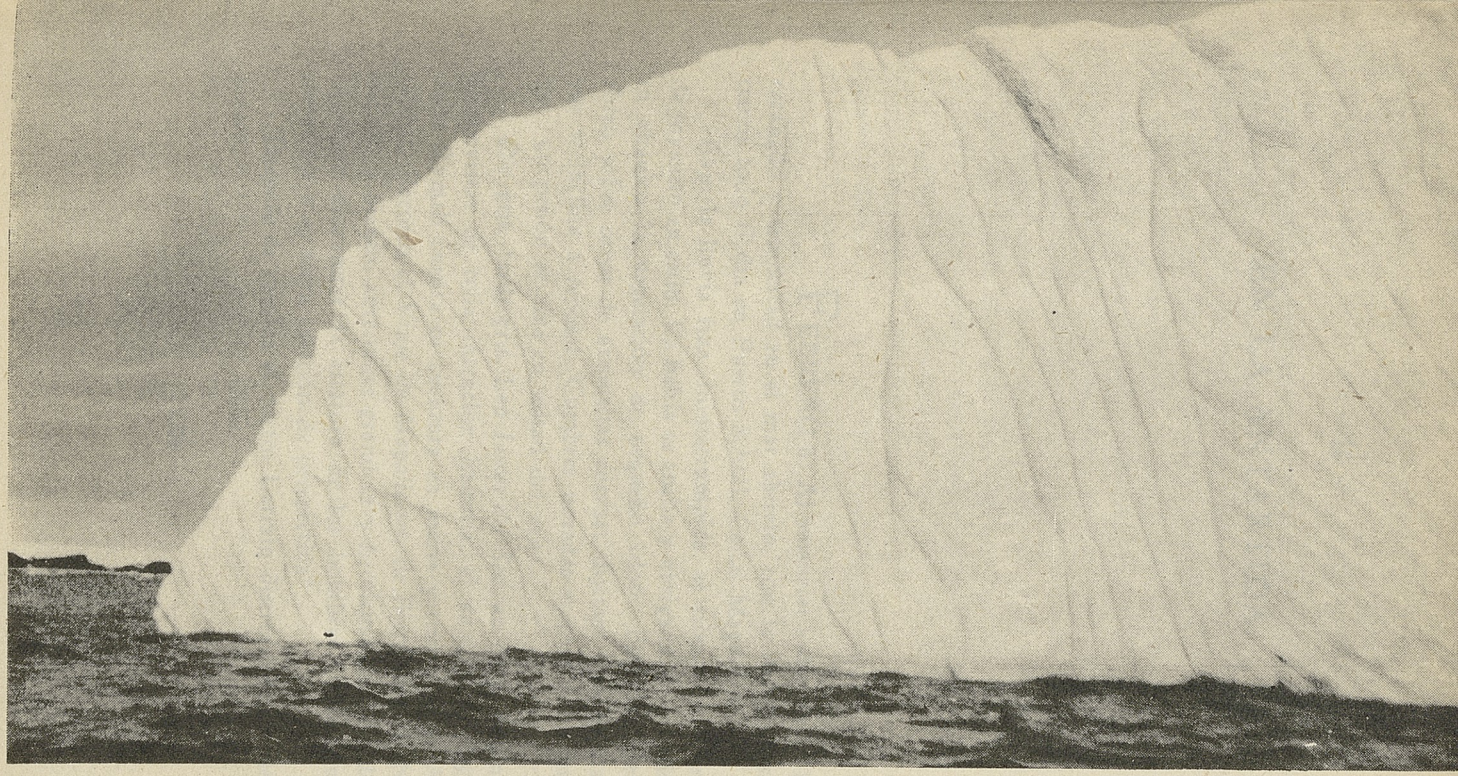
Por la tarde, en circunstancia de que ya no esperaba encontrar en el comercio gafas de nieve adecuadas, he aquí un muchacho yanqui, Mr. William W. Warner, de Nueva York, que tiene la gentileza de obsequiarme las suyas. Amigos y lectores desconocidos me estrechan la mano; oigo palabras de aliento y afecto en esta hermosa hermandad de los viajes que a veces nos pone en contacto con gente sin egoísmo. Y luego, caminante a tu camino... Recuerdo esa bella balada de Paul Fort: ¡Si se unieran las manos de todos los hombres del mundo! Si se unieran, Señor, como en la leyenda del Pobrecito de Asís, el Hermano Lobo y el Hermano Pájaro. Si el Hermano Hombre se olvidase de ser carnicero...

El comodoro Santibáñez nos reúne en el Club del Apostadero Naval. Cóctel a los expedicionarios de la Antártida. Discursos, brindis. Comida final en el Hotel Cosmos en compañía de Polo Castro y el bienhumorado doctor Lengueric̈h.

Damas y amigos nos acompañan a bordo. Una multitud

tocada por emoción patriótica nos despide con las notas de la Canción Nacional. Y el *Angamos* se desliza lento. Un marinero hace voltear su pañuelo desde tierra con vuelos de cueca. Alguien grita: "Ballena Azul, ¡ohh!..." Ha entrado en el léxico popular una nueva interjección.

Nos agrupamos en la cámara. Los oficiales escuchan, en el *pick-up*, canciones del viejo tiempo, y nadie dice nada. Afuera, las luces de Punta Arenas apuntan un leve chisperío distante y la luna llena despliega su túnica sobre las aguas. Ruido de máquinas. Silencio de almas recogidas en la evocación del hogar...



TEMPANO GASTADO POR LAS AGUAS, EN SOBERANIA.

II

EN LA ANTARTIDA

FEBRERO 6: Al amanecer hubo viento huracanado y tempestad en el mar abierto, con lo que permanecemos todo el día en Puerto Scholl, Canal Magdalena.

Bajo la lluvia fina, ininterrumpida, se esboza un paisaje de invierno en estío. La bahía es ancha y abrigada. Se despliega en abanico la vegetación de pequeño islote. Elevados cerros abren sobre otros de exquisitas curvas; dijérase una montaña que se inclina a reposar. Cumbres nevadas se perfilan a estribor; un peñón se alza en mitad del agua.

Día gris, tarde gris. Leo *Luces del Sur*, en cuyas páginas, desprovistas de toda intención literaria, el explorador inglés John Rymell cuenta su aventura en mares y tierras de la Antártida. Recorro el *Viaje de Magallanes*, de Fernández de Navarrete, y pienso, ante tanta grandeza y heroísmo desvanecidos, en cómo disminuye la estatura de los hombres. ¿Disminuye realmente o es mera cuestión de perspectiva?

Después de comida el doctor Larraín diserta sobre higiene polar.

FEBRERO 7: De madrugada zarpamos de Puerto Scholl. Llueve y no tarda "Eolo" en soplar con vigor, evocando *La historia de Waldemar Dae y de sus hijas contada por el viento.* "¡Uh, uhh!... ¡Escapo, vuelo!"... Pero no hay Andersen para referir esta historia nuestra sin historia. Sólo pudiera estamparse el estribillo del viento: "¡Escapo, vuelo!"

El Paso Brecknock es un espectáculo. El mar se halla en tempestad, olas enormes barren la popa y hay rachas de huracán (fuerza 9 dicen los meteorólogos, que anoche nos anunciaban buen tiempo con entusiasta unanimidad). Bajo velo de bruma los picachos nevados parecen fantasmas en día espectral. Acaso así, con mar y paisajes semejantes, se deslizan en su viaje los pasajeros de Carón. El paso es difícil y el comandante Rojas actúa con pericia que hace honor a su especialidad de submarinista; el barco surca en radio de cuarenta metros junto a un islote con faro apagado. Avanzamos entre bruma y viento, contemplando desde el puente la potencia de los elementos desencadenados a través del Canal Ballenero. Lenguerich anota el parecido con los fiordos del Norte de Noruega, salvo la vegetación que se prende en la base de los cerros. Los canales de Tierra del Fuego superan en majestad a los magallánicos, pero no tienen su plácida belleza.

El tiempo hace necesario recalar en Puerto Engaño, Isla Londonderry, y allí se clavan las anclas a las seis de la tarde, después de difícil maniobra perturbada por mala señalización. La bahía es ancha. Altas montañas en declive van a morir en una península poblada de grandes árboles. Nieve en la altura, nieve y bruma en las cadenas lejanas; un escúa solitario bate sus negras alas junto al barco, un lobo de doble pelo muestra su cabeza, cruzan toninas rápidas...

En la noche, conferencia del profesor Yáñez sobre biología marina; el orador nos convence de que Chile es en esa ciencia el país más adelantado de Sudamérica.

Se habla en corrillo acerca de futuros libros sobre la expedición. ¿Qué títulos pudieran tener? Propongo el de "Pingüinos en busca de pingüinos".

FEBRERO 8: Entramos en el Canal de Beagle, el más hermoso tal vez en la geografía chilena. Nada en esplendor y majestad de paisaje puede comparársele, como no sea la visión de la Cordillera de los Andes desde el Cerro Santa Lucía en días de invierno claros y soleados. Se suceden, bajo velo alto de bruma que se va disipando, picachos abruptos, cerros cónicos; variedad de formas, asimetría armoniosa. En las cumbres, nieve; en la parte baja, vegetación fuerte. Luego comienzan los glaciares —Romanche, Francia, Italia, Roncagli—, en sucesión. Riqueza de tonos, gris rosáceo en vetas delicadas, azul de Prusia, barro de lodos antiguos, blanco de nieve joven que rueda y se pierde en la vegetación, para luego reaparecer y tornar a perderse. Los hielos eternos, de color azuloso, que vienen desde el último período glaciar y viven más que la roca y la piedra graníticas, se ven resquebrabajados por el peso de infinitos días, cubriendo trozos de diez, veinte y treinta metros de altura que escalan la cima y llegan a media falda. El Francia se corona de formas atrevidas que parecieran copiadas del Dante; en el Italia las masas azuladas descienden casi hasta la orilla y el agua cae en amplia cascada entre árboles; un río de deshielo de estación se abre cauce subterráneo y asoma junto a honda cueva negra, que se adivina más que se ve. Suenan algunos disparos que el eco repite y caen pequeños trozos del glaciar inmenso. El viajero recuerda el Lago Esmeralda, llamado de Todos los Santos, con las cumbres níveas de sus cinco volcanes, reflejándose en las aguas verdes que tienen serenidad de espejos inmóviles; pero este paisaje es más bello aún, más delicado en su grandeza.

A estribor se insinúan bahías mágicas y cordones de monte

cubiertos de robles milenarios, cuyo follaje es tan tupido que se dijera un toldo verde. ¿Qué pluma pudiera describir todo esto? Aun las imágenes más ricas resultarían pálidas, que cosas hay que ni la palabra, ni el pincel, ni la pluma expresan. Decían los Quintero de cierta artista española: "Hay que verla y hay que oírla". Acaso algún viajero imaginativo dió el nombre de Dumas a una península y el de Pasteur a otra, honrando juntamente al benefactor y al hombre de los Mosqueteros.

Por la tarde navegamos ciñendo la Isla Navarino, de extensión considerable, cubierta de selvas y plantada de cordilleras; parque natural, habitado por algunas reducciones de indios yaganes, últimos sobrevivientes de su especie.

Desfilan el Monte Sarmiento, de 2,200 metros de alto, el Monte Darwin, de 2,000, y el Monte Francés, algo menor.

Atravesamos frente a la línea fronteriza, dejando atrás el casco encallado del vapor *Monte Cervantes*, sobre cuya cubierta se ve una casa. Más allá, detrás de los restos de otro barco náufrago, se alza Ushuaia, con su caserío pintoresco y sus chatas prisiones. Siguen las verdes campiñas de una estancia, con manchas de ovejas y algún campamento.

En pos de Navarino, que mañana volveremos a ver, recorriéndolo por la parte opuesta, irrumpen la Isla Picton, la Nueva, en el fondo, y, distante, la Lennox, con el Islote Reparo en primer término; se ven arboladas y feraces, en contraposición a la Isla del Diablo, que surgió a mediodía en una confluencia del Canal. Nunca vi nada tan hosco como aquélla, asaltada de viento y vestida a menudo de tempestades, hecha para leyendas.

Con las luces del crepúsculo, el *Angamos* echa su ancla en una bahía natural, cerca de la Isla Picton. La naturaleza se ha serenado y la noche va creciendo sobre un lago.

DOMINGO 9 DE FEBRERO: Avanzada la mañana, nos aproximamos a Puerto Walaia, abrigada bahía. Hemos dado



HEMBRA DE ELEFANTE MARINO.

la vuelta a la Isla Navarino, siguiendo su costa occidental, menos vegetada, con montaña roblera, vastos campos que invitan al pastoreo y tierra negra virgen, de rica calidad. En la línea cordillerana se destacan el Pico Navarino y el Tortuga, que acentúan su relieve.

Nos dimos de nuevo a la mar, cogiéndonos un chubasco acompañado de viento fortísimo, a lo que sucedió una bonanza poco frecuente en la latitud. Después de comida nos aproximamos a la cuadra del Cabo de Hornos, pasando con ráfagas de S. O. A solas, en cubierta, adivinamos más que percibimos, en la sombra, la distante silueta del Cabo de las Tormentas, terror de los veleros que durante tres siglos pagaron largo tributo a su ira. Atrás quedan el mundo americano y la bravía costa de Chile Continental; por delante, Chile Antártico con los secretos de su fabuloso porvenir.

Estamos en el mar donde realizara sus hazañas el corsario Drake, que la pluma de Vicuña Mackenna describió en algún capítulo de su *Historia de Valparaíso*, que es la mejor biografía del Mar del Sur. Las aguas del Pacífico y del Atlántico se unen detrás de la huella de nuestro barco, como se han de unir un día, tal vez próximo, Chile y Argentina, para fundir sus riquezas y sus hombres, sus virtudes latentes y sus posibilidades sin cuento. Ese día habrá comenzado la historia moderna de Sudamérica.

FEBRERO 10: Navegamos por el Mar de Drake en calma, después de haber danzado anoche ligeramente. La temperatura no baja de 7° y el viento se mantiene discreto, con breve chubasco.

La vida a bordo adquiere tonos casi familiares. En el interior la calefacción central crea atmósfera agradable. Nos conocemos algo más y las horas corren en charlas y lecturas. Con Oliver Schneider vamos a popa, bautizada de Manchuria o Po-

blación Aguirre Cerda, cuyos habitantes parecen no envidiar muy abiertamente las comodidades de la zona central. Ahí alojan el capitán Iensen, jefe brillantísimo, y sus bravos aviadores, con parte del personal militar. En la cámara, hay desnudos de mujer puestos en la pared por alguno de los periodistas y un mapa de la Antártida que se presta a no pocas observaciones. En una mesa trabajan los franceses: Guy Walram y el etnólogo Robin, ágil, de ojos maliciosos y nariz con intención ciranesca; según cuentan, es aficionado a comer cucarachas, bien que otro sabio conocemos a quien no disgustaban las ratas de campo.

El mar se ha puesto azul, de un azul ligeramente acerado y el sol irrumpe, permitiendo actuar al sextante.

En la noche se improvisa animada tertulia que preside el segundo comandante, capitán Bonner. El teniente Custodio Labbé, oficial navegante, se presenta bajo nueva faceta, de rica sensibilidad, enamorado del mar como un caballero antiguo de su dama. Y con los argentinos, hombres documentados y cultos, condiciones que no siempre andan aparejadas en el común, se avivan lazos de fraternidad. "Yo sólo quisiera una cosa —dice el teniente Fraguio—, que en mi país comprendieran hasta qué punto los chilenos nos quieren." Formulo planes que se escuchan en silencio simpático y no se comentan, porque acaso andan un tanto adelantados en el tiempo: Nos uniremos, formaremos —para iniciación de unidad general— un estado federal chileno-argentino, cuya capital pudiera ser Mendoza o bien construirse en sitio conveniente. Un estado que abarcara a gran sector de Sudamérica, con más de veinte millones de habitantes y la posibilidad de doblarlos en pocos años, con costa a los dos océanos y una unidad económica riquísima, en explotación efectiva, se constituiría de hecho en potencia mundial. Unidos seremos, desunidos (como estamos en toda América) sólo aspiramos a ser. Y el ser constituye categoría imperativa, porque sólo

siendo podremos alcanzar el ritmo del tiempo. ¡Cuánta riqueza tuvimos que se perdió malograda! ¡Cuántos grandes hombres a quienes faltaron escenario y oportunidad! Los Proust no tienen editores, los Macaulay carecen de revistas y de prensa, a los O'Neill faltan empresarios y cómicos; la *Divina Comedia* y el *Quijote* criollos duermen en boceto o brillan en chisperío de palabras, como ocurría a mi amigo el autor de *Los Sonidos*.

¿Nos uniremos? ¿Seremos? ¿Llegaremos a dar el *gran ejemplo?* Sigo creyendo que la historia la forjan los hombres, sin dejar por ello de pesar la parte grande —exagerada en cierto modo por Marx— que corresponde a lo económico. La postguerra invita a meditar.

La charla y camaradería de esta noche anudan simpatías. El teniente Labbé brinda por el capitán Sin Barco, capitán de humanidad fuera de literatura. El entusiasta jefe de la Cámara de Oficiales y el teniente Marchant cantan, a dos voces, un canon del siglo XVII:

"Perdí yo mi cachimba. . ."

Luego el Himno de la Escuela Naval enciende las voces con una emoción que sólo puede sentirse a bordo de una nave de guerra y en una noche como ésta:

"Los cadetes navales chilenos
por la patria juramos morir. . ."

El repertorio marino es rico y en sus cantos de cámara y cubierta se deslizan motivos como éste del *Canalero*, que corona la velada festivamente:

"El destróyer que allí zarpa
es la "Merino Jarpa".

. . . . . .

Y el que cante con empeño
todo esto que yo enseño,
tendrá la aprobación
de don Luis Gómez Carreño
y de ese gran porteño
don Jorges Montt . . .

Agregándose el alegre coro:

"Y es condición, condición sine qua non
al navegar un canal,
tener mucha precaución, precaución sine qua non."

FEBRERO 11: El tiempo ha refrescado. A las dos y cuarenta de la tarde, con viento Este, divisamos la primera costa de la Antártida Chilena. En el horizonte, la Isla Smith se insinúa en columna de color blanco lechoso. Luego otras de las Shetland del Sur. Los Colones vamos descubriendo tierras . . .

"Y son de nieve . . ."

En promontorio, a horcajadas, un índice granítico apuntado al cielo, y por la opuesta parte, mar de por medio, vasta superficie alba en suave curva, semeja el escudo recostado de algún guerrero del medioevo que hubiese caído en la brega; delante, un peñón justifica su nombre de Castillo. A babor la Isla Smith, a estribor la Isla de Nieve, primer encuentro en las aguas del Océano Glacial Antártico, que nos recibe con gala y paz.

Pasamos por el Estrecho de Boyd, para entrar más tarde en el de Bransfield. Van apareciendo islotes en el horizonte, conos, peñones, montones blancos indecisos; una gran mancha larga es la Isla Livingstone, que parece confundirse con la Isla



PRIMER DESEMBARCO EN LA ANTARTIDA.

Decepción, cerca de la cual navegamos al amanecer, encontrando la entrada obstruída por icebergs.

El crepúsculo fué fiesta de pájaros. Venían a saludarnos grandes bandadas de tableros, con cuerpo de aviones y orlas y franjas obscuras en las alas; por las olas saltaban con pesadez graciosa pingüinos adelíes y en el aire solitario albatros color de humo, de noble apariencia.

MIERCOLES 12 DE FEBRERO: Día histórico que viene a añadir un eslabón en nuestras efemérides. Un día como éste don Pedro de Valdivia fundó Santiago del Nuevo Extremo, capital del Pacífico Sudamericano; otro, ganó O'Higgins la batalla de Chacabuco, libertando a su patria, pues en ese punto y hora terminó la dominación española, cuyo remache definitivo pondría San Martín en Maipú. Y un tercero, se juró la Independencia. . .

Se abre la Bahía Discovery en su magnificencia que resalta en la emoción que nos embarga; enorme círculo de costa, que alcanza buena hondura, cómoda puerta de entrada a un mundo virgen.

El cielo cubierto deja pasar algún rayo de sol y las nubes permanecen altas. La transparencia extraordinaria de la atmósfera nos permite ver cómo crece la fragata *Iquique*, surta en el fondo. Cuando nos acercamos, su empavesado completo nos enciende el espíritu; es la patria lejana y presente que viene a nosotros y nosotros a ella con nuestra carga vital de chilenidad. En el puente, en la cubierta, todos clavan la mirada en la embarcación que navega a encontrarnos mientras la fragata, cerca ya, hace bramar las sirenas; responde el *Angamos*, y al estrépito, que llena la bahía, se suma el retumbe de desprendimientos en la costa.

Atraca el esquife, saludado por aplausos, y los oficiales suben a bordo. Sigue luego la visita de protocolo del coman-

dante Rojas Parker al comodoro, con lo cual las formalidades quedan cumplidas.

Terminado el almuerzo, bajamos en una de las lanchas a motor (la panga de los aviadores dió un golpe al desprenderse un garfio, quedando lesionados dos hombres). El espectáculo es de suyo imponente. Un iceberg de color azul, encallado, alza su mole que parece pequeña en el espacio; más lejos, otros menores, pintados de verde. Extiéndese la parte central de la serranía en curva suave, dejando sobre el mar, cortada a pico, una masa de treinta metros de altura, de hielo agrietado que amenaza continuos desprendimientos; en lo más alto irrumpe un peñón cuya cabeza se insinúa bajo el inmenso manto. Declina la costa en ancho faldeo hacia el Este. Junto a la orilla se ha construído un excelente muelle, cuyos últimos retoques se daban al abordar nosotros, y a pocos metros, se alza, casi terminada, la casa del Establecimiento Meteorológico y Militar con que Chile inicia la ocupación de su territorio antártico (bien que la región escogida, por necesidades específicas, sea subantártica). A corta distancia se preparan los cimientos de otra casa de madera que servirá de depósito, a la que se añadirán las construcciones que se estimen necesarias. La bahía, enorme y abrigada, ha recibido el nombre de Soberanía, correspondiendo el de Puerto Soberanía al primer puesto avanzado en el nuevo mundo chileno.

Recorro con Lenguerich la playa de pedruscos blandos, con manchones de nieve cristalizada. Ibamos recogiendo caparazones de pequeños moluscos y planchas de hueso de ballena azul cuando nos detienen voces entusiastas. Es un grupo de suboficiales y marineros que festejan la llegada con cuecas y vino tinto. Tocan bandoneón, guitarra y acordeón con bastante soltura y bailan entusiastamente, participando nuestro excelente sabio pomeranio, a lo que se siguió una danza de la Isla de Pascua, bailada por un contramaestre que celebra sus cuarenta años. "¡Tierra nuestra! —dicen—, ¡tierra chilena!"

Por la noche hubo gran fiesta en el *Angamos*. El comodoro Guezalaga Toro, hombre de capacidad, inteligencia y don de mando, según pudo percibirse durante la breve conferencia a que invitó a los jefes de delegaciones en la tarde, fué huésped de honor en el cóctel ofrecido por el comandante Rojas Parker, al que siguió una comida de gala en que la comunicativa alegría ambiente iba desde la cofa hasta las máquinas. En la cámara de suboficiales y en la de marinería ardía el entusiasmo; en todas partes se habló, se brindó y se cantó. El cabo Carlos Arriagada, que permanecerá en Puerto Soberanía, se lució, con hermosa voz de barítono, en dos canciones marinas donde se exhala el amor de la madre y la tristeza de saberla distante. ¡Para cuántos de nosotros ese recuerdo, en esta hora y latitud, venía a sacudir la más delicada fibra del alma con esa angustia callada con que pensamos en aquello que representa lo más santo y grande en nuestra vida!

Invitado por el capitán Kaiser, el caballeroso jefe de los ingenieros, pasamos en su cámara, en compañía del comodoro y del comandante, las últimas horas de la noche, corta en esta época y la primera de un nuevo día, hablando de Chile . . .

BAHIA SOBERANIA, FEBRERO 13: Visité la *Iquique*, atendido amablemente por el comodoro, que me condujo a través del barco. Fragata de líneas elegantes, de buen andar (17 millas por hora), dotada de radar y de los elementos más modernos, ha sido acondicionada para expediciones polares. El señor Guezalaga me manifiesta que se piensa destinarla en lo futuro a los periódicos viajes al territorio antártico nacional.

Después de comida subo a cubierta. La *Iquique* se destaca iluminada, y los destellos de las comunicaciones que emite la animan como emanación viva del alma de la nave; es un detalle admirable. La masa del paisaje aparece, en relieve neto, con tonalidades casi siderales; hay matices azulosos, grises de acero.

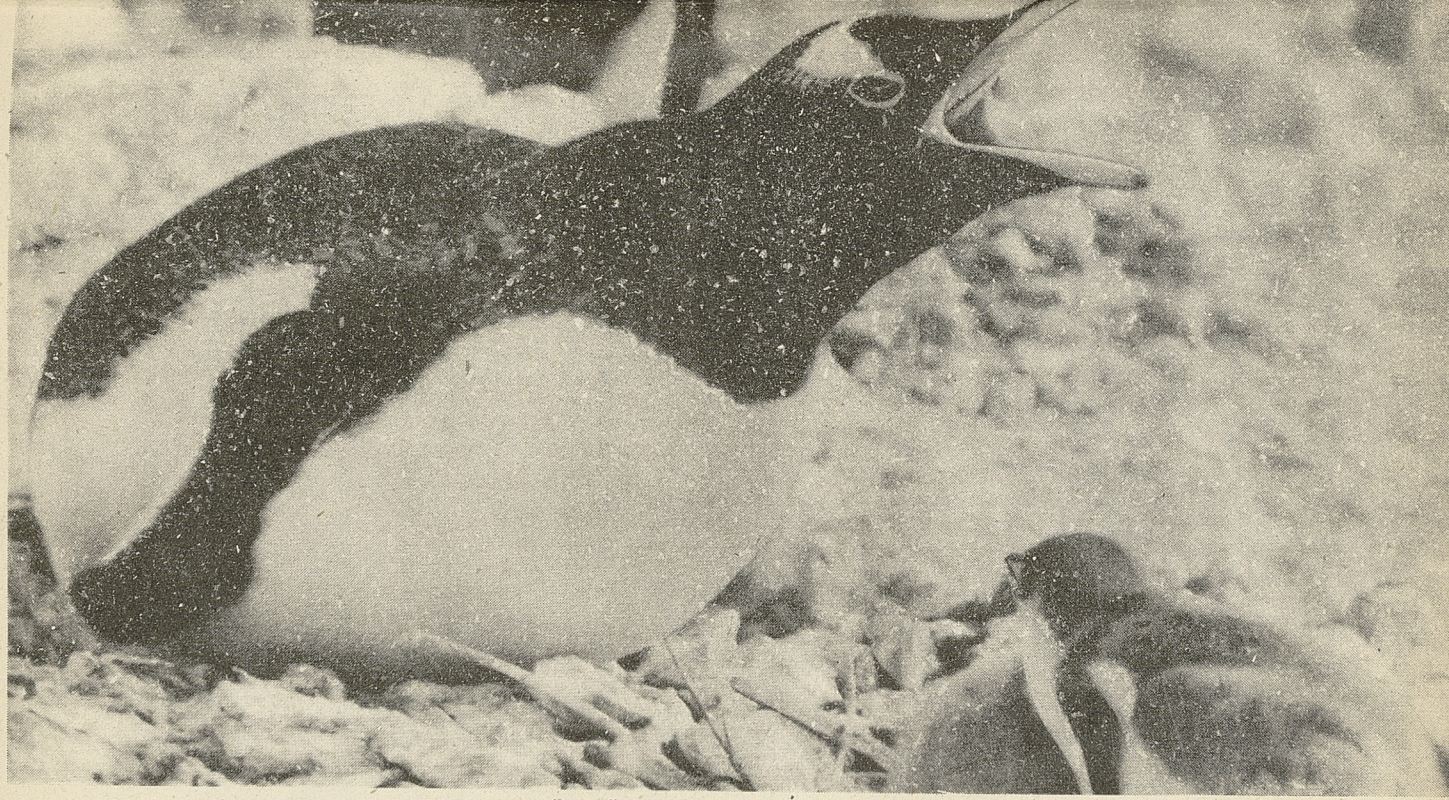
blanco de alba; en el agua, todavía clara, hay tonos de verde negro.

FEBRERO 14: La Bahía Soberanía está en actividad. El *Angamos* ha ido a ocupar el fondeadero de la *Iquique*, para estar más cerca del puerto, y la fragata tomó el suyo. Van y vienen lanchas en convoy, llevando madera y cemento para las construcciones. Funcionan las plumas en el desembarco de materiales; cruzan botes, pasa rápida la barcaza de aviación, y el hidroplano, humorísticamente llamado por alguien *Matapiojo*, se desliza sobre el agua surcada de trozos de hielo de los desprendimientos de anoche. Estamos en "faena de guerra", que es sólo de paz...

Los técnicos, que regresan de su trabajo en la costa para almorzar, refieren que en tierra hubo un temblor de poca intensidad, percibido en forma neta.

El comodoro se traslada al *Angamos*, enarbolándose su insignia; le acompañan su ayudante, capitán Exequiel Rodríguez, hombre muy versado en historia y con magnífica reputación de marino, y el capitán Oscar Rosseau, jefe de la Delegación Argentina, con quien compartiré mi camarote.

Desembarcamos con el teniente Labbé y nuestro excelente amigo Carlos Oliver, primer ocupante en propiedad, pues cayó cuán largo era en la nieve blanda. Acudían los pingüinos (adelíes de pico negro y antárticos de pico rojo, y algo más corpulentos), invitándonos a jugar con ellos entre los pedreguyos. Más allá, una foca de Weddel reposaba plácida, con su barriga al aire, mirándonos con ojillos simpáticos, no bien el ruido le anunció nuestra presencia. Enterrado el pie hasta el tobillo en la blanca alfombra, dimos de manos a boca con un curioso cuadro: Mann, armado de cuchillo, trabajaba una cangrejera que matara antes de ayer, despellejada ahora, y M. Robin, que actuaba de ayudante voluntario, se echó a la boca algunos trozos de vísceras y sangre, declarando que le parecían excelente manjar.



PINGÜINO DEFENDIENDO SU CRIA.

FEBRERO 15: Pocas veces sueño, o, mejor dicho, no suelo recordar lo soñado. Anoche han venido a visitarme imágenes fragmentarias de otros sueños en olvido. Componía yo una novela, cuyo tema era el mar y en la que intervenían marinos cuyos rostros no correspondían a experiencias reales; iba el tema, entre episodios de nuestra historia naval y otros nunca ocurridos, en mares y costas que jamás vi, en época incierta. Mas era el caso de que todo ensamblaba perfectamente y era autor de una obra que me producía satisfacción superior a la mayoría de cuántos fueron, con mi firma, partos de trabajo...

Es posible que vivamos lo soñado con tan momentánea intensidad como lo vivido realmente; en todo caso, no parece mucho mayor, en el espacio y en el tiempo, la consistencia de lo vivido en vigilia.

Disquisiciones aparte. Esta mañana la Bahía Soberanía adquiría vida propia, animación que no tuvo nunca. Más vida tal vez de la encontrada en las tierras americanas cuando los españoles se instalaron, porque en ella el hombre ya había puesto su planta. Y aquí, probablemente, todo es virgen, como en los días de la creación.

A media tarde, con sol que irradiaba temperatura primaveral, ocurrió un acontecimiento de significación: el primer vuelo de aviones chilenos en la Antártida. Bajo la dirección del comandante Byers y del capitán Iensen, despegó gallardamente el Vought-Sikorsky 308, llenando el rumor de sus alas el espacio, sólo turbado habitualmente por el quejido ronco de los desprendimientos del glaciar. Todos acudían a cubierta, contemplando las evoluciones rápidas de la máquina que surcaba los aires sobre los barcos para luego desaparecer en las serranías. El primer vuelo tuvo lugar a las 3 y 40 minutos (dato para los eruditos)...

A la misma hora o poco antes partió la expedición de técnicos militares encargados de hacer un levantamiento geodé-

sico topográfico de la isla, tarea que durará alrededor de seis días. La integran el mayor Pablo Ihl, del Instituto Geográfico Militar, el capitán Ayala, el teniente Jorge González, y tres suboficiales del Regimiento Andino Número 2, aparte del doctor Arturo Larraín, del profesor Humberto Barrera, hombre de empuje y cultura, director de la "Revista Andina", del geólogo Flores, del topógrafo Próspero Madrid y Oscar Pinochet.

DOMINGO 16 DE FEBRERO: Neblina. La nieve hecha humo, o acaso el alma de la nieve, envuelve al barco; trozos de hielo pasan a la deriva.

En la cámara leo el segundo *Viaje al Polo Sur*, de Byrd, en que el almirante explorador se revela poeta. ¿Acaso para explorar las tierras y las almas no se requiere ser poeta? Byrd ha puesto emoción en cada página y su relato de la reocupación de Pequeña América no cede en interés a las escenas novelescas del Cementerio del Diablo, donde ejércitos de icebergs, con altura de cerros y amplitud de islas, presentaban batalla a su barco, poniendo a cada instante la nota del peligro. Cuando llegó a la base que abandonaran sus hombres en 1930, encontró que casi todo estaba como lo dejaran: el techo algo hundido por el peso de una capa de dos metros de espesor; el comedor pronto para la cena... Alguien hizo sonar el teléfono como llamado que viniera con cuatro años de retraso. En el dormitorio, el joven dinamarqués Fin Ronne se situó junto al lecho que su padre había ocupado y los ojos le brillaron al leer su nombre. "El viejo debió pensar que yo vendría", dice. En el fonógrafo estaba puesto el último disco: "Las campanas de Santa María", y escuchándolo, aquellos hombres se abrazaron emocionados hasta las lágrimas. Aprietan el conmutador y la luz eléctrica alumbra, débil. Hay carbón y encienden la cocina, ante la cual se ven tajadas de carne de foca y ballena perfectamente conservadas. Es como la repetición de aquel cuento de los príncipes que durmieron cien años...

Por la tarde, desde el puente, veo rajarse el telón de niebla. Los contornos de la costa se destacan, advirtiéndose trozos de roca obscura dejados en descubierto por recientes derrumbes de hielo. A cada instante suenan cañonazos distantes y el mar, tranquilo como un lago de aguas inmóviles, se va llenando de témpanos. Un velo de leve bruma desciende y las embarcaciones adquieren, al regresar, apariencias fantasmales. El comandante Rojas me pasa su anteojo: sobre un bloque de hielo se divisa una sombra negra. Vamos a su encuentro en una lancha de motor y la observamos con no menor curiosidad que ella a nosotros: es un leopardo marino de cuerpo descomunal.

Al anochecer el paisaje adquiere aspectos irreales. Hay una zona de plata blanca y otra de azul gris y, en medio, la sabana marina como espejo sobre el cual una mano invisible hubiese esparcido vellones de algodón.

FEBRERO 17: El cielo se abre: fiesta del sol. En la bahía, que manchan de negro las rocas y peñones desvestidos de nieve, una luz dorada, de matices exquisitos, ilumina los hielos en que se copian las nubes viajeras. El mar está sembrado de témpanos, donde dormitan leopardos y focas. A ellos vamos y las cámaras fotográficas funcionan sin parar. Pero todo es cambiante en esta zona, y cuando por la tarde guiábamos, desde la barcaza, al Vought-Sikorsky que debía despegar en nuevos vuelos, el cielo se cubrió súbitamente de bruma espesa, y a la temperatura casi templada sucedió un frío intenso, que el fuerte viento hacía más agudo.

Ocurrió un incidente pintoresco. Alguien descubrió, playa adentro, una hermosa foca cangrejera de no muchos meses. Corrimos a ella, y a pesar de nuestro ademán pacífico, abriendo sus ojillos y el hocico bien dentado, comprendió que había adversarios: el hombre, siempre el hombre, enemigo, con la suya, de todas las especies. Dióse con "lenta rapidez" a la fuga, arras-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

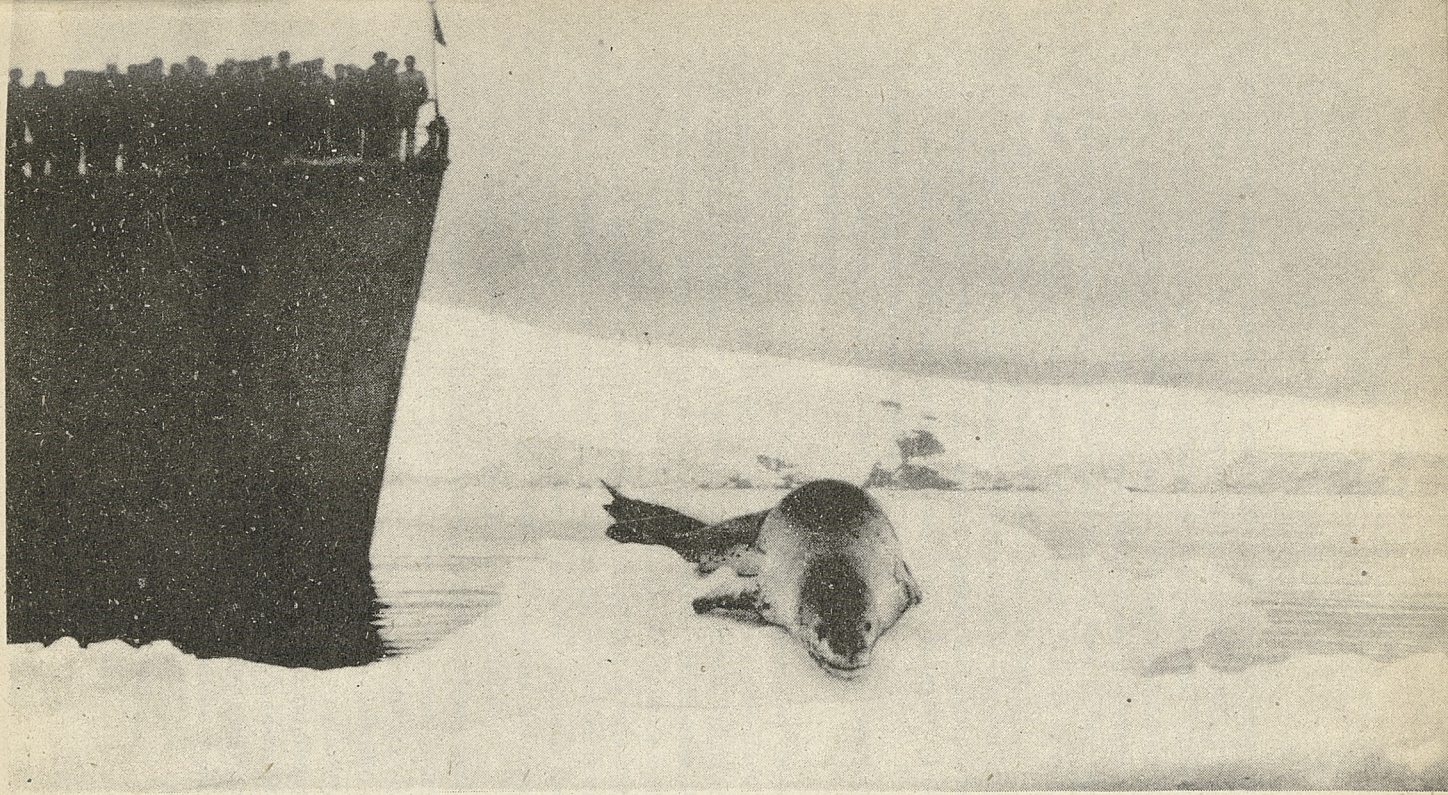
trándose por pedruscos y nieves en demanda del mar. Fué circunstancia en que Mann anunció la intención de sacrificarla, a lo que todos se opusieron; y como se adelantara para acorralarla, un oficial se lo prohibió formalmente, originándose graciosa disputa. De un lado la ciencia, en busca de sujetos de experimentación, y de otro los sentimientos humanitarios, que esta vez triunfaron, no sin que nuestro zoólogo presentara su queja al comodoro. Robin, por su parte, capturó vivo un cormorán de excelente carácter, al que dió por alojamiento provisional su propia cama. "Estos *sabios* —decía un pasajero—, acabarán por echarnos a la bodega y ocupar nuestras literas con ejemplares antárticos."

La noche terminó, no con ejemplares, precisamente, sino con conferencia antártica de Yáñez, quien disertó sobre biología en una de las cámaras.

FEBRERO 18: En el camarote del teniente Ramón Aragay, marino y poeta, se reúne el cuerpo de redactores de *La Aurora Antártica*, nombre con que se ha bautizado a la revista del *Angamos*, cuyo primer número aparecerá con fecha 12 de febrero, aniversario de otra "Aurora" menos efímera. Colaborarán Bunster, Coloane, Iensen, Aragay, Medina y otros, y habrá secciones en serio y broma, con su poco de pimienta, amén de la sal que se pueda. Redacto inmediatamente un artículo sobre el porvenir de la Antártida, el primero escrito en Bahía Soberanía.

Día gris, pero sin niebla. Vuela el *Matapiojo* y sufre un desperfecto en el tren de amarizaje, obra del viento. En otra época hubiera escrito: "Gris; tedio . . ." Ahora comprendemos mejor la belleza del minuto que pasa . . .

El mar se cubre con productos de la fábrica de hielo de la costa. Un témpano de alguna envergadura obliga al segundo comandante a tomar precauciones; luego vamos con él, en la



LEOPARDO MARINO EN SU LECHO DE HIELO.

panga, de andar rápido y maniobra fácil por la ausencia de quilla, en busca de dos miembros de la misión topográfica que hubieron de descender en la Punta de los Elefantes. En amplia playa, dominada por peñones y rocas, rendimos homenaje a un elefante marino, cuyo cómico enojo pone de buen humor a los fotógrafos aficionados. El teniente González, uno de los esquiadores de marras, nos manifiesta que la figura real de la isla difiere de la marcada en la carta británica: es una ese.

Esta excursión nos permitió contemplar de cerca el iceberg que decoraba la bahía a nuestro arribo; parece magnífico bloque de mármol azulado en cuyas caras un cincel de artista hubiese trazado antiguas escenas de guerra.

La fragata *Iquique* zarpó a la hora catorce, en viaje a Bahía Margarita.

FEBRERO 19: A las nueve y treinta (estamos de bitácora), en la cámara de rancho, convenientemente preparada por el capitán Rodríguez y en presencia del comodoro, oficialidad, comisiones y pasaje, di una conferencia sobre *O'Higgins visto por su edecán, el general José María de la Cruz*. Hube de basarla en la carta de aquel ilustre soldado, que tengo por el más importante documento testimonial de la época de la Independencia. (El documento y el ensayo respectivo han sido impresos por la Universidad de Chile a fines de 1946, en separata del número de sus *Anales* conmemorativo del primer centenario.)

La conferencia, ilustrada con opiniones e ideas que tal vez interpretaban el sentir profundo de los marinos, militares y civiles que me escuchaban, fué oída con interés, del que luego recibí alguna prueba. Siguiéronse una tertulia y discusión que se prolongó hasta la madrugada. Sin sorpresa, vi aflorar, en algunos, sentimientos heredados que vienen de las hogueras del siglo XIX; tanto perviven las impresiones que se transmiten en la sangre y tan dura tarea resulta la de iluminar las tinieblas del tiempo para intentar juzgar de los acontecimientos y de los

hombres según la verdadera justicia, como quería San Martín. No sabía aquel gran capitán que el peso pasional sobrevive a los individuos que juzgaron "según sus intereses", y aferrándose al documento, a la letra de carta, al libro, forman un clima que perdura. No detiene el sepulcro las pasiones, ni las clarifica el ejercicio de lo histórico, porque éste cae de ordinario en gente con escaso discernimiento, de olfato débil y mucha pereza intelectual; así ocurre que opiniones emitidas primitivamente por quienes poco sabían, o repetían de *oídas* chismes de época, pasaban en cosa juzgada, convirtiéndose en clisés copiados de texto a texto, sin que nadie se tomase el trabajo de investigar lo dicho ni de apreciarlo con sentido crítico.

Por lo que a mí toca, dando a cada cual lo suyo, he procurado en *O'Higgins, Vida y tiempo* reconciliar a los próceres en la gloria y admiración de las nuevas generaciones.

FEBRERO 20: Un guiso nuevo para los expedicionarios: carne de foca diestramente cortada por Mann, su cazador y preparador. Es blanda, agradable si se la sabe sazonar, con algo de gusto a pescado; rezuma mar, que es excelente recomendación.

Pocas novedades se producen en Soberanía, cuya vida a algunos puede parecer monótona. Los aviadores Parodi y Tenorio, convertidos en "ases" antárticos, siguen realizando con éxito sus vuelos de reconocimiento; la hélice de la panga se enredó en un cable y dos hombres cayeron al agua, sin otra molestia que el remojón (algo frío, pues la temperatura exterior fué ayer de cero grado). En tierra funciona una brigada de voluntarios para cooperar, en el ramo de la madera, a las construcciones que se están realizando. Un enorme témpano, con aire de iceberg, anduvo aproximándose a nuestro fondeadero, pero hoy amaneció embancado. El cielo continúa cubierto, aun cuando la visibilidad no es mala; el barómetro subió... (La *Iquique* comunica que navega a techo descubierto y con magnífico tiempo.)

En una lancha ballenera fuimos por la tarde a la península oriental de la bahía, llamada Punta de los Elefantes. Hacinamiento de peñones, enrocados, islotes que copian la topografía de los canales fueguinos. Playas suaves cubiertas de espesa capa húmeda de algas, surcada por hilillos de agua dulce que provienen de pequeña laguna alimentada por algún estero. Del otro lado se abre una bahía menor, sembrada de diminutas islas rocosas, cuyo panorama se domina desde lo alto de un cerro de fácil acceso. Paisaje velado por la bruma, que hubiese amado Corot. Cerca, una pareja de pingüinos se llama a pequeños gritos, en distinto diapasón; dos elefantes marinos caen sacrificados por la inexorable mano de Barba Roja. Regresamos a golpe de remos y bajo la dirección segura del capitán Rodríguez, —¡A una! ¡A una! ¡A una!—, en medio de niebla cerrada que diluye los horizontes. Surge de pronto, a estribor, el iceberg que ha venido a visitarnos, cuya mole tabular abarca cerca de media cuadra.

Noche de charla, aclarada por la ciencia vivida de Lenguerich, con lejana orquestación de desprendimientos de hielo en la costa.

FEBRERO 21: Lluvia, frío, viento moderado. Día de trabajo en la cámara del comodoro, amablemente puesta a disposición de los estudiosos. La jornada se cierra con enjundiosa charla del director del Museo de Concepción, Oliver Schneider. El auditorio siguió con vivo interés el mapa étnico de la prehistoria chilena en el que se cruza la civilización atacameña, que se remonta a los primeros siglos de la Era Cristiana, con la diaguita, que llegó de Argentina, y la chincha, del Alto Perú. El origen de algunas unidades étnicas es evidentemente polinésico, otras vinieron de Asia. ¿Dónde estaba el puente? En la hacienda de doña Mariana Ovalle de Pérez se encontró en 1917 un cráneo correspondiente a la época del mastodonte, del cual

quedaban huellas. Ese cráneo, anterior al período glaciar de Chile —pensamos nosotros—, pudo pertenecer a un hombre cuya raza vino de la Antártida, cuando allí reinaba clima templado. Estaban entonces unidos el territorio continental y el antártico, en pie las cadenas de los Antartandes que prolongarían nuestro macizo andino hasta el Polo, tal vez hasta el mar que, más allá de la tierra firme, rodearía buena parte del cuadrante chileno.

Habló Oliver de cierto descubrimiento hecho en tiempos de O'Higgins, de otro cráneo de proporciones notables, acompañado de restos de cuadrúpedos gigantes. El gobierno del Libertador ordenó investigar el caso, a consecuencia de lo cual, según pudo averiguarse en época reciente, todo fué enviado al Jardín de Plantas de París; y ahí se pierde la pista de esa reliquia de apasionante interés antropológico.

Muchos otros datos añadió, entre los que puede anotarse la creencia de los indios de Lauquen-Mapu de que sus almas eran llevadas por ballenas a la Isla de la Mocha, donde estaba el paraíso; para facilitar el viaje se hacían enterrar con los pies hacia el mar... Hermoso símbolo el de esos hombres primitivos; símbolo de un país que vive mirando al mar...

FEBRERO 22: Nieve, nieve, nieve...

El barco, después de un *blizzard*, ha amanecido cubierto de imperial manto de armiño, que llena las cubiertas, las chimeneas, los puentes y galerías, alfombrando con gruesa capa dura las superficies. Cae la nieve en copos que el viento hace voltejear alegremente. Alegría de la nieve en verano como en invierno el sol. Hay tres grados y medio bajo cero; la gente se agrupa en las cámaras, juega, lee, *copuchea* (si este inelegante chilenismo encuentra excusa)... Oliver y yo hemos establecido nuestro cuartel de trabajo en la cámara del comodoro, por cuyas ventanillas se nos entra el paisaje en saudade. ¡Tan lejos estamos de todo lo amado y es tan breve el tiempo que



DESEMBARCO DE LOS MATERIALES PARA LA CASA POLAR CHILENA.

el destino otorga! Lo más hermoso y alto en nuestra vida continúa presente, por encima de toda barrera. El programa es largo y la jornada exigua... ¡Cuán poco realizaremos, cuán poco, Señor! Y cuánta satisfacción en pasar y ser olvidado, porque lo que nos importa y vale pasa también con nosotros. ¿Qué significado pudiera tener el elogio de quienes nunca podrían comprendernos? Por las calles y por las almas habremos discurrido en vano, sin que bajo la mirada triste y distante nadie leyera nada... Así tantos que valían más que nosotros, y de ellos, como de nosotros, no quedó otra memoria que la huella del pie sobre la arena. (¡Cifra y sentido de la soledad!)... Cuántas veces cruzamos por las aceras del mundo junto a quienes nos hubieran amado, a la vera de aquellos que esperaban nuestra cooperación, y nada, ni un signo imperceptible nos advirtió. Pasó el alba, no oímos los mensajes de la primavera, huyó la mañana sin que tuviéramos tiempo de asirnos a su túnica de rayos de sol. ¡Sólo ayer creíamos reinar sobre la vida, y ese ayer está tan contiguo a este hoy en que cae nieve sobre el paisaje y en el alma! Recuerdo haber tocado las lindes de la ribera obscura cuando era adolescente. Estaba recostado en el lecho de mi madre, y el doctor Benavente, humano y sabio, seguía en mí el imperceptible avance de la sombra. Después de grandes dolores, sentía un bienestar extraño, el tibio bienestar que acudía de niños a nuestro lecho cuando debíamos dejarlo para ir al colegio. El médico era diestro y Carón no tenía prisa. Si entonces hubiéramos partido, ¡cuán ligero nuestro fardo y qué blando el camino!... Sin embargo, algo hay, por encima y más allá de nosotros, que aligerará nuestra carga y nos justificará ante aquellos que amamos...

Me viene al pensamiento *Ellos serán los primeros*, la comedia de mi hermano Benjamín.

Y la pluma corre y la paz torna. Afuera, la nieve sigue volando...

DOMINGO 23 DE FEBRERO: Crepúsculo sobre un mar hecho lago. Desde popa veía extenderse la costa en ancho círculo, cerrado hacia el Oeste por la línea de peñascos de la Punta de los Elefantes, con suaves ondulaciones de cumbres, cortada toda a pico. De entre las nubes parduscas brotaba una divina claridad en plata sutil, exquisitamente matizada. Se advertían infinitos tonos de blanco, veteados con manchas azules de los viejos hielos y el negro opaco de las puntas de rocas; en el horizonte el gris de la atmósfera y el metal de las aguas no iluminadas tendían a fundirse. Tal era la paz de la naturaleza que hasta el humo de las chimeneas se había detenido en un cielo sin pájaros.

Mientras comíamos, la *Iquique* hizo su entrada con despliegue de reflectores que barrían la bahía. Subió a nuestra nave el comandante González, acompañado de sus principales oficiales, con lo cual hubo a bordo animada tertulia. El capitán Exequiel Rodríguez, que debe partir mañana, presidió una mesa en donde la cordialidad se expresaba en cantos, coro general, brindis emotivos y bien cortados de Rodríguez y del capitán Rosseau (que representa a la armada argentina de modo brillante, pues posee inteligencia y tacto), con recitaciones de poemas suyos, entre los que sobresale un inspirado Canto a Chile. Todos hablamos, según creo, y sobre la espuma del champaña, ligera como nuestra elocuencia, quedó vibrando la palabra cálida del marino chileno que nos abandona.

FEBRERO 24: Llegar y partir. Los humos de la *Iquique* se fueron desvaneciendo en el fondo de Bahía Soberanía, como entre escotillones de teatro. A su bordo iba la correspondencia con el timbre de correos, que lleva las palabras "Territorio Antártico Chileno". (Los habitantes del *Angamos*, transformados en filatélicos, hicieron cola para adquirir estampillas.)

La mar está rizada; el cielo se cubre con anuncio de chu-

bascos; la temperatura, que ayer fué de cinco grados bajo cero, subió hoy a sólo dos. La costa comienza a despejarse de hielo, aun cuando no se han oído ruidos de nuevos desprendimientos.

Esta noche, en la transmisión radial acostumbrada, me llegaron mensajes familiares y palabras de amigos exageradas en el elogio.

FEBRERO 25: La niebla nos visita y es tan escasa la visibilidad que apenas se nota el agua a escasos metros. Suena ronca y constante la sirena, para dirigir las embarcaciones que van a tierra y tornan.

En el almuerzo, cuando las copas levantadas para saludar al gordo Peña y Lillo (tan excelente dentista como camera-man), que cumple años, seguían el ritmo marino ("Arriba, abajo, al centro y todo para adentro"), el doctor Lenguerich pronunció, con la gravedad necesaria, un brindis especial: "Voy a beber por mi mejor amigo, aquel cuya fidelidad y simpatía me ha acompañado siempre, el único capaz de estimarme exactamente. Levanto mi copa por mí mismo"...

Don Juan Lenguerich (Juanito), ascendido a capitán honorario, promovido a las múltiples funciones y grados de confidente, ayudante, contertulio, animador, miembro de la Brigada de Media Noche, que suele escandalizar con sus coros a los dormilones y pone nota de buen humor en las largas veladas de Bahía Soberanía, ha llegado a ser el amigo de todos, el más juvenil, a pesar de haber superado la cincuentena. Pequeño, con cabello y pelaje amarilloso y ojillos vivos, en cuyas pupilas siempre brilla la malicia, fácil a la emoción como un latino y seguro en el trabajo y los conocimientos (que abarcan las variadas experiencias de una vida) como un germano (pomeranio, dice él), ha renunciado a su nacionalidad, siguiendo el ejemplo de otros compatriotas suyos identificados con Chile, para adquirir la nuestra. Su buena voluntad es asombrosa: creo que ha engrasado docenas de pares de zapatos, cosido cueros,

acondicionado anteojos inactílicos, y dicho a cada cual, con gran independencia y sin remilgos, lo que pensaba. Cuando se pone su blanco delantal de trabajo, con las gafas sobre la nariz, como esta tarde, en que se ensayaban sobre cubierta, sostenidas por la pluma, las grandes nasas para la pesca de plancton y especies marinas en hondura diversa, recordaba a Pepe Vila en cierto personaje de tanda, tal como lo veo todavía en las imágenes de la infancia.

Esta asociación de ideas entre el gran actor español y nuestro excelente Lenguerich, me lleva a una anécdota del profesor Nicolai. Ofrecíamos un banquete a Anita Gómez de Asenjo, que era muestra de los vivos afectos que en los círculos más diversos había sabido granjearse como mujer excepcional, y los asistentes exigían a grito pelado que Nicolai hablara. Y habló. Copa en mano dijo al espantado auditorio: "La amistad, señores, es una de tantas tonterías que se dicen. La amistad es algo inexistente; sólo sirve para entretenimiento de las gentes musicales..."

Los habitúes del salón literario de Anita Gómez sabíamos bien el significado que la palabra *musical* tiene en labios del terrible biólogo.

Olvidaba anotar la principal novedad de hoy: apareció el primer número de la *Aurora Antártica*, con algún atraso y general satisfacción. Hecho a máquina, en una docena de ejemplares, lleva en la portada un busto de O'Higgins del que se desprende el mapa del territorio antártico chileno, y contiene, encabezando la primera sección, un artículo mío sobre el porvenir de este sexto continente y un apólogo de Coloane en que conversan el Témpano y el Hombre; la parte de variedades, con subtítulo de *Pingüino Ilustrado*, está hecha con no poca gracia, poniendo en solfa a la mayoría de los componentes de nuestro pequeño mundo, sin olvidar a "Papelito" Bonner, cuyo espíritu reglamentario ha sido captado por los Topacetes de a bordo.



ARMANDO LA CASA POLAR CHILENA EN SOBERANIA.

Pinochet tiró su cuarto a espadas con una excelente conferencia sobre los derechos chilenos a la Antártida, que tuvo lugar, según costumbre, después de comida; convertido en catedrático, a lo Barros Arana, puso en tensión nuestra paciencia por espacio de hora y media.

FEBRERO 26: Sigue el mal tiempo, si bien la bruma se ha despejado un tanto.

Termino la lectura del libro de Byrd, obra de grande interés desde varios puntos de vista, salpicada de pinceladas poéticas y rica en anotaciones científicas. El buen almirante, que si no tuvo la suerte de descubrir un mundo, como aquel su colega de Castilla, la tuvo al menos de ser el tercero en llegar al Polo Sur, refiere los hallazgos geológicos de Blackburn y otros de sus colaboradores en la montaña de Wenner: numerosos fósiles de hojas, tejidos de plantas perfectamente constituídos y aun troncos de árboles fosilizados cuyo diámetro llegaba hasta cuarenta y cinco centímetros. La paleontología de la Antártida desconocida, piensa Byrd, presenta problemas apasionantes, pues guarda el secreto de sus comienzos. Los únicos equivalentes que existen hoy de las grandes olas de hielo que invadieron Europa y el Norte de América en la época pleitocena son los campos de hielo que cubren Groenlandia y la Antártida; aquí, en estas regiones que estamos recorriendo y habitando temporalmente, puede el hombre estudiar —"con humildad y discernimiento, según su humor filosófico y sus capacidades técnicas"— el grandioso y horrendo mecanismo de destrucción con que opera una Edad Glacial.

La imaginación de Verne nos fuera necesaria para intuir en lo pasado a modo de redescubridores, y algo más para aventurarnos en el secreto de los tiempos futuros. ¿Cómo fué la Antártida? ¿Pudo el hombre venir desde ella a la América en días remotos? No cabe duda, y los hallazgos de carácter paleon-

tológico de Scott, Shackleton, Willson, Gould y otros exploradores lo prueban, de que, si no habitada por el hombre, era al menos habitable; que tuvo su primavera; que el sol entibió en alguna mañana geológica sus bosques y selvas, poblados de variadas especies, de las cuales en las cumbres montañosas se han encontrado muestras que, por su espesor, dan idea de lo que debió ocurrir en las tierras llanas cubiertas por el hielo eterno y en aquellas otras, barridas por la invasión glaciar, que duermen bajo los mares antárticos. Byrd dice que, en cierta época, debió tener un clima "relativamente dulce y húmedo", bastante favorable, en todo caso, para mantener, según Priestley y Wright, "una flora terrestre próspera, con árboles bien desarrollados y matorrales y bosques capaces de producir una vegetación susceptible de formar mantos de hulla".

Ese clima *relativamente dulce y húmedo*, ¿no contenía escenario propicio para el hombre? Ciertamente en ese medio y temperatura pudo existir la especie humana, y en este sentido cabrá encontrar huellas a medida que avance el proceso de desglaciamiento notado por los hombres de ciencia, que parece operar en forma relativamente acelerada. Pero la clave definitiva del secreto sólo la poseerán generaciones aun distantes en el tiempo, que llegarán a descifrarla cuando sobre la memoria de esta época pasen ondas tan heladas como las del Tercer Mundo. Si el olvido tuviera un color sería el de la nieve o el de la bruma.

Tengo mi teoría personal sobre la Antártida, teoría que se relaciona con el mito atlántico. Existió, en la época de clima "relativamente dulce y húmedo", en que había "una flora terrestre próspera, con árboles bien desarrollados", para no apartarme mucho de los enunciados científicos, vida zoológica y humana en el Sexto Continente; desarrollóse una civilización primitiva que pudo tener importancia considerable, de la cual pudieran ser huellas degenerativas algunas muestras de las que

se desarrollaran en la América Austral. Ello significaría que la Atlántida no ocupó el lecho del océano Atlántico, cuya línea de prolongación a Tierra del Fuego (Atlántico y Pacífico) forma actualmente un zócalo submarino relativamente alto, según comprueban las investigaciones más recientes. La Cordillera de los Andes se prolongaba como médula central de un mundo a través de la Tierra de Graham, de acuerdo con la teoría de los Antartandes, generalmente aceptada, y, según es probable, Antártica y América formaban un solo conjunto, un continente inmenso, cuya zona templada y más favorable se hallaba en la parte austral hasta el Polo mismo. Vinieron catástrofes geológicas que fueron hundiendo el puente o istmo cordillerano que las unía; surgió la Edad Glacial con su onda blanca y los restos sobrevivientes del primitivo mundo antártico-atlántico se refugiaron en Tierra del Fuego, pasando por la franja ya debilitada que hoy ocupa el zócalo submarino, a través del actual mar de Drake. De ese trastorno hallamos una muestra en la Isla Decepción, cuya bahía es el cono de un volcán titánico, que debió tener monstruosa actividad y después de apagado (aun conserva fumarolas) fué hundiéndose con la zona cordillerana de que formaba parte, es decir, con el sector respectivo de Antartandes.

¿Divagación de hombre imaginativo? ¿Fantasía literaria de sobremesa? Poco, sin embargo, podrá avanzar el ojo de la ciencia en las centurias próximas. . .

FEBRERO 27: Rayos de sol se filtran en las nubes obscuras, retaguardia del *blizzard* de anoche, que tuvo fuerza nueve. Hay fajas azules y el mar recupera su espejo. Bajamos con el comodoro a media tarde. En Puerto Soberanía reina actividad febril. Las casas bodegas están muy avanzadas y los tijerales se levantan coronando la obra gruesa; en el departamento de cocina se colocan las telas aisladoras y parte de la cubierta exterior

de maderas superpuestas; a caballo, en una viga, Enrique Bunster maneja el martillo con convicción, y a pocos metros Ripamonti —el simpático don Ripa, como se le llama a bordo— contempla su obra con satisfacción legítima; ha laborado bien, sirviendo gratuitamente a la Armada como primer arquitecto antártico, en colaboración con el capitán Macera, que es ingeniero muy distinguido. Se apilan los tablones, el carbón, los tambores de petróleo; en grandes toneles se calienta agua. El teniente Aragay conversa por radiotelefonía con el *Angamos* desde las instalaciones novísimas; se ensayan los aparatos meteorológicos, puestos ya en sus casuchas externa. Más allá, la marinería, con su habitual y abnegado entusiasmo, opera en la colocación del mástil de veinte metros, de fuerte madera, que servirá para la estación de radio; el hoyo está abierto y comienza a izársele con espías tendidos en diversas direcciones; halan la maroma principal los hombres más forzudos y al grupo se suma el capitán Rosseau; mas viene un golpe de viento en la altura, uno de los cables laterales cede y viene abajo el mástil sin violencia ni daño. Nadie refunfuña, todos obedecen las voces de mando con precisión, y a poco andar la maniobra queda coronada por el éxito: el tercer mástil de Soberanía se alza en el sitio prefijado.

Subo a la montaña. Los pies se hunden en la nieve un tanto blanda y la marcha se hace difícil. Desde la altura el panorama es soberbio: atrás quedan las peñas descubiertas de una fuerte cabeza de cerro, con su hosco acento gris, como avanzada de nuevas alturas que cortan el estrecho próximo; frente a mí, a distancia, el Osorno levanta su copa redondeada, que rara vez despejan las nubes. A mi diestra la visibilidad permite apreciar el contorno de las islas lejanas, con sus moles que se destacan sobre el horizonte; en el mar libre se tamiza el sol sobre ancha zona vestida de leves matices; abajo, el caserío de la base se ve pequeño y el buque parece muy próximo al muelle. Algunos pingüinos sin etiqueta —homo spheniscus— hacen esquís cerca de la playa. . .



CASA POLAR CHILENA EN PUERTO SOBERANIA.

Cuando regresamos a bordo, el mar está invadido de *floes* recién desprendidos y la lancha se desliza con dificultad; algo mayor ha debido tenerla el Sikorsky en su retorno, después de prolongados vuelos vespertinos.

FEBRERO 28: Mar agitado, lluvia, viento. Estoy un poco enfermo y busco la compañía de los libros, que no abandonan. El libro nos habla con infinitas voces, desde más allá de las barreras, y si suele engañarnos y hasta conducirnos por erradas vías, culpa nuestra es si no sabemos tener criterio en la elección; bien que lleva la ventaja de ser discreto, porque nunca impone su trato.

He pasado largas horas con el doctor Charcot, cuya expedición en el *Pourquoi-Pas?* es una de las más interesantes en la historia de la Antártida. Hombre sencillo, de sólida ciencia y esforzado corazón, tenía la nobleza de los verdaderos marinos; su vocación le empujó a los descubrimientos geográficos, convirtiéndole en cazador de legítima gloria, desprovista de oropeles espectaculares, según se trasluce en el relato de su segundo viaje, que fué el más famoso *(El Pourquoi-Pas? en el Antártico)*, obra que ocupa el primer lugar en la literatura antártica, para los chilenos, porque el ilustre explorador ha sido el único que registró las actividades de Chile e hizo justicia a su generosidad.

Charcot, en misión oficial de ciencia, en su hermoso buque velero, expresamente construído en los astilleros del abuelo Gautier, en Saint-Malo, salió de El Havre el 15 de agosto de 1908, y después de hacer escalas en Río de Janeiro y Buenos Aires, llegó a Punta Arenas el 1.° de diciembre. "El Gobierno chileno —anota en su libro— había puesto a nuestra disposición todos los recursos de la ciudad, y nuestro embajador en la capital, M. Desprez, por sus despachos enviados a la ida y a la vuelta, demostró que en este país, avanzado hacia las inexploradas regiones en que íbamos a desaparecer durante largos meses, Francia

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

velaba por nosotros. La pequeña colonia francesa y los habitantes de Punta Arenas festejaron nuestra estancia en ella..."

Al cabo de dos semanas de estada, en que los agasajos no mermaron y las autoridades le prestaron la ayuda más eficaz, zarpó con tiempo espléndido el día 16, siguiendo el mismo trayecto que 38 años más tarde haría el *Angamos*.

Apuntada la proa a la Isla Decepción, llegó a ella el 22 de diciembre, encontrando siempre ayuda chilena, pues ahí estaba el principal centro pesquero de la República, representado por la Compañía Ballenera de Magallanes. Tenía ésta varios buques en la abrigada bahía interior, entre los cuales visitó el *Gobernador Bories*, de 3,000 toneladas, que era la nave madre de la flotilla. Su jefe, el capitán Andressen, noruego nacionalizado chileno, le proporcionó bastantes toneladas de carbón en circunstancias en que el combustible empezaba a escasearle, dada la actividad de un año que fué muy próspero en la cacería de balenópteros.

De la Isla Decepción, donde le sorprendió el Año Nuevo, día en que reanudó su viaje, saludado por los pitazos de los barcos chilenos, ha dejado el doctor Charcot una excelente descripción, acompañada de observaciones que tienen gran peso histórico. Dice, por ejemplo, que no pudo descubrirla Smith en 1819, ni Bramsfield, siendo probable que lo fuese por los españoles. Ese *probable*, a través de su detallado relato, cobra proporciones de *efectivo* y pocas dudas quedan, si no ninguna, de que así fué realmente. Las referencias documentales emanadas de los papeles del capitán Nathaniel Brown Palmer parecen confirmarlo en forma indirecta, pues este marino yanqui, entonces en el apogeo de su magnífica juventud, cuenta de cómo en 1818, siendo segundo a bordo del bric foquero *Hersilia*, tuvo oportunidad de conducir como piloto, a una de las Islas Malvinas, al *Espíritu Santo*, barco español; ocasión en que supo, por indiscreción de algún tripulante, que el capitán iba a un



CONVOY REGRESA A BORDO, DESPUES DE UNA JORNADA DE TRABAJO.

lugar que deseaba mantener secreto, donde existían millares de focas. Ni sordo ni perezoso, Palmer persuadió a su jefe, el capitán Sheffield, de que siguieran a los españoles, y así descubrió las Shetland del Sur, desconocidas por esa época en Norteamérica. Ese descubrimiento, que venía a ser el tercero, ¿no era, en realidad, el cuarto? ¿No pudieron los españoles descubrirlas con antelación al holandés y *mantenerlo en secreto?* La política colonial española era ésa, a lo que se añade, por necesaria inferencia, el peso de posibilidades que emanan de las disposiciones de las Reales Cédulas relacionadas con las tierras australes de la corona.

Recuerda Charcot un episodio curioso. Venía Palmer, un año más tarde, en el *Hero*, de regreso a Decepción, donde se hallaba la flotilla de B. Pendleton, a que pertenecía, cuando le sorprendió la bruma, y no fué poca su sorpresa, al comenzar ésta a desvanecerse, de verse frente a una fragata y a una corbeta de guerra; izó la bandera de su país y en las naves fué enarbolada la del Imperio Ruso. Era el almirante Bellinghausen que hacía un viaje de circunnavegación por encargo del zar Alejandro, cuyo nombre sería dado a una de las islas que encontrara. Conversaron el almirante y el joven capitán y, según éste, aquél le concedió "la palma", una palma que, seguramente, correspondía a los españoles, si es que no se la asigna finalmente a un chilote. . .

Culminó el día en una de las más interesantes conferencias del crucero. Oliver Schneider, en la cámara donde se faena "la continuidad de la vida", que es nuestro salón de actos, disertó, con uso del mapa norteamericano de 1943 (el más completo conocido), acerca de la historia geológica del continente blanco, pasando a través de las diversas edades con sus "momentos" de millones de años, que hacen meditar, como cuando miramos las estrellas. . .

La biografía de la Antártida comienza en la era Eozoica,

período Precámbrico, del que se conocen corales fósiles en el mar de Weddel, punta de la tierra de Coats (del Cámbrico hay braquiópodos fósiles). En la era Mesozoica predomina el período Jurásico, donde aparece la Tierra de Graham (¿hace cincuenta, cien millones de años?); en el Cretásico se encuentran las formaciones de la Isla de Seymour, iguales al llamado Piso de Navidad del Chile Americano, del cual se señalan los yacimientos de carbón del golfo de Arauco (este período se remonta a ocho millones de años). En la mitad del Terciario comienza la glaciación...

Danza el tiempo y danzamos nosotros, electrones perdidos en el mar infinito...

SABADO 1.° DE MARZO: Reina buen tiempo y los meteorólogos dicen que estamos en una bonanza que puede durar cinco días, de acuerdo con periodicidades ya observadas entre depresiones.

La vida a bordo continúa normalmente. Hay quienes sueñan en estar de regreso a Punta Arenas, pero los más sólo pensamos en seguir al Sur, lo más al Sur posible, dándonos un poco de sabor de sal el temor de que el tiempo pueda impedirlo.

En nuestra mesa predomina el buen humor del doctor Greve, cuyo repertorio de cuentos es inagotable; Greve habla con soltura, sin herir jamás a nadie; Pinocho cacarea con juvenil alegría y los biólogos disertan eruditamente; Mann se halla enfermo de un mal que tengo el desagradable honor de compartir (comienzo de sinusitis) y del que conservo ingrato recuerdo, de la época de mi estada en Japón, donde el doctor Matsuoka (los nombres se graban con dolor) me operó.

Fuimos en la tarde hasta la punta del canal, a recoger una piel de foca, después de haber explorado un sector de la bahía en busca de una nasa. Iba Lenguerich de capitán, con Yáñez, el mayor Ihl y el lituano Kaboll, sorteando la lancha una mare-

jada de *floes* que intentaba envolvernos con tranquila persistencia.

Crepúsculo en aguas de lago, tachonadas de pequeños hielos inmóviles. El mar, el cielo y la barrera tendían a fundirse en gris perla.

DOMINGO 2 DE MARZO: El tiempo refresca y el oleaje se hace un poco vivo, con lo que un grupo de treinta marineros que tornaban de las faenas de tierra, a mediodía, hubieron de pasar mal rato, pues se descompuso el motor de la panga y la corriente comenzó a empujarla a la barrera, cuya actividad en la fabricación de témpanos se halla todavía en apogeo; un motor rápido fué a remolcarla.

Después de almuerzo, a modo de entreacto, cayó la cortina de bruma como telón de fondo y de boca.

Continúo trabajando en el rebautizamiento de la Antártida Chilena, proyecto que, dada la parsimonia de mis compatriotas y la rutina política —más insalvable, de ordinario, en derechas e izquierdas, que la barrera de los hielos eternos—, quedará probablemente relegado a mis mapas y croquis particulares.

La partida al Sur ha sido postergada tres veces y fijada ahora para el lunes a mediodía. ¿Saldremos? Los doctores del tiempo, consultados de continuo por los impacientes, responden con ambigüedad de augures. Pudieran repetir el coro del *Rey que rabió:*

"A juzgar por los síntomas
que tiene el animal,
bien puede estar hidrófobo,
bien puede no lo estar."

Crepúsculo en rojo violento sobre fondo tétrico de tempestad; franjas de verde celeste, clarísimo; trozos azules arriba

y esmeralda en el mar, por el cual avanzaban en líneas de guerra los *floes*. Sobre telón de horizonte, obscuro, y el zócalo crema de la barrera, el pico Osorno, limpio, cubierta de gris perla su estampa armoniosamente cónica.

La artillería de derrumbes lejanos alteraba levemente el silencio de la naturaleza.

BAHIA SOBERANIA, MARZO 3: Magnífica mañana de sol, fresca, apenas surcada de nubes muy altas. Todo brilla con un colorido nuevo que comunica a las cosas valor y sabor inéditos, porque pueden los paisajes saborearse y tienen su arte, con *gourmets* y glotones. El de hoy sabe a gloria. Corónanse los picos de piedra de una luminosidad espléndida, como si surgiesen de nuevo, terminada la obra divina de la Creación; el Osorno aparece descubierto, contra el cielo azul en dichosa calma, y en sus detalles de curvas graciosas, collares de hielo se destacan hacia la redondeada cima. Llegan los últimos barcos desde tierra, donde quedará el teniente Kopaitich con la dotación a su cargo, y en la toldilla me baño en sol, como por invierno desde las terrazas del Cerro Santa Lucía.

Después de almuerzo el *Angamos* leva anclas (Labbé debe sentirse feliz con la sinfonía de los hierros en los escobenes) y pronto dejamos atrás el pequeño puerto en que se agita al viento la bandera chilena. Embocamos el Estrecho de Boyd, entre nuestra isla y la Roberts, y salimos al ancho Estrecho de Bransfield. El cielo se ha cubierto, pero la visibilidad se mantiene perfecta. Desde mi mesa de trabajo veo desfilar las islas del futuro archipiélago Prat, hoy llamado de las Shetland del Sur; los altos cerros de la Isla Livingston, marcada con nombre de Monroe en la carta yanqui, se ven estriados de sol; pasa por ellos una cascada de luz líquida que juega en la nieve.

Surge una manada de ballenas, cuyos chorros emergen en sucesión, brotando en sitios diversos. Es un excitante juego de



ESCUCHANDO NOTICIAS DE LOS PARIENTES, A BORDO DE LA FRAGATA "IQUIQUE".

artificios de espuma. "¡Ballenas azules!", afirma alguien. Vienen cerca del barco, se divisa el lomo de una, aletas de balenópteros más allá. Dos o tres de gran tamaño cruzan debajo de la quilla, según parece, pues el eco-sonda indica de súbito bajo fondo, con lo que la nave se detiene. Otras pasarán más tarde, viajeras del Sur que regresan, en busca de aguas menos frígidas, al Norte, hacia el fin del verano.

ISLA DECEPCION, MARZO 3: La isla de extrañas formas pétreas, inmenso cráter de un volcán que ardió millares de años y cuyas lavas manchan de blanco crema los enrocados, aparece ante la quilla. Negro peñón se destaca como avanzada, o como una breve península pétrea que decora el conjunto. Las costas, altísimas, caen en paredes verticales cortadas a pico, entre las ondulaciones externas que mueren en el mar. La boca de entrada, angosta, tiene acantilado singularmente imponente que da paso a la ancha bahía cubierta de bruma. Avanzamos maravillados. Entre desgarrones de niebla aparecen dos barcos argentinos: el petrolero *Ezcurra* y el *Chaco*, transporte que levanta en sus drizas gallardetes de saludo; más adentro se advierte un antiguo dique seco que utilizaban los cazadores noruegos, y las moles de cobre de sus estanques y las casitas pintorescas que habían construído en los años de apogeo de su actividad ballenera. Todo parece cubierto por velo de irrealidad. Los bombardeos de luces y señales cortan el espacio. Subo al púlpito, desde donde permite el crepúsculo entrever el panorama en su conjunto. Estamos en un lago que circundan paredes enormes de un cerro vaciado por capricho de gigantes, y en esas paredes la lava ha dejado su huella en extraños dibujos. Bunster me dice que es un paisaje lunar. Es, realmente, como si hubiésemos llegado a alguna montaña de la luna en el proyectil de Julio Verne.

Quisiéramos desembarcar, ver, saturarnos de esta tierra nuestra tan íntimamente vinculada a las actividades marítimas

de Chile, pero no es posible; la noche ha caído por completo y mañana debemos zarpar de madrugada, lo que no impide que haya fiesta a bordo en celebración del encuentro con marinos argentinos.

MARZO 4: Me despierta la intuición del alba (porque no he de culpar prosaicamente al ruido que hace un escape de agua por el caño del lavatorio). En el horizonte una franja de púrpura tenue anuncia el crepúsculo matinal. Poco a poco se van iluminando zonas apartadas que se extienden bajo techo de nubes; aquí de verde glauco, más allá verde celeste sutilísimo, azul etéreo, azul prúsico. Y de pronto irrumpe una fantasmagoría en escarlata; todo se tiñe en arreboles y se funde en colores violentos, en que el ocre se descompone en infinitas tonalidades. Se diría, sin serlo, una aurora austral, a la que el sol, emergiendo de las aguas, "enorme y delicado", viniese a poner fin.

La mañana parece chilena y de primavera. El cielo limpio, el mar tranquilo, el viento discreto. ¿Qué más pudiera pedirse en el mejor estío de nuestra tierra? Estamos en el Canal de Gerlache. A babor la Isla de las Dos Jorobas muestra su curiosa y bella configuración; álzanse las gibas, negra la una, alba la otra, promisoria de bonanzas. A estribor la Isla de Lieja exhibe su perfil acuchillado, lleno de tajos, agujas y puntas de lanza, bañados en hielo eterno. El panorama nos clava en cubierta y difícilmente logramos sustraernos a ese hechizo mucho rato después que sonara la campana del rancho de mediodía.

La Tierra de Graham surge ahora a regular distancia, con su larga cadena montañosa y baja, que, de no estar nevada, se diría continuación de la cordillera chilena de la Costa. A estribor, casi al alcance de nuestra mano, como en los canales magallánicos, van desfilando las islas del archipiélago de Palmer. Estribaciones, ondulaciones, valles de nieve, mesetas, protuberancias, cimas que se pierden en las nubes. Más allá lampos

de cielo azul y el agua estriada de sol. El viento, con velocidad ebria, barre las cubiertas. . .

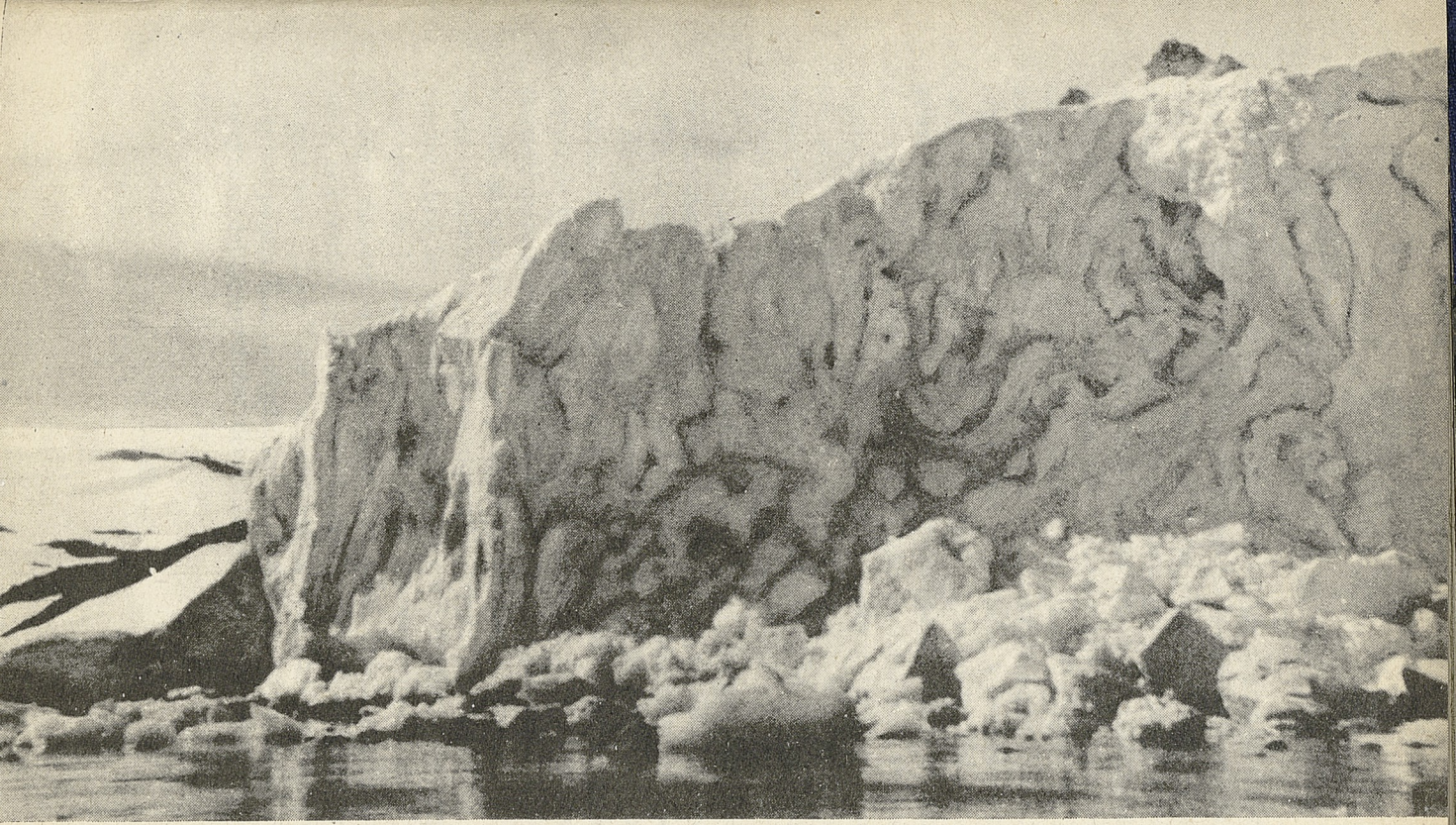
Contemplo largamente la Tierra de Carlos V, a medida que la nave pasa a menor distancia. Abundan los peñones, los altares druídicos, las puntas y mesetas y todos aquellos accidentes tan familiares en las costas chilenas del Sur, particularmente en el Maule, salvo las cubiertas y rellenos de hielo; el zócalo es bajo y a menudo muere en la orilla; hay pequeñas ensenadas que la nieve esfuma. No sé por qué, paradojalmente, me viene el recuerdo del Gran Canal de Venecia, tan distinto y opuesto a éste de Gerlache, rico como pocos del mundo en belleza; y el pensamiento se traslada por instantes a la hoya del río Maule, contemplada desde la Isla Orrego, en Constitución. Corren como allá las aguas claras y llevan en la espuma aroma saudoso. . .

Nos acercamos al estrecho o canal de Scholaert, sin sospechar que nos aguarda un vuelco de sensaciones y belleza como nunca hubiéramos pensado, aun después de agotar en la mitad del mundo tanta hermosura a menudo indescriptible. Esta vez las palabras deberían detenerse en el umbral. El buque avanza hacia una montaña en ángulo que le abre el más estrecho paso viable: a un lado la Isla del León, con su enorme cabeza que nos mira, y al otro un alto y casi abrupto faldeo de nieves. Entramos a un mundo inimaginable. ¿Hemos abierto los ojos más allá del tiempo de la vida? Lo que contemplamos cuenta los siglos por días. Así debió estar cuando los antepasados de los fundadores de Roma no llegaban aún a la península; así pudieron verlo los antecesores más remotos de los fenicios, si hubiesen venido a esta parte de Terra Australis. Por largo corredor penetramos a una bahía amplia en que el sol se pone lentamente, en cielo claro y despejado, tras un ancho cerro de lomaje redondo. Todo es nieve. Las perspectivas cambian a cada instante como pudiera hacerlo el autor del más bello

dibujo animado si tuviera la imaginación necesaria. Del ocaso cae suave reguero de luz sobre las aguas apenas turbadas por la proa. A babor avanza una cadena de cumbres rocosas y simétricas, sucesión de esfinges pétreas que emergies[illegible] de basamentos blancos. Tornamos la montaña solar y las esfinges siguen guardando su secreto. Las islas se suceden en apretada cadena, y los cerros se anudan, se separan y tornan a juntarse, mientras el cielo se enciende de ocre y las cumbres se tiñen y esfuman, apenas entrevistas. ¿A dónde vamos? ¿Qué jardinero de paisajes nos ha fabricado este sueño? ¿Hemos recobrado una visión antigua del Paraíso? La nave avanza a través de un mundo de imágenes que se atropellan, sin que hallen los ojos punto de reposo, hasta desembocar en otra bahía, con costa de altos faldeos accesibles, en cuyas orillas pululan a millares los pingüinos. Distante, se divisan un pequeño barco y unas casas. Estamos a la vista de Puerto Lockroy.

Termina esta fiesta de imágenes con la silenciosa contemplación de las estrellas en la seminoche del estío polar. La Cruz del Sur nos saluda y hay en sus leves destellos un mensaje que no descifraremos todavía. La luna, que en la declinación de hoy apenas roza un arco breve, deja adivinar, más que entrever, uno de sus cachos: la luz cae en leve estela.

BAHIA DORIAN, MARZO 5: Al bajar a tierra, muy temprano, me encontré de pronto en plena ciudad de los pingüinos, en su propia isla, que hubiera amado ese viejo France, irónico por humano. En las famosas *rockeries*, que entre pedruscos y manchones o prados de hielo van a terminar en el mar, había millares de esos bípedos emplumados que tanto se parecen a los hombres por sus hábitos familiares y tanto se diferencian por su amor a la paz. La mayoría eran polluelos casi adultos, de la última hornada; pequeños, graciosos, de movimientos graves, pesados y cómicos, chilladores como con-

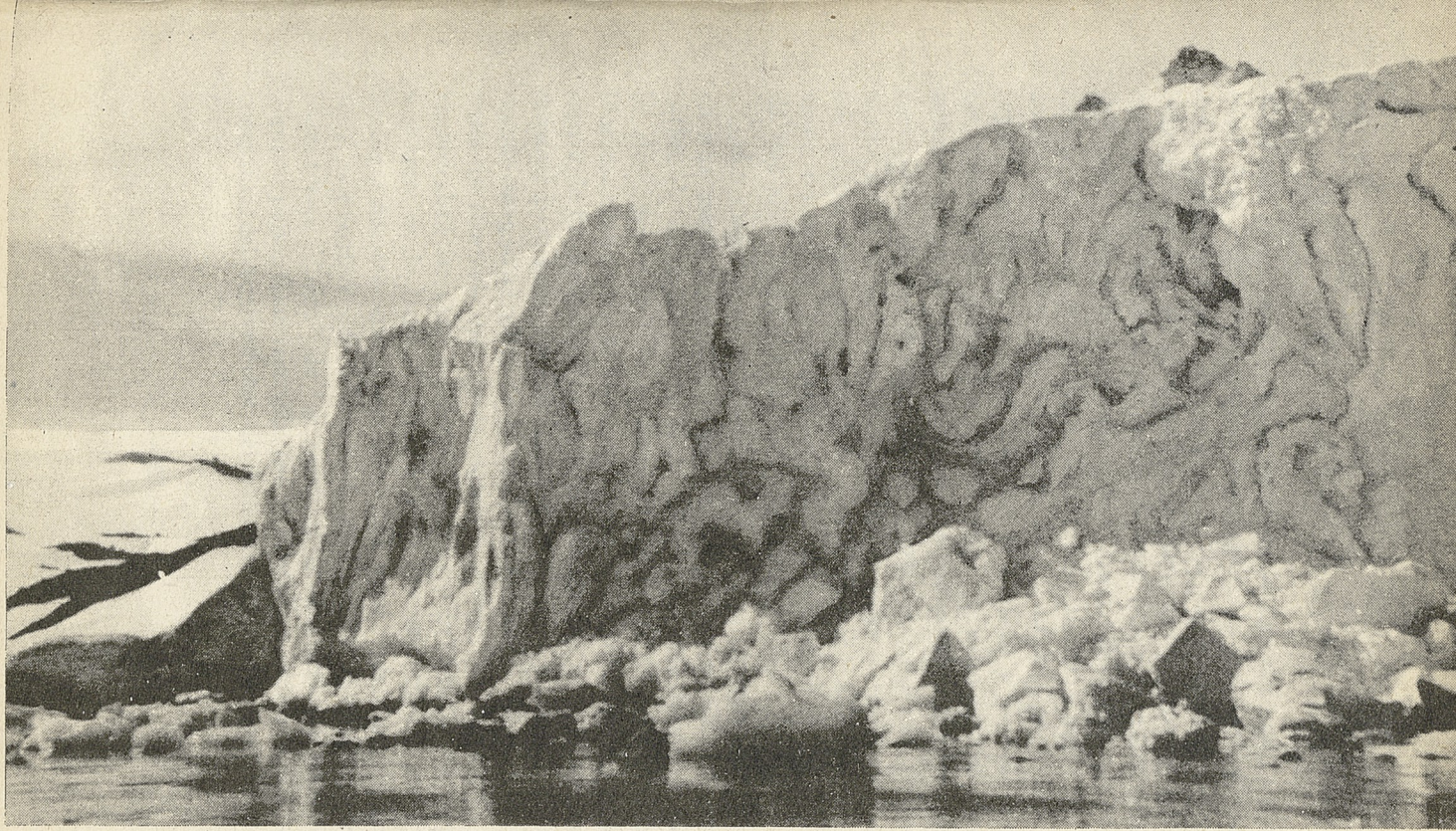


GLACIAR EN BAHIA SOBERANIA. (50 M. DE ALTURA.)

dibujo animado si tuviera la imaginación necesaria. Del ocaso cae suave reguero de luz sobre las aguas apenas turbadas por la proa. A babor avanza una cadena de cumbres rocosas y simétricas, sucesión de esfinges pétreas que emergiesen de basamentos blancos. Tornamos la montaña solar y las esfinges siguen guardando su secreto. Las islas se suceden en apretada cadena, y los cerros se anudan, se separan y tornan a juntarse, mientras el cielo se enciende de ocre y las cumbres se tiñen y esfuman, apenas entrevistas. ¿A dónde vamos? ¿Qué jardinero de paisajes nos ha fabricado este sueño? ¿Hemos recobrado una visión antigua del Paraíso? La nave avanza a través de un mundo de imágenes que se atropellan, sin que hallen los ojos punto de reposo, hasta desembocar en otra bahía, con costa de altos faldeos accesibles, en cuyas orillas pululan a millares los pingüinos. Distante, se divisan un pequeño barco y unas casas. Estamos a la vista de Puerto Lockroy.

Termina esta fiesta de imágenes con la silenciosa contemplación de las estrellas en la seminoche del estío polar. La Cruz del Sur nos saluda y hay en sus leves destellos un mensaje que no descifraremos todavía. La luna, que en la declinación de hoy apenas roza un arco breve, deja adivinar, más que entrever, uno de sus cachos: la luz cae en leve estela.

BAHIA DORIAN, MARZO 5: Al bajar a tierra, muy temprano, me encontré de pronto en plena ciudad de los pingüinos, en su propia isla, que hubiera amado ese viejo France, irónico por humano. En las famosas *rockeries*, que entre pedruscos y manchones o prados de hielo van a terminar en el mar, había millares de esos bípedos emplumados que tanto se parecen a los hombres por sus hábitos familiares y tanto se diferencian por su amor a la paz. La mayoría eran polluelos casi adultos, de la última hornada; pequeños, graciosos, de movimientos graves, pesados y cómicos, chilladores como con-



GLACIAR EN BAHIA SOBERANIA. (50 M. DE ALTURA.)

viene a la juventud y no poco curiosos, lo que es común a toda edad. Los había deliciosamente infantiles y bastante gordos, con la pechera blanca algodonosa y las aletas vibrantes como brazos. Cogimos algunos en los nuestros, correteamos y arreamos grandes manadas en medio de una lluvia de fotografías, sintiéndonos también un poco niños, como estos otros que sólo tienen de bobos lo humano. Los padres andaban entre aguas a caza del sustento, y de cuando en cuando venía alguno, dando lugar a encantadoras escenas; el crío se acercaba a pequeños saltos, uníanse los picos para dar ocasión a que los buches trasegasen, y luego la madre corría un trecho para obligar a hacer ejercicio al chico, encontrábanse y, tras de renovado bucheo, nueva carrera. Veíamos toda suerte de escenas familiares, sin los pleitos que caracterizan a los implumes. Un poco de amor, un mucho de charloteo y no escasa porción de alboroto, de que eran causa los intrusos visitantes.

La mañana era espléndida y el sol nos enviaba su alegría en una atmósfera transparente, en que no se sentía la temperatura de un grado sobre cero, marcada en los termómetros. El *Angamos* se hallaba en buen ancladero, en la amplia Bahía Dorián, circundada de cerros que una alta y estrecha península separa de Lockroy, puerto de aguas tranquilas, pero bueno únicamente para barcos medianos. Saltando entre piedras y ascendiendo magnífica pista de hielo duro, fuí con el doctor Greve hasta la ensenada que le da nombre. Abajo, en un islote, se encontraban las casas modestas del puesto británico, que luego visitamos en la tarde. Un teniente de reserva, hombre joven y bastante discreto, que desempeñaba su papel con la mayor cortesía, nos recibió con sus arreos de gala y no dejó de tratar con humor este "juego" de las banderas en que todavía persisten algunos países. Por la noche fué invitado a comer a bordo, en compañía del comandante del ballenero argentino surto en la rada.

Entre tanto, y sin lesión para ninguna insignia extranjera, el teniente González colocó en uno de los picachos más altos la bandera de Chile, como se ha hecho en otros sitios, acompañada de este legítimo anuncio:

TERRITORIO ANTARTICO CHILENO

Por la noche fué la fiesta de la luna. ¿Cabe imaginar un plenilunio antártico, en cielo descubierto, sin brisa y en medio de la magia de las estrellas y la nieve? Lo que imaginéis siempre sería pálido trasunto. Giraba en lo alto la Cruz del Sur, Alfa y Beta nos enviaban un mensaje de cuatro millones de años luz, Sirio ardía en su orgía de metales. Y la luna describía un arco breve sobre los cerros albos; su claridad bañaba el paisaje, reflejándose en el alma, y el alma era luna y el paisaje alma. Varias horas anduve por las cubiertas o apoyado en las bordas, admirando, pensando, soñando. En alguno de los altos cerros se destacaban las agudas aristas de piedra en el manto de blancuras alucinantes; más allá, un grupo de penitentes se perfilaba junto a la portada de una catedral de nieve; un cono perfecto, tal el Osorno o el Fujiyama, percibíase más lejos, y el zócalo de hielo fingía extrañas construcciones. ¿Cómo no abrir la alforja del recuerdo? Pensaba, según la bella expresión de Eduardo Barrios, puesta en un artículo sobre mi hermano Benjamín, en aquellos que amamos y murieron y seguimos amando...

Y a mis labios venían versos de un poema de Benjamín:

"Suavidad, inquietud, arrobamiento..."

PUERTO ANGAMOS, MARZO 6: Una mañana más en Puerto Angamos, que tal es el nombre con que se ha bautizado a éste de la Bahía Dorián. Cielo diáfano. No hay modo

de bajar a tierra en razón de que zarparemos a mediodía y debemos contentarnos con ir en motor, en faena de pesca a profundidad, a cargo de los biólogos. Está el agua tan cristalina que pueden verse en el fondo los desniveles de piedras. Salimos, segunda vez, con el teniente Troncoso, uno de los oficiales más corteses de nuestra cortés dotación, en trabajos de sondaje. La vista abarca el amplio anfiteatro y se detiene complacida en las insignias de Chile sobre el pico más alto.

Se levanta la pesada ancla de babor, a proa, y las costas de Puerto Angamos y Bahía Dorián pasan. Entramos al Estrecho de Bismarck; a la izquierda queda la Isla Peterson, en donde Charcot invernó en 1909. Millas distante, doblamos la Isla Víctor Hugo, gigante ballena blanca, que pudo inspirar a Melville si por aquí hubiese pasado. Estamos en el terrible mar de Bellinghause, que parece acogernos en relativa calma.

Conviene anotar que fué rectificada la Isla Hugo, mal descrita en las cartas, y se descubrieron tres islotes que no figuraban en mapa ninguno conocido, correspondiendo al teniente Aragay el honor de ser el primero en señalarlos.

El crepúsculo es un milagro. El cielo se pinta a grandes brochazos: azules de Prusia, azules glaucos y celestes, grandes vetas de verde cristalino y oro, zócalo morado profundo y en la masa central, rojos de todos los matices. Desde el sol, hundido en las aguas, un madero vertical de oro platinado sube a lo infinito y otro madero horizontal se sobrepone formando una cruz sobre la cual pareciera adivinarse la Cabeza de Jesús en el estilo de Rembrandt.

MARZO 7: A las ocho y trece minutos, la campana del *Angamos* anuncia que hemos atravesado el Círculo Polar Antártico, entrando en el paralelo 67. A mediodía se celebró en cubierta la Fiesta del Círculo y Bautizo Antártico, de acuerdo con el ceremonial elaborado por el capitán Ros-

seau y Juanito Lenguerich. A son de tambor, precedido de pintoresca murga, escoltado por pingüinos de largos picos, hizo su aparición en el puente el rey Neptuno, llevando del brazo a la pintarrajeada reina y a una bien parecida Miss Antártica. "Teorema" Soto, popular suboficial que hacía su papel con gran mesura, pidió en comedidos términos al comandante le hiciera entrega del barco. Respondióle Rojas Parker, pasándole un asta metálica con insignias chilenas, que esperaba le acogiera con benevolencia en el viaje de regreso. "Bien lo merecéis, comandante, por vuestra *dureza*", le respondió Soto, y acto seguido se dirigió el cortejo a una gran plataforma. Allí fueron desfilando, uno a uno, oficiales, pasajeros y tripulantes, para recibir las aguas polares de un grave doctor a lo Gil Blas, que blandía largo hisopo de cuerdas. Leídos los bandos en verso que nuestro vate Rosseau había compuesto para el caso, cumplido el bautismo universal y a pedido de la turbamulta, Neptuno bailó una cueca de pata en quincha, haciendo voltear, a guisa de pañuelo, una parte de su barba...

Tiempo bueno, parcialmente cubierto, visibilidad a pedir de boca, dos grados bajo cero. La Isla Adelaida extendía ante nosotros su variada estructura: grandes superficies llanas, como praderas blancas, con algún cerro perdido, y hacia el centro, poderosas cordilleras, con conos redondeados y picachos agudos, a las que sucedían nuevas llanuras cubiertas. En la opuesta banda, hacia el extremo Sur, fué destacándose la Isla Alejandro, que a la distancia parecía un inmenso peñón.

Breves surtidores de ballenas en el mar, lomos que se perfilaban muy de tarde en vez, iceberg a la deriva. Uno pasó, azulado y verdoso, que parecía inmenso castillo roquero, con sus torres salientes y puentes levadizos, surcado en la base por enormes cuevas batidas por las olas.

A babor, la pequeña Isla Jenny y la grande del Pourquoi-Pas?, bautizadas por Charcot. A estribor, la Terra Firma. Lue-



EN LAS COSTAS DE SOBERANIA: UNA FOCA WEDDELL.

go, en el sector de la costa, como prolongación natural de la antigua Graham, la Isla Millerand, verdadero espolón en la Bahía Margarita, por la cual navegamos con las simbólicas velas desplegadas. Poco a poco sus relieves fueron destacándose hasta dar una clarísima visión de esta parte austral que confina en la Barrera, cerrada en el otro extremo por la mole rojiza de Red Rock Ridge. Hacia el centro, otro peñón —Roman Four Roch—, menos pronunciado, separa en dos la Bahía Neny; a la izquierda, siguiendo a la Millerand, se extiende Neny, isla-montaña, cuya masa sombría impone su firme silueta descubierta; entre ella y Roman Four, en la pequeña Isla Stonington, se encuentran la Base del Este y las construcciones temporales levantadas por los ingleses (latitud 68° 10' 5''; longitud 67° OW). Entre el peñón central y la punta Red Roch se halla propiamente el Fiordo Neny, cerrado por los icebergs. Más allá, los contornos de la Bahía Margarita se perdían en el crepúsculo.

Detúvose el *Angamos* en la bahía, abrigada al parecer, y las anclas cayeron lentas, evitándose la pérdida de una cadena, en la que se rompió algún eslabón, gracias a las precauciones tomadas por el comandante y el capitán Kaiser, ingeniero de máquinas.

En la claridad difusa se encendieron las luces punteras del barco, y a poco vinieron de tierra señales por destellos, entablándose un diálogo que no puedo pasar por alto.

—¿Quiénes son ustedes?

—Transporte *Angamos*, de Chile.

—Están ustedes en territorio británico. ¿A dónde van?

No tarda la respuesta del comodoro, dada en inglés:

—Este buque pertenece a la Armada de Chile y navega en aguas del Territorio Antártico Chileno.

Los ingleses acusan recibo cortésmente y nos desean buenas noches, después de inquirir si bajaremos a tierra mañana.

Subo al púlpito. La luna ha salido, luna casi llena en

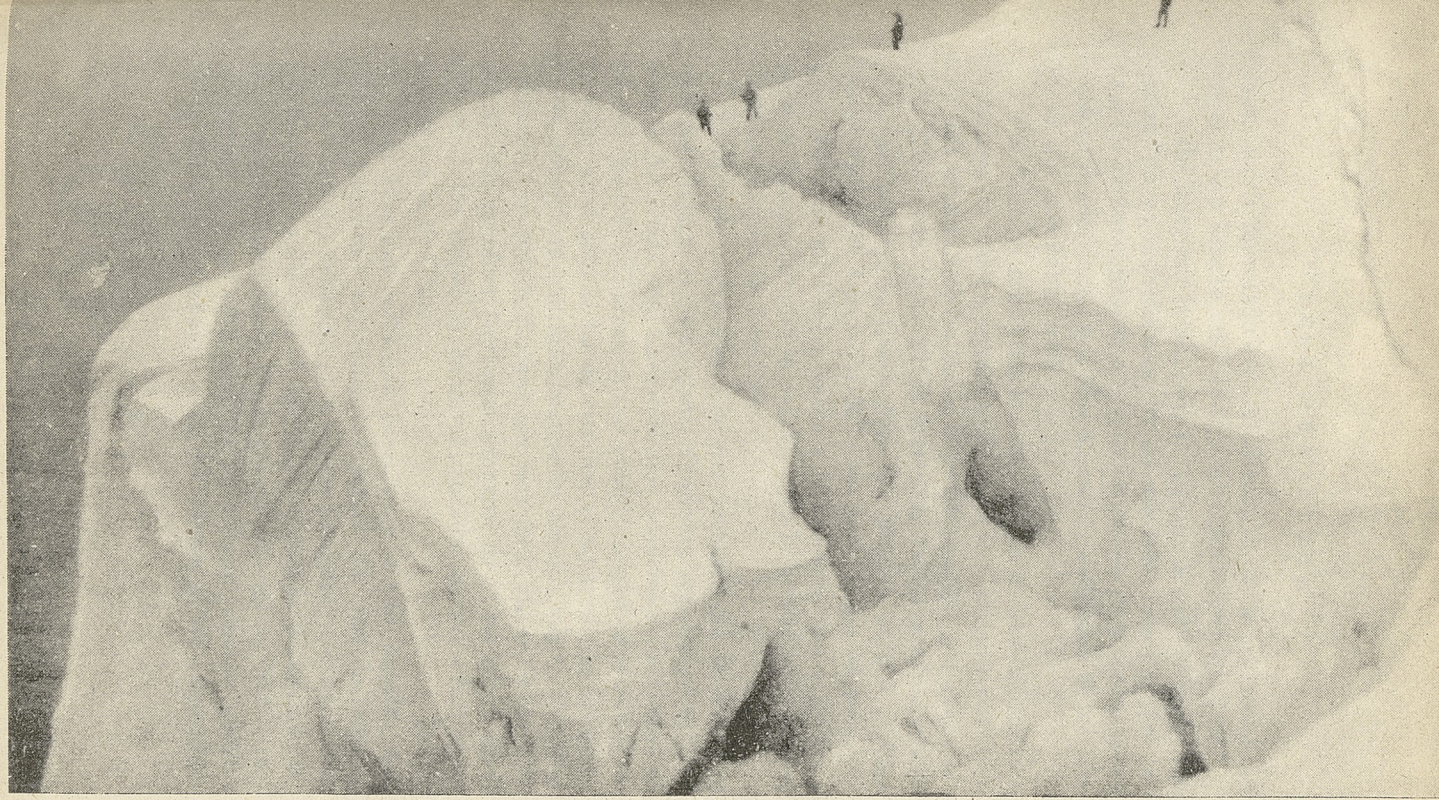
uno de los extremos del mundo que pueda ser navegado. Icebergs azules se perfilan a distancia: uno, muy próximo, se parte en dos, casi sin ruido. Los peñones rocosos y descubiertos, que limitan el paisaje, ponen acento de sombra, de cobre opaco, en las inmensas alburas sobre las cuales riela nuestro planeta satélite, tan muerto acaso como este mundo blanco que nos embruja. El silencio domina, infinito silencio sin contornos; diríase tremendo silencio de Más Allá, si no esperásemos para el Más Allá armonías de naturaleza inefable... Estamos a solas con nosotros mismos, a solas con los recuerdos que dominan el alma y todo ese acervo impreciso de futuro que es nuestro aliento vital. Estamos en territorio de Chile, sobre una nave de guerra de nuestra Armada y a la sombra de nuestra propia bandera. Los ojos de la imaginación, que casi nunca, aun cuando vean lejos, superan la realidad, porque la fantasía de la vida deja atrás a la del novelista más imaginativo, procuran penetrar en la hondura del tiempo. Corren los decenios. Lo que llegó a culminación decae y se disgrega, siguiendo las inexorables leyes que orientan el destino de los países y de los hombres, que reglan la evolución del astro y del gusano. Los países nuevos crecen y se hacen fuertes y ocupan su sitio sin que nada pueda impedirlo. Chile, rico, poblado, con mezcla de sangre nórdica, en unión de Argentina, cuya civilización invade las pampas, como quería Sarmiento, han extendido el común poderío hasta el fin del mundo y sus banderas unidas, y tal vez confederadas, se pasean por los mares de Bellinghause y de Weddell, que una voluntad realizadora ha bautizado de nuevo. Aquí, en esta Bahía Margarita, se alzan bases científicas y militares, que pasan a ser núcleos de puertos y centros poblados; las minas entregan sus tesoros, el hielo retrocede, el paisaje se humaniza y la vida surge por doquier. Van y vienen los barcos por las aguas, surcan el aire convoyes aéreos; naves poderosas, por sobre las capas del viento, viajan a velocidades no sospechadas, uniendo las metró-

polis con los puntos más distantes en etapas tal vez de minutos. En el Polo mismo hay observatorios y hasta hoteles de turismo. La ciencia avanza e impera. Lo que se llamó grande como un mundo es ahora limitado como un pañuelo. Hasta los sueños mismos y hasta la fantasía alcanzan límites. ¿Los alcanzará también nuestro egoísmo? ¿Seremos capaces de dominar un día nuestra propia miseria íntima? ¿Descubriremos finalmente a Dios, después de haber descubierto todo lo que Dios hizo? En esa hora lejana, que se diluye con los rayos que de arriba vienen, en las lejanías de la nieve sin contornos, acaso el mundo sea uno solo y los hombres hayan encontrado por fin la manera de convivir sin odiarse. Acaso para entonces todos tengan un sitio bajo el sol...

BAHIA DE LA ISLA NENY, MARZO 8: La prisa de ir a tierra nos congregó a hora temprana; la curiosidad, la inquietud de conocer, hacían cosquilla en el ánimo. Bajamos en la primera embarcación, y por entre tempanillos y carámbanos fuimos a tocar en las playas de la Isla Stonington. Ante nuestra vista, con las casas inglesas en segundo plano y el decorado soberbio de serranías y ventisqueros, veíamos docenas de perros lapones encadenados, a prudente distancia unos de otros, que saltaban ladrando en dinámico concierto. A no más de dos cuadras, por campos de hielo, salpicados de pedruscos, estaban los edificios de la Base del Este, donde Byrd realizó una de sus campañas australes, teatro de dramática aventura. Componíase el conjunto de cinco casas de madera instaladas en vecindad, capaces, por su estructura y firmeza, de resistir los vientos inclementes que en toda época soplan: una, mayor, servía de dormitorio, con departamento de botica; en otra se hallaba el comedor, con anexos de despensa y cocina; en una tercera, la biblioteca y sala de esparcimientos, dotada de máquina cinematográ-

fica con proyector; en sala próxima estaban las instalaciones de radio, que debieron ser poderosas. Había un pabellón para máquinas, cerrajería y repuestos. A escasa distancia, el hangar donde todavía se guardan los tractores ya herrumbrosos y un aeroplano anticuado.

En esas instalaciones, cómodas y hasta agradables, en que nada faltaba y donde la camaradería y el común ánimo de trabajo y sacrificio creara, sin duda, calor de hogar, permanecieron los hombres de Byrd desde 1940 hasta fines del verano antártico de 1941, unidos con su patria por frecuentes comunicaciones de radiotelefonía. Todo un invierno de ruda actividad había transcurrido bajo el comando de Black, y los veintiséis hombres que allí se encontraban esperaban el retorno del almirante cuando una súbita formación de *pack-ice* los aisló, amenazándolos con la tortura de un segundo invierno para el cual los ánimos no se hallaban preparados. El buque auxiliador que iba a rescatarlos halló un sitio de aterrizaje en la Isla Mikkelsen, a ochenta y cinco millas de distancia. En la Base del Este, entretanto, los hombres veían acortarse los días y crecer las zozobras, bajo el golpe de los *blizzard;* hora a hora, minuto a minuto, el operador radiotelefónico transmitía al barco el clamor de aquel grupo humano sobre el cual gravitaba el fantasma de la noche polar. Despejaron una pista de despliegue con el ansia con que se alistan las lanchas de salvamento, y puesto el oído en los receptores aguardaban el llamado. Este llegó por fin y la voz de prepararse puso frenesí en los ánimos. Cada hombre se proveyó de lo esencial, abandonando libros, vestidos, objetos, recuerdos: en la prisa hubo quienes olvidaron hasta las cartas de sus madres, dejando en la pared de su litera el retrato de la novia, de la compañera o del hermano. Un biplano, en dos grupos y en dos viajes, los llevó sanos y salvos, salvándose también siete cachorros de trineos y un ave de especie rara que el biólogo de la Institución Smithsoniana, Mr. Herwill



EXPLORANDO EN LOS ABISMOS DE LAS GRIETAS.

Bryan, había capturado para el Zoológico de Wáshington, según el relato inserto en "The Washington Evening Star".

Cabe imaginar la angustia de pánico de esos hombres que sentían, no ya la fascinación de las soledades infinitas que anima a los exploradores, sino el terror humano de la noche polar, antídoto de ese vértigo que es el abrazo de la Virgen de los Hielos, de que nos habla Andersen.

Partieron y, con excepción del tiempo en que la ocuparon los ingleses, la base ha permanecido hasta hoy abandonada. Junto a una pizarra, escrito sobre la pared, quedó un comunicado de B. Black, con fecha 22 de marzo de 1941; otro expedicionario, que no dejó su firma, puso este mensaje cordial: "¡Bien venido, visitante! Aproveche de lo que aquí encuentre, pero, por favor, envíeme mi baúl y valija a la dirección que se indica". No sé si alguien cumplió lo pedido, pero la invitación encontró, sin duda quienes la aceptaran...

Dentro de lo pintoresco de esta aventura que se detuvo al borde del drama, el comandante Cordovez registra en su obra sobre la Antártida una anotación que nosotros no ubicamos en nuestras visitas: "Esperamos que cuando caigan las sombras de la noche, aquí sólo se ha de escuchar el tictac de los relojes". El del dormitorio continúa marcando las dos veinte. El señor Cordovez, con mayor fortuna que nosotros, vió en la litera de uno de esos hombres valerosos, pioneros de la cultura y de la geografía, dos pequeñas banderas cruzadas en sus astas: ¡una de ellas era la de Chile!

Con emoción contenida penetramos a esos recintos, que debieran constituir un museo antártico. La casa-dormitorio, vasta y cómoda, hallábase en el mayor desorden: las literas desnudas, ropas caídas por el suelo en tremendo hacinamiento; botas, zapatos, vestiduras. En la gran mesa central, libros, instrumentos, objetos, cajas abiertas de tabaco, libretas, páginas escritas del último trabajo... En las paredes había fotografías,

láminas, dibujos; la nota familiar e íntima que nos aísla del tiempo y sólo en nosotros y para nosotros existe...

En el pabellón-comedor el desorden era menos grande, si bien doquiera se advertía la huella de premura. La máquina proyectora estaba allí, privada de su lente principal, y cerca un tambor de la última película exhibida. El gabinete de las instalaciones de radio, aparentemente dañado por la acción del tiempo, se encontraba privado de piezas vitales a juicio de nuestros técnicos.

Cerca hay una laguna interior y un ventisquero con grietas enormes; la nieve es fofa, el suelo aparece surcado de quebraduras apenas cubiertas. Desde los enrocados, que surgen a pequeña altura, disfrutamos anchamente del paisaje, bajo cielo de alto techo de nubes, sin viento, aguijoneados por leve brisa que ante es acicate y alegre ímpetu que estorbo.

Volvemos en la tarde. El motor de la lancha se detiene en mitad del trayecto; y, aun cuando lleva exceso de gente, tan sereno está el mar que nadie experimenta la menor inquietud. Vamos surcando una sabana de cristales de hielo.

Los edificios de la Base del Este, centro de la curiosidad general, se llenan de nuevo de gente que quiere ver y palpar. Recorro las salas de este museo viviente, que la próxima expedición norteamericana desmantelará tal vez, para tornarlo todo a su objetivo anterior, y presencio escenas y dichos pintorescos, peculiares a la naturaleza íntima de nuestro pueblo, que hacen aflorar la sonrisa a los labios. No eran pocos los que ansiaban llevar un "recuerdito", pero el teniente Maydl anunció secamente que nadie podría tomar ni una brizna de paja. A continuación de lo cual, establecido que fué un severo control, el comodoro Guezalaga dispuso que varios hombres procedieran a limpiar los pabellones y a poner orden en todo. Cuando nos retiramos, aquello no parecía conocible: habíamos encontrado un establecimiento saqueado, o, al menos, en completo abandono y des-

trucción, y lo dejábamos en orden que hacía honor a las tradiciones disciplinarias de la Marina de Chile.

Lenta y leve, deslizándose en sueño de nieve, fué avanzando la noche sobre el paisaje. En la bahía tranquila surgían icebergs azules; los picachos se doraban sutilmente, como si hubiesen aprisionado los escasos rayos de sol que hubo en el día; los peñones cobrizos se ahitaban de sombra y la lejanía, cubierta de cendal de bruma, se ponía en tono de Corot. Ibamos silenciosos en la lancha, como si las almas quisieran ponerse a diapasón con el paisaje; ningún otro ruido, aparte del motor y de la quilla en los cristales, turbaba la serenidad inquietante. Hacia el Sur, el Polo Austral, cuya orilla más lejana tocábamos, el Polo con todo su potente caudal de sugestiones, traducido en lenguaje que puede ser entendido por la gente chilena que es de montaña y mar bravíos, gente (valga la figura) cuyos pies tocan por natural disposición en el Océano que baña nuestro inmenso litoral y cuya frente alguna vez se eleva a las alturas. Litoral inmenso, decimos, cuyo natural emplazamiento geográfico va desde el Morro de Arica, que por mandato de Vicuña Mackenna no soltaremos nunca, hasta nuestro cuadrante polar, que la voluntad de un pueblo maduro en experiencias nos ordena defender a la luz de títulos inobjetables. (El ser o no ser de Hamlet es para nosotros ser, voluntad de ser, imperiosa necesidad de ser. La historia se teje en la sombra, dicen, sin que aparentemente podamos controlarla, pero antes se hace carne y substancia en espíritus humildes, en gente del común, en pueblo vivo. Y es ahí donde realmente se forja.)

Paseo por los puentes solitarios, me apoyo en las amuras, en ansia de comulgar con el alma oculta de esta Antártida vestida de nieves que batirán los soles de otras edades y habitarán en plenitud hombres de tiempos todavía imprecisos. Con el paisaje me fundo en armonía, pero el alma está más allá del paisaje, más allá de nuestra voluntad de saber y captar. El alma

de la tierra, el alma de los mares, el alma de los tiempos, sólo puede llegar a nosotros en el país del sueño, sólo puede traernos su mensaje indescifrable cuando nuestra propia alma logra atravesar las espesas murallas materiales en esos raros momentos de sinceridad en que el espíritu se desnuda. Romper cadenas, avizorar desde los puentes de nuestra nave interior, ir más allá, siempre más allá. ¿Pero cómo y hasta dónde, Señor?

DOMINGO 9 DE MARZO: Anoche hubo a bordo fiesta de confraternidad chileno-británica, con asistencia de casi todos los oficiales ingleses y de su jefe. Hubo cantos chilenos, viejas canciones de la patria y el repertorio marítimo de Albión, con el clásico "Buen muchacho".

El *Angamos* navega con grueso oleaje, sin visibilidad. Bate el viento y el agua baña popa y proa, a punto de aislarnos de la "Población Aguirre Cerda". Nos consolamos de los embates del mal tiempo con una frase oportuna de Charcot, escrita después de cierta noche en que su barco sufriera averías serias por choques continuos de témpanos, que lograron romper las cadenas de reparo: "Acaso otros se contentasen con el trabajo llevado a cabo, pero yo no puedo. Debo combatir la posible desmoralización entre mis compañeros, vigilar por su moral, y mi decaimiento dura poco; Shakespeare, mi fiel amigo, lo ha previsto todo y viene en mi socorro:

"When good will is showed though it comes too short
The actor may plead pardon".

MARZO 10: Amanezco renovado y me informo, al subir a las cámaras, de que anoche sufrimos un choque de témpano, sin consecuencias. El cielo está cubierto y la temperatura fresca, con viento moderado, pero la visibilidad es buena. Antes de que la neblina se levantara, dejamos atrás la Isla Nansen, las



GLACIAR EN BAHIA SOBERANIA. (50 M. DE ALTURA.)

Biscoe, las Pitt, las Martin y las Betheder, más pequeñas aún. Por estribor pasa la Isla Víctor Hugo, enorme animal prehistórico, con cola de rocas bajas, que se extiende sobre el mar, petrificado en blanco por obra de alguno de aquellos encantadores a que era tan afecto Don Quijote. Entramos al Estrecho de Bismarck y las montañas y planicies de la Tierra de Graham se perfilan con asombrosa sensación de cercanía, aun cuando nos separa distancia considerable. En lo alto se amontonan negras nubes a medida que nos internamos en la Bahía Dorián. Los picachos torvos, las aguas que ebullen, la soledad circundada de blancos fantasmas y empapada de hondo silencio intraducible, silencio que del paisaje invade el alma, hace pensar en un grabado de Durero o en alguna de esas visiones siniestras e imponentes de la *Divina Comedia*. Entre cumbres de espanto asoman las siluetas del Florentino y de Petrarca, en busca, tal vez, para llenar un círculo nuevo de su Infierno, de ciertos poetas que deshumanizan lo humano o de tales gobernantes y reyes de industrias que hasta la apariencia humana perdieran... En el pórtico del hosco paisaje no escribirá Dante, para nosotros, la dura sentencia: "Lasciate ogni speranza ...

Fondeamos en Puerto Angamos antes de las ocho, en plena tregua de la naturaleza, a la que no se acogen en la faena de comida los biólogos y zoólogos de nuestra mesa, pues se enzarzan en ruda contienda acerca de la necesidad o inconveniencia de sacrificar pingüinos y focas en aras de la ciencia.

La transmisión nocturna de Chile Americano, como decimos a bordo, me trae un afectuoso mensaje de don Antonio Asenjo, Augusto d'Halmar, Augusto Iglesias y los amigos de la tertulia dominical de Anita Gómez, con nuevas de mi familia. ¡Reconfortante recuerdo!

A filo de media noche un espectáculo interesantísimo nos llevó a cubierta. El barco estaba rodeado de témpanos, impulsados por vientos que a cada instante variaban. Uno chocó dos

veces a popa, cerca de la hélice, y otro, de respetables proporciones, embistió tres por la proa. De pie en el jack, Julio Ripamonti y yo seguíamos las evoluciones del pequeño monstruo, cuyos choques reiterados hacían crujir las planchas de acero. Resistió la cadena y fuése deslizando hacia la boca. Frente a nosotros un iceberg tubular se erguía amenazador, encallado a no muchos metros. Contra él iban a chocar otros menores, con golpes de ola y espuma. . .

MARZO 11: Después de la batalla de témpanos, que continuó toda la noche, vi por el ojo de buey, al amanecer, una visión admirable. Dos paredes de nieve altísimas se perdían en la gasa del cielo, y en medio, como suspendido sobre nubes bajas, un altar druídico. Deslizábanse las imágenes del Canal Niemayer, ahora en matizaciones de blanco puro, bajo sutil velo de bruma. Sucedíanse fantasmas de islas, apariciones de despertar de sueño. Atravesamos el Canal de Gerlache, en parte, para salir a la Bahía Dallman, amplia, decorada de conos que casquetes de hielo revisten por entero. En un ángulo el islote de Melchior, pequeño y rocoso, acostado contra cerros de paredes casi verticales. En una piedra la bandera chilena, en señalación de madera, colocada ahí por la fragata *Iquique*, en enero, nos daba grata bienvenida. Más allá las casas en construcción de la estación meteorológica argentina, cuyas torres metálicas dan su acento peculiar. Nuestros vecinos han hecho trabajos costosos, preludiados en el faro Patagonia, que alumbrará, millas arriba, la noche polar que se avecina.

MARZO 12: Espesa niebla recorta la visibilidad a pocos metros y el barco rola que es un contento. Desilusionados de los meteorólogos profesionales (aun sabiéndonos injustos), pudiéramos pedir sus luces al profesor Oliver Schneider, quien, para acallar las continuas interrogaciones radiotelegráficas de un distinguido astrónomo santiaguino, le fletó este mensaje:

"El barómetro sube y baja lento.
De dónde viene, sopla el viento."

No he tenido la curiosidad de averiguar de dónde sopla este que nos está dando tan regular meneo, ni me inquieto por el barómetro, en vista de que las neblinas comienzan a despejarse un tanto. A babor se destaca apenas, en la nebulosidad, el casquete blanco de la Isla Law.

Cae de nuevo la niebla, limitando lo visible a estrecho círculo alrededor del barco. De pronto la máquina se detiene. El eco-sonda ha descendido casi a cero. ¿Una punta de roca?, ¿nuevos bajíos ignorados? Un rápido sondeo exterior acusa cincuenta brazas de fondo. La máquina reanuda su marcha; acaso ha sido el paso de alguna ballena (hoy en la madrugada vieron más de ciento). Subimos. La velocidad sigue reducida, y a pesar de que debemos estar a la cuadra de Decepción, nada puede verse en medio del manto espeso que empapa chalinas y ropas. De pronto, como por arte de magia, las neblinas se rajan, se apartan veloces y dejan percibir a corta distancia la masa de la isla, destacándose, a medida que nos aproximamos, los detalles de montes y roquíos. La proa enfila la entrada bajo un vuelo de petreles blancos de los que llaman de las tormentas. Nos deslizamos por la ancha bahía hacia la abrigada Caleta de Balleneros, donde se encuentran anclados el *Chaco*, la *Patagonia* y otros barcos argentinos cuya presencia da al paisaje una animación que no se veía desde los tiempos de Andressen y de las actividades chilenas. La cadena, al deslizarse por los escobenes en medio del estrépito de pitazos que nos saluda, se rompe con algunos paños, por defecto de fábrica, y perdemos una de nuestras anclas. Momentos más tarde, mientras atraca a la escala de estribor una lancha amiga, cae al agua un cabo de mar, que hace poco recibiera este pintoresco mensaje de radio: "¡Adelante, Chamelo, conquistando nuevas tierras por los mares procelosos

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

de la Antártida!" El buen Chamelo conquistó esta vez uno de los baños más fríos de su vida.

La isla, en la penumbra del crepúsculo, ofrece de nuevo a la insaciable curiosidad de los expedicionarios su aspecto lunar. Diríase un trozo que dejó olvidado sobre la tierra el viejo satélite de la noche.

Por segunda vez nos encontramos en Decepción, la parte de este tercer mundo más vinculada a Chile por las actividades del mar.

Según la descripción de Webster y de Johnson, se halla a 65° 56' Sur y 60° 40' Oeste y su superficie es de cincuenta kilómetros aproximadamente, siendo el diámetro N. S. de cerca de 19 y 15 el de E. O. En el interior —anotamos en Charcot— existe un gran lago marino, producido tal vez por el hundimiento de algún cráter debajo del nivel del mar. La cuenca, casi elíptica, con 9 a 10 kilómetros de diámetro y cerca de 22 de superficie, comunica con el exterior por un estrecho paso de 180 metros al S. O. La profundidad, que a la entrada es de pocos metros, llega rápidamente a 177 en el centro y en parte a más, como hoy pudo comprobarlo el *Angamos*. Las riberas interiores son más llanas que los bordes exteriores; a la entrada se levanta un acantilado escarpado, de paredes verticales de 240 metros de altura, y en las orillas se encuentran varios lagos parecidos a pequeños cráteres.

El tiempo ha producido modificaciones, según podremos verificarlo cuando recorramos la isla. Ya Charcot las encontró en sus estadas, comparando lo que veía con la carta de Foster. Observó numerosas fumarolas con proyecciones violentas de vapor de agua y muchas fuentes de agua caliente, que llegaba a 88° centígrados. Estas manifestaciones volcánicas activas fueron también observadas por el explorador francés, si bien la temperatura del agua sulfurosa llegaba a 68°. El foquero yanqui



Entrada a la Bahia Interior de Isla Decepcion.

Smiley, que estuvo en 1842, hace más de un siglo, dice, por su parte, que no observó "menos de trece erupciones".

Webster, Johnson y Dumont d'Urbille vieron muy poca nieve; Charcot encontró mucha, hasta en las playas, y nosotros en escasa cantidad. A este fenómeno, que da a Decepción fisonomía inconfundible, contribuye, en opinión del profesor Gourdon, la temperatura elevada que se encuentra en algunos sitios, y, en especial, la presencia de rocas desmoronadizas y la caída de cenizas que, arrastradas por el viento, se extienden por la superficie nevada y activan su función.

El aspecto mismo del puerto es de una herradura, en cuyo fondo, enfrentándose, se encuentran las caletas del Péndulo y del *Telephon*, seguida ésta por otra importante, que carece de nombre. Cerca de la boca se halla la de Balleneros, que es, sin duda, la principal.

¿Cuál es la historia antigua de esta isla chilena que ha sido escenario de no pocas actividades y hazañas acometidas bajo su bandera? ¿Qué secretos guarda? En la época de los aventureros pudieron llegar a ella piratas y corsarios; en sus playas inhóspitas alguna carabela náufraga, de aquellas que solían arriesgarse por el Cabo de Hornos, pudo ser arrastrada por los huracanes a su latitud; mas de lo que hubo, de los ignorados dramas, de las tragedias sospechadas, sólo quedó la huella del pie sobre la arena. Podemos imaginarnos las épocas de grandes erupciones, cuando la lava barría el mar y de este inmenso cráter, no del todo extinguido todavía, brotaba en la noche antártica una enorme antorcha. ¡Qué fuegos de artificio debieron ser aquéllos!

En los tiempos de la Compañía Ballenera Chilena, cuya flota tenía allí su centro, el capitán Andressen fué figura principal. Fornido, perspicaz, con corazón generoso en ancho pecho, este marino noruego, nacionalizado chileno, puso al servicio de su nueva patria las mejores energías y su intrepidez

a toda prueba. Personaje digno de leyenda, habitó en Decepción con su compañera, y desde la cámara del *Gobernador Bories*, nave insignia, preparaba batidas y correrías. Sobre las playas abandonadas se ven los esqueletos de las ballenas que sus hombres cazaron y acaso en el eco de las montañas y valles, que vamos a despertar mañana, duermen todavía sus voces de mando.

La mayor hazaña de Andressen fué la del *Telephon*.

Hacia 1910, un navío inglés que llevaba carbón a los balleneros de la Bahía del Almirantazgo, encalló en las rocas de su entrada, siendo abandonado por los tripulantes, a causa, sin duda, de lo enorme de sus averías, que debieron parecerles irreparables. Súpose en Decepción la noticia e inmediatamente salieron todos los barcos que había en la isla. A bordo del *Almirante Valenzuela*, que por razones diversas zarpó con retardo, el capitán Andressen libró una épica carrera, logrando llegar primero. Recto y veloz, como uno de sus arpones, lo abordó, e izando en el mástil la bandera chilena que llevaba preparada, de acuerdo con las leyes del mar tomó posesión del *Telephon*, que tal era su nombre. Después de zafarlo, con infinitas dificultades, lo llevó penosamente a la isla, en una de cuyas caletas logró embancarlo. A entradas de la primavera, en el año siguiente, el *Gobernador Bories* llegó temprano, para prevenir competencias, y procedió a realizar las reparaciones de la nave rescatada, con éxito notable en razón de la insuficiencia de los medios con que pudo contar.

Escribe Charcot en su diario del *Pourquoi-Pas?*: "A nuestro regreso a Punta Arenas hemos visto al *Telephon* que llegaba tranquilamente a Decepción con velocidad de diez nudos; sus banderas baten el viento; limpio y repintado, con Andressen y hasta la señora Andressen a bordo, la cual ha querido hacer la travesía con su marido. Es la mejor operación de reparación que se puede imaginar".

¿Dónde están, cabe preguntar, los Andressen de nuestro tiempo?

Algunos, por ventura, viajan a bordo del *Angamos* y de la *Iquique*. . .

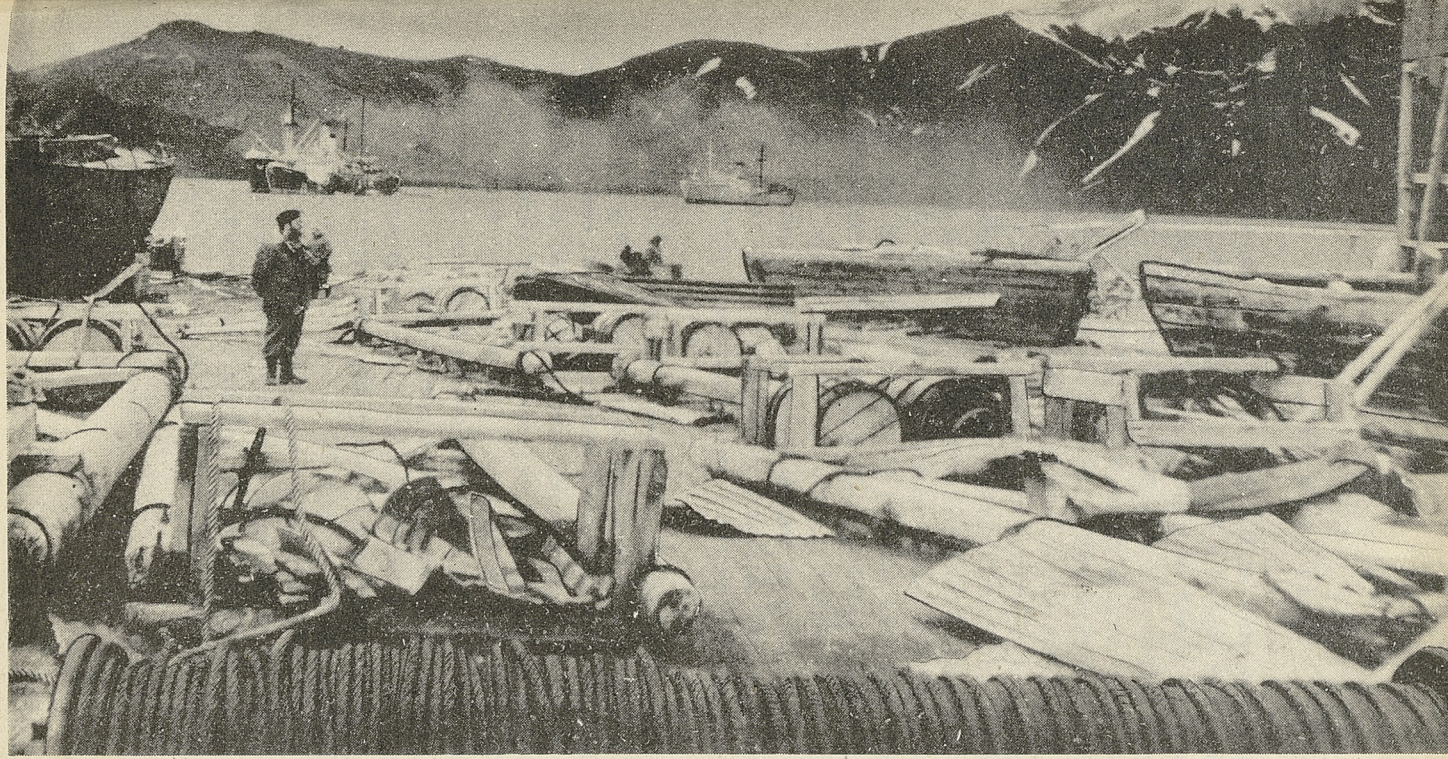
ISLA DECEPCION, MARZO 13: Temprano estamos en cubierta. Domina la nota gris de un día lunar, y con el espíritu tenso, en mayor emoción quizá de la que Fóster pudo sentir en el primer desembarco de su lejana aventura, avanzamos por el puerto que lleva su nombre. A través de las tablas vacilantes de un desembarcadero que construyeron los noruegos, vamos a tierra, recorriendo, en compañía del capitán Macera y del teniente Cristián Storacker, las instalaciones abandonadas. Estamos en un establecimiento pintoresco que alcanzó a tener más de cuatrocientos habitantes, mozos activos en la flor de la edad. Casas grandes, muelles, varaderos cuyas planchas de acero se deslizan bajo el agua, por donde arrastraban las ballenas para faenarlas; hornos, enormes estanques aceiteros pintados de rojo, restos de un dique seco, almacenes en desorden, vastas bodegas. Allí reinó la vida sobre la muerte en el tiempo en que la sangre de ballenas azules, jubartas, jorobadas y cachalotes brotaba por la herida de los arpones de acero, y ahora la muerte reina sobre la vida. Por aquí pasó la civilización. Durante la segunda guerra mundial, el dique fué hundido, los estanques dejaron escapar su aceite, el abandono y la ruina pusieron su acento en la soledad del mar. ¿Y nosotros? ¿Dónde estábamos nosotros? En Santiago, las intrigas y apetitos de los políticos aldeanos impedían que la mirada se extendiera anchamente sobre las colinas. . .

Recorremos el caserío desierto. Examinamos las máquinas herrumbrosas, las dínamos inútiles, las herramientas cubiertas de nieve bajo los techos derruídos de los galpones. Hay casas en buena conservación todavía y una, magnífica, hecha de finos

y sólidos materiales, que parece aguardar nuevos huéspedes. Sobre espaciosa galería iluminada por claraboyas, abren cuartos de madera, confortables. A través de la ventana de alguno escapa la única gallina de la isla; en otro se arrullan dos palomas mensajeras. . .

Caminamos por la playa negra y crujiente —algo me recuerda la *Playa Negra* de mi padre—, y nuestros pies se hunden entre los restos triturados de antiguas erupciones. Una laguna glauca aparece, una de tantas lagunas que Palmer y Andressen vieran en comunicación con el puerto, ahora en extinción gradual. Por doquiera se ven huesos de ballenas, esqueletos de proporciones enormes que pudieran hacer las delicias de los arqueólogos del año 3,000, si aun quedan en esa época tan remota y tan próxima. Avanzamos hacia una península arenosa que nos abre nueva visión por el mar interior de esta bahía donde caben todas las escuadras del mundo: cráteres, serranías, picos de piedra cobriza, apenas tocados por la nieve, se advierten por doquiera.

Recorro, solitario, playas donde se alzan, de trecho en trecho, casetas que debieron abrigar a los balleneros. Alternan los huesos de animales sacrificados con los restos de las embarcaciones que los persiguieran, algunas de las cuales conservan apariencia de cosa viva, como si de algún refugio próximo fuesen a salir sus tripulantes. De los cerros bajan débiles hilos de agua cristalina. La caleta se cierra hacia el extremo de roca cortada a pique que forma una de las paredes en la entrada única de la isla. A escasa distancia se destaca contra el cielo un portezuelo no muy alto, brecha que el tiempo ahonda, con intención de separar en islote la pared aludida. Hacia él subimos, escalando una ladera alfombrada en restos de lava. El panorama compensa el esfuerzo, porque desde la cima se disfruta espectáculo bellísimo. Hay en lo exterior una ensenada de arena y piedra, limitada por abrupta roca, a cuyo pie vienen a morir



RUINA DE ANTIGUA BASE BALLENERA EN ISLA DECEPCION, CON EL TRANSPORTE "ANGAMOS" ANCLADO EN BAHIA FOSTER.

las olas en cascada de espuma; más allá la costa se dilata en numerosas entradas pequeñas, parecidas a las que se extienden en las costas atormentadas y magníficas del Maule. El agua es verde intenso en las rompientes y azul en la vastedad del mar. Azul y glauco, con la pincelada de sangre de toro de los peñones, como una bandera de audacias antiguas. Sopla el viento en rachas salinas que tienen algo del humor vivificante que debió animar a los viejos corsarios. El tiempo no es de mucha poesía —vivimos horas bárbaras, hubiese dicho Rubén—, pero, en esta región que recuerda las luchas titánicas del hombre y la naturaleza, en esta región que hubiese amado Melville, ¿cómo no dejar que una punta del velo de la Reina Mab nos roce?

Descendemos, ebrios del goce de esta divina soledad, aguijoneados por sugestiones que no llegan a todas las almas, en misterioso contacto con la médula misma de la tierra, del paisaje y del mar. El viento sopla, la sangre acelera su curso... En el embarcadero aguardamos sin impaciencia la lancha del *Angamos*...

De nuevo somos los primeros en descender a tierra por la tarde y nuestros pasos se encaminan al Cementerio de Decepción, el más austral del mundo. Sobre una colina, detrás del pueblo muerto, reposan los héroes desconocidos de la lucha entre el mar, las ballenas y el hombre. Los restos de Moby Dick pudieran consumirse en la playa y aquí los de sus víctimas. Un cerco metálico, con verja abierta para los raros visitantes, encuadra el recinto, que guarda mayor caudal de poesía marina que ninguno de cuantos vimos en los puertos del mundo. En el centro, una columna carcomida preside cinco líneas sinuosas, de sepulturas tocadas por el ala del viento. Las hay humildes, con una tosca cruz de madera, con algún nombre borroso y una fecha que ya nadie podría leer, una fecha que se durmió en el corazón de alguna madre nórdica. Se ven estelas obscuras, pequeños trozos de piedra o de mármol que cruzaron los mares

para abrigar este sueño sin sueño. En algunos hay nombres grabados, datos del registro civil del mar, pequeñas coronas que se deshacen en sus hornacinas de vidrios trizados. Hans Olsen, nacido en 1869 y muerto en 1911; Ivan Torressen (1893-1929); Oscar Andressen, muerto el mismo año; el capitán Carl Hansen. Un túmulo guarda las cenizas de los náufragos del *Graham*, hundido en 1924. Pero hay, entre todas, una tumba que conmueve con sus cifras, una tumba de esbelta columna que guarda a alguien que una madre esperó toda su vida; es el sepulcro de un muchacho de ojos azules y rubio cabello, que manos de mujer estrecharon en el último abrazo materno, allá en los fiordos del Norte. Un niño reposa en su nido de tierra, sólo un niño...

Georg Odegard.
Cristianía, 8 de septiembre de 1894.
Decepción, 26 de noviembre de 1910.

Recorremos otra vez las playas interiores, contorneamos el pequeño lago, trepamos colinas blandas, serranías que al doctor Greve se le antojan pechos femeninos. Cruza el espacio un vuelo de golondrinas albas con caperuza obscura; una foca, perturbada en su siesta, nos muestra sus dientes, resoplando; un pingüino se acerca con más recelo que ceremonia. Pasamos junto a otra laguna menor, dejamos atrás una tercera, más seca, y una cuarta, que casi lo está del todo. Luego escalamos un glaciar de nieve dura, tallando el paso con esfuerzo, y vamos en fila a asomarnos junto a una gruta, profunda bajo los hielos. Comienza a llover pausadamente...

ISLA DECEPCION, MARZO 14: Llueve, llueve con monotonía desesperante. El agua deslustra nuestro segundo día. Oliver Schneider aligera el ánimo con un juego de palabras.

"Esta isla, dice, parece anillo de divorciada" —"¿Por qué?"— "Por la Decepción"... El tiempo permanece sordo a nuestra inquietud. Hay que resignarse, de codos en la borda, a contemplar incansablemente el panorama, o a subir a cubierta, bajo el azote del viento, que por suerte no es de aquellos que engolosinan a los doctores del barómetro. Esta lluvia tonta que lava los picos y rocas, ensuciando el suelo, injuria el panorama lunar, desafía la cólera de los cráteres, alguno de los cuales puede encenderse un día, interfiere en nuestra curiosidad no saciada.

Con todo, Bahía Foster es un *rendez-vous*. Marinos y civiles chilenos fraternizan cordialmente con los marinos argentinos, cambiando visitas y discursos. A bordo del *Chaco* nos festejaron anoche con un cóctel en que se coreó la Canción Nacional de Chile y el Himno Argentino, y hoy tuvo lugar la recepción que el comodoro Guezalaga ofrece a los "hermanos de la Otra Banda", como decían nuestros abuelos. Los brindis no escasearon y un jefe rioplatense pronunció conceptos que representan un nuevo estado de espíritu, en que se señalan, sin la melosa palabrería de otra época, los caminos del futuro. "No brindo sólo por Chile y Argentina, dijo; brindo por la Confederación de los Pueblos Sudamericanos, que, unidos, podrán hacer frente con éxito a todas las contingencias, a todos los peligros que puedan amenazarnos."

Ripamonti y yo vamos a cenar al *Chaco*, como huéspedes de un grupo de marinos que se destacan por su cultura y humor. Con hombres como el capitán Zervino, Martiniano Leguizamón y Ciro Scotti puede hablarse un lenguaje de cordialidad eficaz.

Regresamos bajo una sabana blanca. El agua se ha hecho nieve y cae con gracia bajo los haces de luz de los reflectores.

ISLA DECEPCION, MARZO 15: La nevada de anoche ha variado el paisaje de modo singular. Todo, a pérdida de

vista, parece pintado de blanco y apenas si algunas cumbres y orillas de playa conservan su color natural. Vamos en una lancha, que el comandante ha puesto a nuestra disposición, a recorrer el puerto. De cerca las piedras recuperan su fisonomía, sólo entrevista en el conjunto. Pasamos junto a murallones rocosos en que el granito, de tonos cobrizos, está franjeado de anchas vetas irregulares de hielo fosilizado. Descendemos en la Caleta del Péndulo (Pendulum cove), abrigada, con profunda superficie de tierra volcánica hacia el interior, por la cual marchamos como en ancha alfombra; distante, un pequeño lago de aguas verdes a cuyas orillas van a terminar las laderas de los cerros circunvecinos. Bajo la leve costra de nieve se sienten palpitar corrientes de agua, como sangre de poderosas venas invisibles. Examinamos un refugio de balleneros, hundido casi hasta la mitad en el suelo blanduzco, lo que indicaría un fenómeno de relleno ocasionado por derrumbes montañosos. Una familia de focas surge casi a nuestros pies, macho, hembra y crío que lograrán escapar al interés científico de nuestros biólogos.

El agua del mar es tibia junto a la orilla. Escarbamos la arena con un trozo de fierro y a poco surge agua caliente, cuya temperatura, a medida que se ahonda, llega a más de cuarenta grados, en opinión del doctor Greve, aun cuando carecemos de instrumentos para una comprobación exacta.

Atravesamos la isla a lo ancho, pasando junto a otra caleta. Luego aparece un extraño frontispicio de basalto andesítico, color sangre de toro a causa de la huella de musgos. Es una arquitectura de formas caprichosas, con raras arquerías y monolitos que parecen tallados por mano de artista selenita.

La Caleta del *Telephon*, donde Andressen reparó el buque de ese nombre, nos brinda desembarco algo difícil. Es ancha y de considerable espacio de tierras y valles, divididos por cadenas de cerros, cubiertos con capa espesa y blanda de la nieve que cayera anoche. A la izquierda, detrás de la muralla basál-



CAMINANTES DE LA ANTARTIDA EN ISLA WIENCKE.

tica hay una laguna que Oliver bautiza. Trepo gozosamente la ladera, en cuyo lomo se descubre vasta visión que ilumina el sol de la mañana, raro visitante en estos pagos. Desciendo a un valle profundo, en cuyo límite brillan las aguas verdes de otro lago de cráter.

El *Angamos*, surto en *Telephon*, nos llama con su bronca voz. Es menester romper el hilo del encanto que nos ata a cuanto vemos y retornar al barco, cuyas cadenas ya están rechinando.

Desfila el puerto bañado de sol. Junto a la entrada las sirenas de todos los buques nos despiden con la cortesía del mar. Afuera, a medida que se destacan los perfiles peculiares y hermosos de la isla, se desvanecen los acentos de piedra de alguna roca, escritura de titanes en lenguaje extinguido.

SOBERANIA, MARZO 16: Desde ayer estamos en Bahía Soberanía. El tiempo, tan sujeto a mudanzas en estas regiones, se presenta desagradable, con garúa y neblina. Hubo, sin embargo, una hora en gris azul que bañó el panorama en los tonos más delicados.

MARZO 17: El sol juega con las olas mansas, resbala por las laderas, deslustra lo azul de la pared de hielo corroída de continuos derrumbes, hunde en los picachos su puñal de diamantes. Cuando descendemos a tierra todo cambia. La mar está arbolada y la lancha avanza a grandes tumbos, resoplando entre crestas de espuma. Por el cielo corren nubes bajas y el horizonte adquiere gradualmente tintas de tempestad. La pequeña ensenada de la Base tiene calma de abrigo, sin embargo, y la ola lame suavemente el muelle.

Hay movimiento en tierra. Don Ripa, con su cortés actividad, dirige los trabajos de la casa de bodegas, ya muy avanzados en nuestra ausencia, pues sólo faltan detalles y termina-

ciones interiores. En el edificio principal todo aparece limpio, en orden de vida corriente, como si funcionase desde hace mucho. El teniente Rubilar labora en las instalaciones de radio, a las que pondrá término en un par de días. Afuera, los aparatos meteorológicos tienen aspecto de juguetes recién salidos de sus cajas.

Voy con Pinochet por la playa en gris. Helfritz y Hernán Correa, maestros de la cámara obscura, enfocan el paisaje. Entre los pedruscos de la orilla, bajo cristales que el pie va trizando, hay capas de musgo vigoroso y apretado. En la rada, el *Angamos* se desdibuja.

Tornamos a poner un poco de mano entre los voluntarios que trabajan en la confección de la gran Cruz que erigiremos en una ladera de tierra descubierta y firme, frente a los edificios y al otro lado de la ensenada. Ripamonti toma medidas, los tenientes argentinos De Fraguio y Aliaga cepillan el engaste de madera, Enrique Bunster se confirma como obrero magnífico. Con otros cirineos llevamos el pesado árbol central. El símbolo sumo del amor, de la piedad y de la paz presidirá la primera instalación de Chile en tierras de su Antártida.

MARZO 18: Lluvia. Cae el agua sobre el ánimo, gota a gota. Bruma en el mar. Día perdido para nuestra empresa cristiana, pues la Cruz está construída en su improvisado taller al aire libre.

Al atardecer la banca de hielo y las cumbres de los montes se tiñen de leve tono azul, y los icebergs se insinúan como fantasmas en que habitara el alma de la tierra helada. Una ficción de *pack-ice* produjo el carbón que el viento esparciera sobre el agua inmóvil, pintando raros dibujos de hielos quebrados, prontos a solidificarse. Hacia el centro de la bahía el mar es una lámina de acero bruñido. Algo invita a la forja de leyendas; algo, en este ambiente de infinita soledad, habla de

buques que naufragaron, de balleneros que surgen de la sombra en busca de sus imágenes. No hay sirenas ya para cantar...

Noche de conferencia. El doctor Lenguerich disertó eruditamente sobre la influencia de las corrientes marinas que circundan en anillo el Círculo Polar. La erosión del hielo acumula materiales sobre los valles hundidos, levantando niveles y rebajando fondos. En verdad, en la fábrica del mundo la naturaleza se entretiene en variar mapas en hirviente afán renovador jamás interrumpido. Los principios que presiden la evolución de los cuerpos actúan sobre el hombre y el astro.

MIERCOLES 19 DE MARZO: Todo el día se ha trabajado en la Cruz, con actividad ardorosa. Bajo débil nevisca, que a ratos se transformaba en llovizna, se pusieron maderos de basamento, sólidamente apernados, en lo cual la brigada de voluntarios se esmeró, manejando cada cual la herramienta que podía. Concluído que fué lo principal, transportamos a hombros el árbol por excelencia, cuyas raíces se hunden en lo más hondo de la entraña humana, sangre, corazón y espíritu, y cuya copa se pierde en la altura inalcanzable. Iba la procesión, en penoso esfuerzo, haciendo estaciones que la fatiga imponía, hasta llegar a un montículo, en el extremo de la península llana donde está la Base. Escogí una roca baja, con amplia visión a la bahía, a no mucha distancia del lugar donde se ubicó la primera bandera antártica chilena. Cavóse un hoyo y se acumularon los materiales llevados a mano. Levantamos en seguida la Cruz. Luego se hicieron las mezclas, depositándose al pie una botella con el acta inaugural. Cayeron las paladas, se fraguó el cemento, se acumularon piedras en forma de montículo, y el monumento, erguido junto a la roca, alto de más de cuatro metros, coronó con alegría nuestro común esfuerzo.

Caía el crepúsculo, breve ya, en la proximidad del invierno antártico, cuando el comodoro y el jefe del *Angamos*, se-

guidos de numerosa asistencia, se reunieron en semicírculo ante la Cruz. Dos grandes banderas chilenas, sostenidas en sus extremos por oficiales, fueron izadas en los brazos. Comenzó la ceremonia con el Padre Nuestro que se rezó en coro unánime. Luego pronuncié breve discurso, terminado el cual Oliver Schneider leyó un capítulo de la *Imitación de Cristo*.

Había en los circunstantes, sincronizados por admirable manera con el paisaje y la ceremonia, una emoción inexpresable; era como un retorno a los días primitivos del cristianismo, cuando no había espacio en las almas para rutinas y componendas, cuando el sentido del amor borraba divisiones, suprimía castas, aniquilaba prejuicios. En ese minuto, acaso, ante el altar de montañas nevadas cuyas cumbres se confundían con el cielo, en comunión con la infinita soledad espacial, esos hombres, alejados de sus patrias y de sus hogares, de sus intereses y apetitos, intuían, como en raros momentos de sus vidas, ese *algo* que está más allá de *todo*.

Cuando nos retirábamos en la embarcación, la Cruz de Soberanía parecía extender sobre nosotros y en el paisaje sus brazos de paz.

MARZO 20: Con Pinochet, en buena camaradería, hacemos larga caminata por la costa. Duras playas de pedreguyo, accesibles en la baja marea bajo las paredes de la banca, que amenazan caer en algún sitio. Al llegar al estrecho, podía verse el contraste de las rocas agudas, en picos pétreos que prolongan la Punta de los Elefantes, con las curvas blandas y blancas de las serranías nevadas. Nieve y piedra, blanco y gris. A nuestros pies vienen a morir las olas, casi sin ruido ni espuma. Tras los rompientes que limitan la salida al mar libre se levantan enormes murallas de hielo. Y por doquiera una sinfonía de infinita soledad, mayor que en el día primero de la Creación, donde todo debió ser caos y ruido. Una foca de Weddell se arrastra



ESCALANDO CERROS DE HIELO EN MELCHIOR.

silenciosa; un pingüino nos observa con alguna vacilación, pues desde hace rato su pueblo está informado, y se aleja nadando en vasta laguna de agua dulce que el deshielo alimenta. Más allá, sobre una roca, un megalitre joven nos mira amistosamente; un albatros gigante abre las alas; negros escúas de presa revuelan en círculo junto a un árbol que las corrientes han debido arrastrar desde la costa continental chilena.

En la tarde acompañamos al comodoro a una breve ceremonia de despedida en la Base; se coloca el original del acta de instalación, se entregan al jefe los obsequios que sus compañeros le ofrendan. Al separarse definitivamente, por la noche, los chilenos que permanecerán a las órdenes de Boris Kopaitich, formados junto al muelle de Soberanía, entonaron la Canción Nacional, mientras la última lancha se alejaba velozmente. Ahí quedaron el sargento 1.° Carlos Rivera, el cabo 1.° Carlos Arriagada, radiotelegrafistas; el suboficial practicante Luis A. Coloma, el cabo de mar Aguedo Gutiérrez y el marinero-cocinero Luis Paredes.

La panga ha llevado gente a la construcción de un faro en la Isla Roberts, y los hombres regresan con uno accidentado. La sirena aúlla, los potentes reflectores atraviesan la ronda de copos de nieve que está alfombrando el mar. El barómetro desciende veloz y hace un frío de aristas agudas.

MARZO 21: Comienza el otoño, que es la puerta del largo invierno austral. La temperatura se mantiene baja, mas la depresión se encuentra en su fin. Cubre el barco espesa capa y hay revoloteo de ledas motas de algodón en los puentes, sobre los pañoles y las embarcaciones recogidas y en los aceros de las cubiertas. En el corral de los pingüinos hay gozo de nieve.

El *Angamos*, que zarpó de madrugada, se encuentra ante la Isla Roberts, blanca toda, con cabezal de peñones grises. Sobre una explanada, en la parte que mira a la bahía, al estre-

cho de acceso y al mar libre, se prosiguen durante todo el día los trabajos de construcción del faro, que recibirá el nombre de Punta Prat. Hacia el atardecer queda terminado, y desde la borda vemos cómo se encienden sus luces, que brillan en intermitencias de diez segundos. Es una luz chilena en los mares antárticos.

En la noche regresamos a Puerto Soberanía.

EN EL MAR DE DRAKE, MARZO 22: Nos despertamos en alta mar, entre las olas imponentes de Drake el Corsario, cuyo espíritu aventurero parece soplar sobre ellas después de más de tres centurias. Rolamos. El barco, sobre la cresta de las olas, baila un minué mesurado en comparación de la danza ebria que cualquiera de menor tonelaje emprendería. El horizonte negro se aclara con zarabanda de nieve. Todo parece girar acompasadamente: el viento sobre las cubiertas, los copos en el aire, las firmes armaduras de acero bajo nuestros pies y hasta el estómago de algunos. Una espesa capa de hielo cubre el *Angamos*.

Nos alejamos de la Antártida, de nuestra Antártida que ya ningún imperialismo podría arrebatarnos con permanencia. "Tierras condenadas por la naturaleza a una rigidez eterna y a no ceder jamás al calor del sol y para cuyo salvaje y despoblado aspecto no puedo encontrar palabras", escribía Cook al término de sus viajes. Tierras desoladas, mundo desértico, inhóspito, en verdad, pero de cuya dureza algo entendemos los chilenos, que en escuela de lucha continua nos forjamos a lo largo de una historia en que la hazaña fué fruto del esfuerzo. Rigidez eterna, ¿por qué? Nada hay que resista a la voluntad y al espíritu. El sol puede ser escaso, huracanados los vientos que derivan en *blizzards*, pero lo que alienta bajo la entraña que cubren hielos fosilizados, con entraña puede aprovecharse. A un pueblo joven, en forja de sí mismo, nada debe asustarle.

Debemos sí asustarnos de temer, de ceder, de enervarnos en molicie de fiesta y haraganería. Quienes escribieron la página de Iquique sabían que había pasta para mucha hazaña. Con esfuerzo penoso hemos vivido aferrándonos a los Andes...

Atrás quedan las tierras que nuestros compañeros civiles y militares llaman Chile Antártico. Nosotros las hemos entrevisto y apenas asentamos sobre ellas el pie andariego. Otros de nuestro pueblo continuarán la obra iniciada en Soberanía y un día la justicia libre del mundo reconocerá derechos que no pueden hipotecarse. Nosotros pasamos con el día que huye, pero la patria permanece y en cada pueblo con destino siempre la historia y el porvenir están amaneciendo.

Bajo mi pisada crujen los hielos de a bordo, en tanto en las costas que se alejan resuenan los derrumbes sobre el agua. Estamos en la cuadra de la Isla de los Elefantes, que fué para nosotros isla de hazaña. No vemos su silueta, de la cual, en dirección Nordeste, no nos separan muchas millas, pero con el viento llega el nombre del piloto Pardo. ¿Cómo no rememorar su empresa en esta hora y sitio?

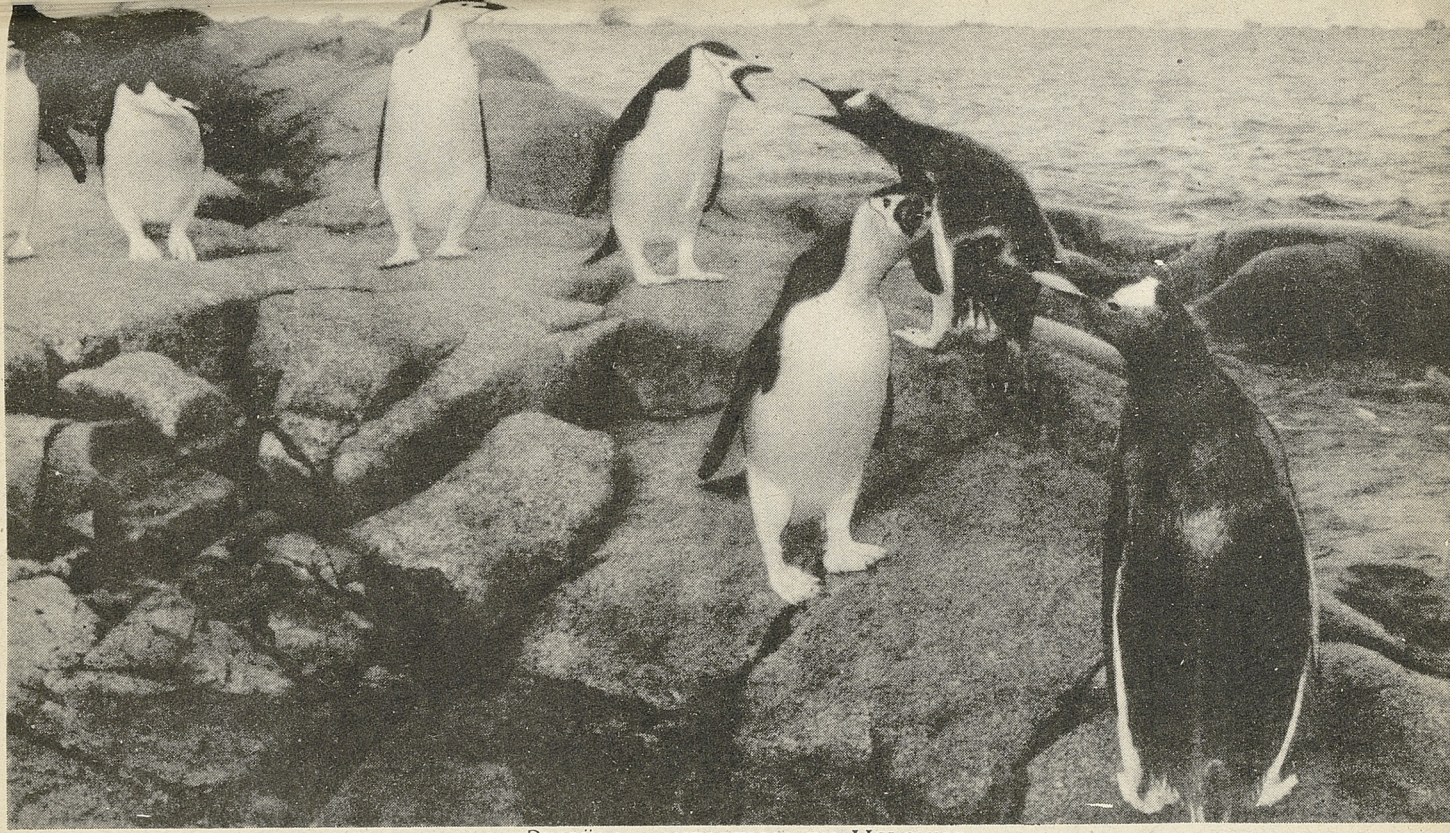
Shackleton, el irlandés genial a quien llamaran los suyos "Cautious Jack", después de un viaje al Polo Sur en 1908 y 1909, emprendió su segunda aventura en el *Endurance*, en agosto de 1914, a poco de empezar la primera guerra europea. Se proponía cruzar la Antártida desde el Mar de Weddell al de Ross, recorriendo cerca de tres mil kilómetros en la meseta más difícil que se pueda imaginar, en aquella que Amundsen llamó del Diablo en el sector reducido de su propio viaje —glaciares inmensos, dislocación de montañas, mordedura continua de abismos, horrenda sinfonía de huracanes—. Pero no había imposibles para aquel hombre templado en acero, y con tiempo adverso se lanzó en pos de su afán. Luchó contra los hielos, y éstos, a pesar de todo, le vencieron, arrastrándole hacia el Sureste. Luego de alcanzar el grado 77 de latitud Sur, el 22 de

febrero de 1915, se vió aprisionado por los témpanos en mayo, a entrada de un invierno polar más rudo que otros. Resistió el barco cuanto pudo el ataque de témpanos y tempestades, hasta que al fin, abiertas las cuadernas, deshechas las planchas, hubo de rendirse. "En el *Endurance* —escribía Shackleton en su diario—, yo he puesto ambiciones, esperanzas y deseos. Ahora, apretujado y gimiendo, crujientes sus maderas y abriéndose sus heridas, está entregando lentamente su vida en el mismo comienzo de su carrera."

Cuando el explorador se convenció de que la única tarea posible era intentar salvar las vidas de sus compañeros, se dedicó a ella con energía superior a las vicisitudes que afrontaba. Pensó llegar a la Tierra de Graham, pero no siendo posible lograrlo, abordó un iceberg, en el cual derivaron lentamente hacia el Norte, en viaje digno de haber sido narrado por Simbad... Seguirlo en todas sus peripecias, penurias y trabajos fuera larga tarea; baste decir que, después de haber flotado en demanda del mar abierto a lo largo de más de tres mil kilómetros, sin saber en cada minuto si el que seguía era el último, echó al agua tres botes y en ellos intentó llegar a las islas que prolongan el Cabo de Hornos sobre largo zócalo submarino, pero las corrientes lo empujaron hacia la Isla de los Elefantes. Allí dejó a la mayoría de sus hombres, y acompañado sólo de cuatro voluntarios, en el *James Caird*, embarcación que apenas llegaba a la categoría de lancha, navegó hasta la Georgia del Sur, en demanda de socorros, en medio de increíbles sufrimientos. Vióse forzado a cruzarla a pie en mayo de 1916, hasta encontrar por fin los primeros auxilios.

Y aquí comienza la hazaña chilena.

El Gobierno de Chile, a pedido de Shackleton, que en vano intentara iniciar viaje en un barco de ochenta toneladas, conseguido con dificultad y después de fracasar los esfuerzos de un buque de matrícula uruguaya, dispuso que la escampavía



PINGÜINOS ANTARTICOS EN MELCHIOR.

Yelcho, equipada a toda prisa y con tripulación de la Marina Nacional, partiese a la Isla de los Elefantes. La mandaba el piloto Pardo, hombre modesto, con alma de mar y madera del siglo XVI, que llegó a su destino, en el rigor del invierno antártico, el 30 de agosto de aquel año.

Requeriría algún espacio relatar someramente las dificultades con que Pardo tropezó: mares en furor, vientos de fuerza doce, en los cuales la frágil quilla de la *Yelcho* se movía como débil brizna de paja, noches y días de milagro en que nadie conoció la tregua. Llegaron frente a la isla en vértigo de brumas y sólo el seguro instinto del piloto pudo husmearla. Bloqueaba la entrada de la bahía un iceberg que debió ser destruído a cañonazos...

Todos los compañeros del explorador irlandés fueron rescatados.

Más tarde, cuando en los cines ingleses aparecían marinos de Chile, o cuando en carne y hueso se les divisaba en sitios públicos, con ocasión de visitar puertos británicos alguna nave nuestra, la gente aplaudía. Pero es frágil la memoria de los hombres.

Añadamos, en elogio de Pardo, que rehusó una fuerte recompensa en libras esterlinas, ofrecida por el rey Jorge V.

DOMINGO 23 DE MARZO: De pie, en la proa, recibo el golpe del viento, que llega en ráfagas vivas. La quilla se hunde en olas que parecen montañas, la espuma salta. Una embriaguez de sol y de mar invade las venas, como tumultuosa invitación a empresas que sólo podremos soñar...

Hay sol. Sol y viento. Por la tarde un arco iris se prende del cielo y sobre negro horizonte de nubes el gran decorador coloca franjas de rojo rubí, del más intenso rojo rubí que sea dable imaginar.

MARZO 24: Doblamos el Cabo de Hornos en la madrugada y entramos con buen tiempo en el Canal Lemaire, en aguas del Atlántico argentino. Costas bajas se esfuman en la penumbra del alba. El sol nos acompaña y entibia, dándonos la primera sensación clara del retorno. Mar azul, brisa fresca, noche mágica de estrellas; la Cruz del Sur recobra su viejo brillo de diamantes que apenas vislumbrábamos en las noches más claras de la región antártica.

A bordo, la vida ordinaria no pierde su ritmo familiar en la proximidad de Magallanes. A mediodía hubo cóctel ofrecido al comandante Rojas por las comisiones civiles y militares con ocasión del día de San Gabriel, y el vigoroso lobo de mar, que encubre en corteza ruda su ancho corazón, agradeció conmovido. El almuerzo es de *farra* y la mesa de los "sabios" se agita con entusiasmo juvenil. El profesor Oliver, sin perder su empaque a la vez grave y risueño, siente tentación de emplear sus puños. El gordo Peña y Lillo apura su repertorio de cuentos; Pinocho piruetea; Larraín se encumbra a sus montañas en un sueño de esquís; Mann mantiene la circunspección de su barba colorina; Juanito Lenguerich vuelca su ingenio; nuestro excelente amigo Greve entreabre el saco de historietas picantes, en prosa y verso, como aquellas de don Wenche, siempre acogidas con salva mayor, o esotras que comienzan:

"Los indios de la India del Levante..."

En la sala de fumar, los habituales del bridge. En la nuestra, Toro sacude los instrumentos meteorológicos ("¡Toro, Torito, Toro!", gritan los de la población); Torreblanca traza curvas, a caza de depresiones; Enrique Bunster trabaja con la acuciosidad y honradez intelectual que le legaran sus antepasados sajones. Se fuma, se charla, se labora. Oliver teclea artículos para cinco diarios, que luego constituirán un libro de

lectura sólida. Afuera el sol se hunde en horizonte de aguas, dejándonos la ilusión de haber entrevisto el rayo verde...

En la alta noche resuenan a popa viejos aires del maestro Arrieta:

"Si el mar fuera de vino,
de vino el mar..."

MARZO 25: Entramos al Estrecho de Magallanes con fortísimo viento, que en instantes alcanza fuerza ocho. Me imagino a don Hernando, surcando estas aguas en sus carabelas fatigadas de velamen; las naves duras y pequeñas, pequeñas para encumbrar la aventura, irían dando bordadas y avanzando metros en horas, embarcando olas, agotando tripulantes, estrujando paciencias y venciendo por fin a puro heroísmo. Así los hombres del siglo XVI hacían historia.

Vamos en la primera angostura. Una torre de acero marca el campo de Springhill, que mañana coronará muchedumbre de otras torres. El petróleo se halla en reservas tal vez fabulosas... Un puñado de casas indica una estancia. Riqueza fácil para las grandes empresas ganaderas.

La segunda estrechura, más ancha, corre entre costas bajas e incoloras. El islote Magdalena muestra su pequeño faro y otros siguen en la tarde azul, latigueada de vientos.

Humos a babor: pasa un petrolero con bandera inglesa, que a alguien se le antoja barco hindú; no se ve un alma en su esqueleto de acero pintado de amarillo. Humos a estribor. Los marineros se agrupan para contemplar a la *Iquique*, que avanza a nuestro encuentro cruzada de gallardetes. La sigue el remolcador *Colo Colo*, portador de agua (estamos sin ella desde hace tres días, reducidos a lavarnos con alcohol y a no tomar té). La gente se entusiasma y todos los brazos saludan el pequeño barco cuya maniobra de atraque se realiza de modo perfecto. En

la cámara, Oliver efectúa una encuesta humorística para saber lo que más desea cada cual. Uno pide mujeres hermosas, otro "cabrita cocinada en su jugo", alguien solicita ser coronado, el filósofo Lenguerich anhela cebollas crudas, varios solicitan baño. Acaso piensa en su madre quien no puede ya estrecharla entre sus brazos. . .

Llega el correo. Examinamos con avidez diarios un poco antiguos, en que se inventa toda clase de fabulillas acerca de la expedición.

Estamos en Río Seco, puerto de frigorífico.

PUNTA ARENAS, MARZO 26: Viene con nosotros el buen tiempo; el sol nos guía y la Flotilla Antártica hace a media mañana su entrada a Punta Arenas. Se divisa, desde lejos, el muelle fiscal desbordante de público entusiasta: delegaciones militares y navales, escolares, el liceo de mujeres, juventud, marineros, pueblo. Hay gente hasta en los travesaños de las grúas. La banda rompe con los acordes de la Canción de Chile, coreada por todos. Las chicas liceanas repiten, en claro estribillo: "¡Bien! ¡Muy bien! ¡Requetebién!" Suenan aplausos y vivas prolongados; hay en cada rostro una sonrisa acogedora y en las almas flamean alegres las banderas del regreso.



EN LAS ISLAS DEL ARCHIPIELAGO MELCHIOR.

III

DE PUNTA ARENAS A VALPARAISO

PUNTA ARENAS, MARZO 26: ¿Tiene la capital austral aire de fiesta o la fiesta está en nosotros? Nos parece que la apatía de esta gente, que con justicia reclama mayor atención del Estado, se rompiera en solidaridad cordial. En compañía de José Kramarenko, buen amigo y director de "Radio Polar", llegamos a su auditórium, donde, en cadena que todo el país escuchará, enviamos saludos o expresamos algún punto de vista acerca de la expedición. Recuerdo al Libertador O'Higgins, que fué el máximo guía de las rutas australes de Chile, pionero de la nación y de sus destinos. ¿Cómo olvidar, en el primer contacto, al hombre que murió con la palabra *Magallanes* en los labios?

Kramarenko nos ofrece un excelente almuerzo, que los comensales disfrutan con entusiasmo, añadiéndose la satisfacción de no escuchar discursos.

Y comienza la cadena de festejos que ya no parará hasta el zarpe. El comodoro Santibáñez, jefe del Apostadero Naval y marino cultísimo, ofrece una recepción en la que tenemos oportunidad de escuchar el pensamiento de nuestra gente de mar.

MARZO 27: Mar, tierra y aire, todos los medios de transporte convienen a los viajeros de esta época, medios que presto se mirarán como hoy los viejos navíos de vela. El progreso, al menos lo que llamamos *progreso*, vence al tiempo y al espacio; pero, en compensación, pierde en poesía lo que gana en confort. Para lo eterno romántico, que habitará también en los hombres de mañana, ¿tendrá el mismo prestigio la navegación en aviones cohetes, la rapidez atómica, que el vuelo de gavias y trinquetes y la azarosa aventura del viento y de la ola en los mares antiguos? Bien podrán consolarse, con todo, aquellos que crucen en sus espaldas cinturones alados y vayan por los aires. ¿Qué dirán de las bicicletas de hoy los aéreopedistas de mañana? Si cada día tiene su afán, cada época posee su vehículo. Estamos en la del hombre que vuela.

Así, caballeros del cómodo Electra de la Línea Aérea Nacional, nos conduce el comandante Arturo Prado, hombre gentilísimo, por esta alfombra de Bagdad en que puede sentarse hoy hasta el gañán más humilde, que esto de poner al alcance de la masa lo que antes era lujo de pocos constituye uno de los aspectos positivos de la democracia. El avión cruza el mar a altura conveniente. Abajo, la ciudad de Porvenir, en la Isla Grande de Tierra del Fuego, es un juguete de Navidad que los magos del aire nos ofrecen; una plaza bellísima y bien arbolada, mayor de las que suelen verse, techos rojos y verdes, anchas calles que parecen desiertas; campos, pastales, ovejas de retablo, luego un aterrizaje perfecto. Estamos en solitario potrero, donde nos aguarda el señor Doberty, estanciero y hombre de empresa, que luego nos conduce en un auto y un jeep ofrecidos por el ingeniero Simián, de las obras petroleras nacionales. Corremos sobre terrenos de suave lomaje, como olas de tierra solidificada; en el horizonte se perfilan guanacos ágiles, huyen parejas de grises avestruces y el coche deja atrás interminable sucesión de hondonadas.

Las altas torres de Springhill, por sobre las cuales voláramos no hacía mucho, se destacan a escasa distancia. Pie a tierra. Casas cómodas para el personal, instalaciones muy modernas y la faena en trabajo nervioso. Es el pozo 5, cuyas perforaciones han terminado y en el cual esta noche misma se dará el toque final, que permitirá saber si contiene petróleo o sólo gas. El campo es riquísimo y la calidad obtenida tan notable, que supera con mucho lo conocido, en opinión de los técnicos que nos guían. Trepida el esqueleto de acero bajo la vibración de las maquinarias, que dirige un fornido experto norteamericano, contratado por Chile.

Todo lo que nos muestran y dicen resulta alentador. El pozo 1 es capaz de rendir producción considerable del mejor petróleo que pueda desearse; los otros pozos, salvo uno, respondieron a lo que se esperaba. Esta riqueza, que hará prosperar grandemente a Punta Arenas, constituye una de las reservas de Chile.

De regreso, satisfecho el amor propio nacional, reclama su parte el apetito, y nuestro amable guía, el señor Doberty, nos conduce al chalet de su estancia "La Porfiada", donde se sirve excelente almuerzo, con postre de caracolas, tan grandes y hermosas como las que recogíamos en las playas de la infancia. En ellas, cuando estemos lejos, escucharemos el eco de estos mares australes, pues cada invitado escoge alguna en el jardín, donde antes de nuestro arribo señalaban caminillos en la arena.

El Electra vuelve a buscar a los "exploradores" del petróleo y antes de las cinco estamos de regreso en Punta Arenas.

El día se cierra con una comida en casa del comodoro Santibáñez, ofrecida en palabras sencillas, elegantes y cordiales.

MARZO 28: La jornada de hoy, aéreo-terral, como diría el personaje de *Pequeñeces*, ha sido tan hermosa que pudiera pasar por cosa de sueño. En su Electra, Prado nos conduce a

través de la Patagonia, donde habitaron hombres de grandes cuerpos, "casi gigantes que se visten de pieles de animales", según se lee en la carta de Diego de Ribero, dibujada en 1529. Tierra estéril "y de ningún provecho", a juicio de aquel curioso explorador del siglo XIX, que anduvo a la verdad algo equivocado.

Las alas ciñen el Seno de Ultima Esperanza, donde el Hacedor se esmeró. Dejamos atrás el Lago Balmaceda y las serranías de Arturo Prat; el panorama se abre en anfiteatro de montañas sobre el Lago Maravilloso del Toro, como se lee en la carta del Padre Agostini, sin que pueda tachársele de exagerar. Imaginaos, si podéis, un espejo verdiazul, sobre cuyo cristal el sol esparce pedrerías. Más allá la Sierra del Toro y la Laguna Sarmiento. Y henos ante la Cordillera de Paine, cuya masa de nieve corona el horizonte. Avanzamos, sobrecogidos de estupor, por un paisaje que pluma alguna pudiera transcribir y el mejor fotógrafo captaría débilmente, como cuerpo hermoso privado de su alma. En él nos entramos, cruzando el lago Nordenskjöld. Las torres o picos del Paine, maravilla de la naturaleza, rasgan las nubes y parecen envueltos en esplendor abismal. Son, sobre la montaña, conos de piedra cortados por vientos y huracanes de milenios. El austro los ha laminado en parte. Un soplo de eternidad los baña. Diríase que por ahí pasó la furia de los dioses de Grecia, y también su sonrisa. Para cantarlos fuera preciso vestirlos con "ese diáfano manto de la fantasía" de que hablaba Queiroz, mas ningún poeta podría hallar el secreto de su ritmo. Aúlla el viento, el Poeta Viento, artífice de joyas monstruosas y arquitecto de sueños. El viento sembrador de agujas y de abismos. ¿Agujas? Ahí están por doquiera, airadas, en esbozo, tendidas; ahí están como escrituras y como plegarias. Fabricadas para un Dios, sólo Dios podría entenderlas...

Zumban los motores. Las torres se pierden en la bruma y



PINGÜINOS EN DISCUSION. AL FONDO, EL "ANGAMOS".

el ensueño se disipa. Nos ha despertado el soplo de la tierra baja, de cuya prisión huímos por breve instante montados en los lomos de un rayo de sol. Sobre el plano se destaca una mancha de agua en verde obscuro violento.

El Electra nos deja en Natales, ciudad pequeña, pintoresca y pobre, a donde llegamos por un camino que bordea el mar, pero este mar, o, mejor dicho, este brazo del Estrecho apenas tiene aspecto de río mediano. Almorzamos en el hotel Victoria, donde el bueno de nuestro amigo el gordo Medina se decreta opíparo festín, en que la carne figura en todos los platos y tamaños; Pantagruel lo hubiera envidiado.

Tomo un auto y su conductor, Juan Burgos, se señala como chófer expertísimo, a más de guía discreto, pues nos conduce a través de caminos, que son huellas malísimas, en demanda de la Cueva del Mylodón, o del Neo-Mylodón, como la llaman los cientistas. Era el objeto del viaje de hoy, que hace un año no pude efectuar por carencia de petróleo.

La historia de esa cueva es digna de recordarse. En ella, a fines del siglo XIX, se encontró un esqueleto casi entero de Mylodón, cubierto con su piel de pelos espesos y fortísimos. Era un nexo casi milagroso con épocas lejanas, como si el mundo prehistórico ofreciera al mundo civilizado su último eslabón. Pero el hombre civilizado se condujo de acuerdo con sus antecedentes: el descubridor lo ofreció en venta a los padres Salesianos, y éstos pidieron a la Municipalidad de Punta Arenas que pusiera quince mil pesos, completando ellos la suma fijada de treinta mil; reunióse el Municipio y acordó rechazar la solicitud, pues no era posible distraer suma tan considerable en "la compra de huesos"... Los argentinos tampoco supieron aprovechar la oportunidad y, por fin, el Mylodón hizo la fortuna de un judío alemán, que lo vendió por presas. Cuéntase también de cierta dama británica que ofreció fuerte suma por el conjunto, con intención de hacerse una capa de piel...

Perdimos el Mylodón y los restos de otros bichos que en la misma cueva se encontraron, con lo que, dos años más tarde, los primeros exploradores chilenos hallaron la cueva tan vacía como hubimos de encontrarla nosotros.

Y así perdió Chile una oportunidad de considerable importancia para la ciencia mundial.

Echamos pie a tierra al término de la "huella" y vamos a salto de mata, entre altibajos, desde una piedra o peñón monstruoso, que llaman la Silla del Diablo, hasta el Cerro Benítez, cuya altura no pasa de 550 metros y a cuyo pie se divisa desde lejos una cueva espaciosa que tiene acaso doscientos de hondura, con ancho medio de cincuenta y no más de treinta de alto en la parte central. A juicio del doctor Feruglio (citado por Agostini), es probable que se hubiese formado por erosión de aguas durante el retiro progresivo del manto gigantesco de hielo que llenaba la cuenca de Natales en la última expansión glaciar cuaternaria. Ahí, las aguas del lago que se formó llevaron acaso al monstruo que le dió nombre.

Desde el borde contemplamos la cueva iluminada por el sol. Baja en la entrada, se enancha hacia el centro y declina suavemente en el fondo. Hay restos de estalactitas fosilizadas en la bóveda y gotear de filtraciones en las piedras que rellenan el piso, tal vez con restos de antiguos derrumbes. Ni majestuosa, ni vulgar, impresiona el ánimo con la fuerza de sugestiones que provoca, siendo de notar que esas sugestiones escapan por completo al dominio de la leyenda y enfocan un campo científico exclusivo.

La recorrimos con lentitud, porque llevábamos prisa. La contemplamos largamente, sintiendo cómo crujían bajo nuestros pies las arenas y pedriscos en descomposición. Un árbol crecía en su interior, y en un reborde de piedra había una Virgen colocada por mano devota. Golpe de pensamientos nos vino. La imaginación reconstruía el espectáculo que debió ofre-

cer cuando el esqueleto, o mejor dicho, los restos momificados, con piel entera y algo de carne, se ofrecieron por primera vez a la vista de Otto Nordenskjöld un día de abril de 1896, junto con huesos de un tigre gigante (Felis Listai, quizá idéntico al Smilodón, dice Agostini), de oso pampeano, de Macrauchenia, de Onohippidium y de guanaco, sin contar excrementos y raíces alimenticias. Cree el erudito salesiano, ya citado, que el Mylodón debió vivir cuando el hombre poblaba aún esa parte de Chile, verificándose su extinción en la época postglacial.

Iba el pensamiento lejos por el reino de la fantasía, que a menudo suele quedar abajo de lo real y a no corta distancia de lo posible. Pero lo positivo andaba aguijoneado por los apremios de mis compañeros que reclamaban de la hora, con lo que hubo de iniciarse la retirada, sin alcanzar a otra cueva menor, rica en estalactitas, y sólo sospechando algunas más que, tapadas por derrumbes, pueda haber en los contornos, como las tumbas faraónicas en el Valle de los Reyes, esperando descubridores.

Llegamos al campo aéreo a tiempo que aterrizaban los dos North-American que, a pedido del Intendente de la provincia, don Carlos Innes, la superioridad aérea tuvo la amabilidad de enviarnos. En el número 206, piloteado por el segundo jefe de la base, capitán Barría, retorné a Punta Arenas, volando sobre bosques y terrenos pantanosos. Por ventura descienden sus árboles del bosque fosilizado que se encuentra a más de un centenar de kilómetros de Puerto Deseado, el más grande del mundo en su género; eran árboles que llegaban a la fabulosa altura de ciento cincuenta metros.

MARZO 29: Menudean los festejos. Al cóctel ofrecido ayer por el coronel Cortés en el casino de la División, animado con números musicales y folklóricos, se siguió el almuerzo que al profesor Barrera y a mí nos daba Monseñor Pedro Giacomi-

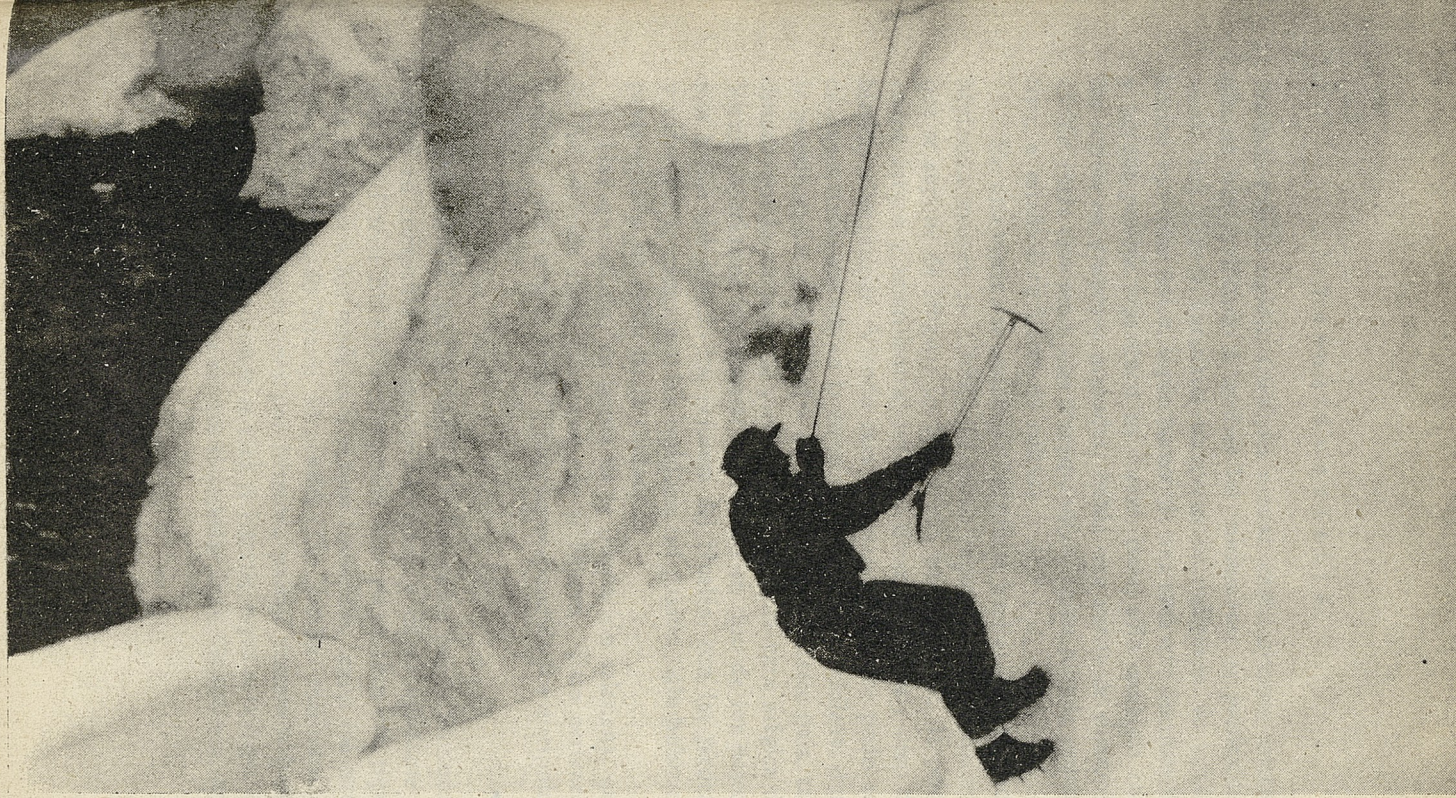
ni, Gobernador Eclesiástico de la diócesis y Superior de los Salesianos. Tuvo lugar en el Liceo San José, con asistencia de profesores y hombres de ciencia y la plana mayor de la orden, cuya nobilísima labor educadora le confiere legítimos títulos espirituales. Sencillo ágape, completado con un homenaje de los liceanos que nos saludaban como héroes de la Antártida, no sin que nos avergonzara la certidumbre de nuestra modesta labor. Terminaremos por creer en nuestra propia heroicidad...

Los muchachos, después de tributarnos una ovación tan simpática como inmerecida y de escuchar el elogio cálido del Gobernador Eclesiástico, entonaron un himno patriótico.

Visitamos en seguida el Instituto de Don Bosco, donde funcionan talleres de aprendizaje en imprenta, sastrería, zapatería y otros ramos, con seis años de duración, en los cuales se reserva a los alumnos una parte del producto de su trabajo, que se les entrega al término. Ese dinero, llamado Gratificación Salesiana, alcanza a menudo a veinte mil pesos, suma suficiente para poner taller propio e iniciar en buenas condiciones la dura jornada. Labor social ejemplarizadora.

Tuve el agrado de visitar la Estación Sismológica Universidad de Chile, que instaló en 1946 el doctor Wilke y funciona en un subterráneo del establecimiento; en ella observamos un sismógrafo de gran potencia y sensibilidad, instalado sobre poderosa plataforma de cemento. Para el representante de la Universidad era satisfactorio ver cómo se extiende por el país, desde Arica al Polo mismo, si vale la figura, la acción del instituto fundado por Bello.

El padre Aliberti, nuestro amable guía, nos condujo después por las salas, que ya conocíamos, del Museo Mayorino Borgatello, considerado como uno de los principales del continente en su género. Una colección completa de las aves australes, con especies extinguidas; animales diversos, huesos prehistóricos, productos del mar y de la tierra. La parte destinada a



ESCALANDO EN ISLA LAMBDA, DEL ARCHIPIELAGO MELCHIOR.

los indios de la región, alacalufes y onas, cuyos últimos descendientes han civilizado a medias los misioneros, es particularmente rica. Puede apreciarse un perro de indígenas, de agudo hocico, ejemplar único, según parece, de una raza que desapareció y no fué posible reproducir ni cruzar, pues sólo convivía con los indios en grupos o manadas; había una suerte de sincronización entre esos seres, que correspondían, en su mundo respectivo, a estadios similares de cultura.

En una vitrina se conservan las únicas huellas que del Neo-Mylodón existen en Chile: un trozo momificado, negrísimo, que se supone de lengua; un hueso con parte de piel, de pelos recios, largos y amarillentos; un poco de excrementos y otro de hierbas alimenticias. Viendo esas muestras de lo que pudo ser de importancia grande en la ciencia paleontológica chilena, duele pensar en las posibilidades de todo orden que este país, tan dotado por la naturaleza, pierde a diario. Si la vara mágica de Vicuña Mackenna no hubiese convertido en uno de los paseos más bellos del mundo los peñones del Huelén, con las piedras y rocas que lo componen los regidores del pasado siglo hubiesen pavimentado las calles de la ciudad...

Hay que añadir, en honra de la institución salesiana, que les fué ofrecida suma cuantiosa por el Museo. "Esto pertenece a Chile y sólo será de Chile", habrían respondido los discípulos de Don Bosco.

DOMINGO 30 DE MARZO: Invitados por la División, vamos en compañía del mayor Martínez y de su ayudante a visitar el Fuerte Bulnes, reconstruído hace pocos años con rigurosa sujeción a los modelos y planos históricos, según los estudios de Armando Braun Menéndez. Un camino malísimo, a orillas del mar, nos lleva por hermoso paisaje costanero hasta la península o cabo donde se alza el Fuerte, cuyas casamatas de madera evocan la época en que el capitán Juan Guillermos, que

había chilenizado su nombre y apellido ingleses, plantó la bandera chilena, bajo el gobierno del Presidente Bulnes. En el interior se conservan numerosas reliquias, reunidas y donadas por el general Ramón Cañas Montalva.

Siguióse, en la casa de los cuidadores militares, agradable almuerzo en que el buen humor puso la mejor salsa a las últimas centollas de la estación, que habían sido pescadas en la mañana.

De regreso, pasamos ante la sencilla tumba de un ilustre marino británico, que vivió en Punta Arenas, cumpliendo una misión científica, y quiso, al morir, reposar en tierra chilena.

Era la hora del paseo dominical vespertino, típico de nuestras ciudades de provincia, cuando llegamos al centro de Parenas, villa en que contrasta el lujo de palacios y la abundancia del comercio con las habitaciones modestas, donde los rigores del clima recluyen a la gente humilde apenas termina la jornada de trabajo; en pocas partes esa desigualdad que establecen de consuno la suerte y el dinero se hace más notoria, acaso porque hay aquí mayor caudal de riqueza y menor número de habitantes, con lo que se agudiza la lengua de aquellos que viven duramente de su esfuerzo o se ven condenados a simples faenas de estación. De ahí lo crítico de los problemas sociales que no se resolverán jamás con soluciones teóricas. Todo se relaciona y complica en la vida moderna, de tal manera que la interdependencia que liga los factores económicos, políticos, culturales y administrativos hará necesaria la intervención estatal en forma honda; mas esa intervención, que no puede sólo residir en leyes que no se cumplen o se cumplen mal, debería subordinarse a la acción de administradores conscientes, honrados y enérgicos. La moral de un pueblo se establece desde arriba y su eficacia se condiciona a la capacidad espiritual, intelectual y técnica de los cuadros dirigentes. Existe una fórmula nueva y vieja, que

arranca su raíz del cristianismo primitivo y parece justa en su esencia: *de cada cual según su capacidad; a cada cual según su necesidad*. Cuando me inicié en estudios de orden social, esa fórmula me sedujo y continúo creyendo que la humanidad futura, sin clases, depurada, cultivada, encontrará en ella el basamento de una democracia real que todos anhelamos hoy con angustia. ¿Pero cómo llegar a ella? ¿Cómo hacer carne y substancia ese pensamiento cristianísimo? ¿Hacia qué sistema práctico podemos tornar nuestro afán? La humanidad camina entre sombras, bajo lumbraradas de terror o espantos de guerra, y los senderos del porvenir son todavía obscuros. En el fondo, el factor hombre, el elemento ético y humano es la piedra de toque. La democracia actual, en germen, carcomida por supervivencias feudales y egoísmos sociales condenables, tiene a su haber, con todo, ciertos principios de tolerancia y de libertad (siquiera sea limitada, superficial), que marcan una línea insustituíble: la de las garantías vitales. Sin libertad —sin raíz de libertad—, la vida no vale la pena de vivirse.

Estas y otras reflexiones me asaltaban caminando solitariamente por la calle Bories, junto a la plaza en donde Magallanes parece señalar rumbos de energía creadora.

MARZO 31: La Municipalidad nos recibe a mediodía, invitándonos el alcalde en ejercicio, don Francisco Campos Menéndez, a firmar el Libro de Honor de la Ciudad. En nombre de las Comisiones Civiles agradezco a la corporación.

Como los festejos no dan tregua, en otro, ofrecido por los caballeros del aire en su casino, escuchan los asistentes al alcalde titular, don Emilio Salles Thurler, esta frase justa, que interpretaba el sentir de cuantos participaron en la expedición: "Chile no hace conquistas, pero defiende lo que le pertenece".

Una idea oportuna se abre paso y encuentra la cooperación eficaz de los comodoros Santibáñez y Guezalaga y de don

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Francisco Campos, en cuya compañía pude realizarla con el mejor éxito. Se trataba de ubicar la tumba del capitán Andressen, para rendirle homenaje solemne, ya que fué él quien primero plantó la bandera de Chile en la Antártida, en 1906. En el cementerio encontramos la partida de defunción, y más tarde, un compañero suyo, el capitán Fellemberg, nos llevó al sitio en que corrieron sus últimos días. Era un cuarto humilde y estrecho en una modesta casa de la calle Jorge Montt, número 996, ocupada por la señora Delfina Andrade, bondadosa mujer que lo atendió en la etapa final. Ella nos condujo hasta su sepulcro, sobre el cual había una cruz de madera, donde todavía podía leerse su nombre. Por azar afortunado los restos del gran pionero no habían caído a la fosa común, pues los derechos de sepultura temporal estaban vencidos desde hacía dos años... Nos contó la buena señora que sólo ella, con su hijo, empleado ahora en una sala de cine, y el cónsul señor Sckeringering, lo habían acompañado en el último viaje, una noche de enero de 1940.

La inscripción, en el registro del cementerio, decía así: "Adolfo A. Andressen,. de 77 años de edad, fallecido de cáncer caquexia el 13 de enero de 1940".

Toda una existencia de aventura y hazaña, de variado esfuerzo, a la que no faltó grandeza y sobró mérito cívico, pues servía bajo el pabellón nacional, como chileno, desde 1900, se había epilogado en una cama del viejo hospital de Punta Arenas.

La vida de Andressen tiene los elementos que pueden caracterizar una biografía novelada. Hombre de mar, consagró al mar su actividad, en él vivió, de pie sobre las olas, en veleros frágiles que corrían impávidos los temporales y las fuertes marejadas australes bajo su experta mano de piloto. Vino joven a Magallanes, en época de gran auge para la ciudad, cuando era el Estrecho la puerta de entrada al Pacífico Sur, y ahí se enroló



PERROS EN LA ANTARTIDA.

en las compañías balleneras que se organizaron y cuya acción se desenvolvería hasta mediados de la primera guerra europea. Llegó a ser comandante de la Flotilla Magallánica que estableció su centro de trabajo en la Isla Decepción. Desde allí, según puede leerse en la obra de Charcot, salía en sus barcos a caza de la ballena azul, persiguiéndola entre las Shetland y por los mares sureños. ¿Hasta dónde? Hay constancia de que frecuentaba el Canal de Guerlache y es posible que buena parte de la Antártida Chilena le viera pasar en las fructuosas temporadas de verano. El explorador francés refiere cómo vivía a bordo del *Gobernador Bories*, buque fábrica, con comodidad y abundancia, y rememora su hazaña de rescate del barco inglés *Telephon*, que ya anotamos en las páginas de este diario. El mar era su elemento, el peligro lo incitaba; más que el acicate de la ganancia, la lucha primitiva con los grandes cetáceos le brindaba satisfacciones de deporte. ¿Cuánto vió en sus cruceros? ¿Qué descubrió? ¿Cuáles secretos pudo llevarse a la tumba este hombre para quien la fama no tenía seducciones? Algo podrá saberse cuando sean examinados con prolijidad los libros de bitácora y la documentación que se conserva de la antigua compañía.

Conviene insistir una vez más, porque lo honran grandemente, en las reiteradas menciones que hace el ilustre Charcot de los servicios que le prestara en sus expediciones del *Pourquoi-Pas?* Esos servicios generosos lo señalan como cooperador de la cultura y de la ciencia.

Terminada la guerra, la hostilidad de empresas rivales, que pretendían desplazar a Chile del campo ballenero, se tradujo en pérdidas para la Compañía Magallánica, que cesó de funcionar. Entonces Andressen empleó las utilidades de sus largas correrías, adquiriendo a bajo precio los barcos que la integraban, los que vendió a firmas europeas, haciendo una utilidad de dos o tres millones de coronas. Rico ya, rico en exceso

para sus hábitos modestos, se fué con su compañera a Noruega. Ocurrieron desavenencias y la pareja se separó, invirtiendo ella su haber en un hotel y otras propiedades que lo triplicaron. El, entre tanto, vivía alegremente, en francachelas y tal vez en amoríos, hasta que un día se hizo presente el llamado del mar. ¿Cómo resistirlo? Sólo aquellos que han puesto su pie sobre la ola, que han visto las auroras y los crepúsculos en la masa fugaz que se desliza y pasa, que acaricia y muerde, que suele tener arrullos de cuna después de furores de infierno, sólo aquéllos pueden saber en qué consiste el llamado del mar.

Andressen empleó lo que le quedaba de su fortuna, que no debía ser poco, en adquirir varios barcos —el *Chile*, el *Presidente Alessandri* y otros—, formando sociedad con marinos de aventura, entre los cuales se contaba el capitán Fellemberg. Y un día se despidió de la tierra noruega, poniendo proa a las similares costas de nuestra zona austral.

En Punta Arenas inició nuevas actividades pesqueras, pero esta vez no le acompañó la fortuna. Estaba envejeciendo, los negocios se pusieron malos, riñó con sus socios. Y quedó solo en la ciudad que antaño le viera vencedor. Frecuentó los bares de marineros, arrastró penosamente los años y los achaques hasta caer en una cama de hospital. Y allí, por dolorosa burla del destino, le llegó la noticia de que su compañera había muerto en Cristianía, legándole fortuna cuantiosa... El viejo lobo de mar debió maldecir su suerte y luego, en el examen último, cuando se pasa revista a los sucesos de la vida, con los pies afirmados para el viaje, sonreiría a la imagen de su compañera, de la amiga abnegada de los años de lucha, que Charcot elogiara. Debió verla, alta, hermosa, joven, como en la hora del amor, y tal vez tuvo su visita en ese minuto en que se rompen barreras y se anulan las distancias...

Manos humildes cerraron sus ojos, compañeros humildes siguieron a pie la caja de pino en que dormía, bajo la noche

estrellada de enero, y las paladas cayeron sobre la tumba humilde, junto al mar. . .

De pie ante ella, sacudida la cabeza por las brisas del otoño, evocamos su memoria con la buena señora Delfina, que tuvo la gentileza de obsequiarnos las fotografías que conservaba del viejo capitán. En una lo vemos en la época de su madurez, junto a marinos desaparecidos. Era bajo de estatura, enjuto, de rostro firme, de ojos enérgicos, que debieron ser azules. En otra, decorada por el pelo blanco, resaltaba aún la expresión de inteligencia.

ABRIL 1.°: El homenaje a la memoria del capitán Andressen tuvo considerable relieve cívico. Acudieron los comodoros y comandantes, autoridades locales, marinería de desembarco, delegaciones aéreas, navales y militares, la banda del Destacamento Austral Número 10 y los colegios de la ciudad, a más de gran masa de público. La sepultura, que ayer vimos invadida de hierbas, estaba cubierta por la bandera de Chile. Ante ella, mientras la corneta tocaba silencio y la tropa presentaba armas, el comodoro Guezalaga y yo colocamos una corona de flores con una tarjeta, donde se leía:

"Los Miembros de la Primera Expedición Antártica Chilena al valeroso y esforzado capitán don Adolfo Andressen."

Ante su tumba hablaron Guezalaga, el alcalde Campos y el titular señor Salles, quien ofreció erigirle un mausoleo. Me correspondió fundamentar el homenaje en palabras cuya sinceridad chilena llegó, según presumo, a cuantos allí se encontraron reunidos.

¡Pobre capitán Andressen! A la inhumación obscura y medrosa en la noche, sucedía ahora el desagravio solemne, el homenaje civil en clara tarde de sol. Para los que la merecieron, llega la gloria, pero llega tarde. Así es la vida. Cuando las sombras caen y los remos de Carón se mueven en las aguas del si-

lencio, cuando nada tienta, cuando nada se espera, vienen en tropel las ya inútiles posibilidades. Llaman a la gloria el sol de los muertos, y dicen bien. ¿Los rayos de su luz pueden atravesar las fronteras de lo invisible?

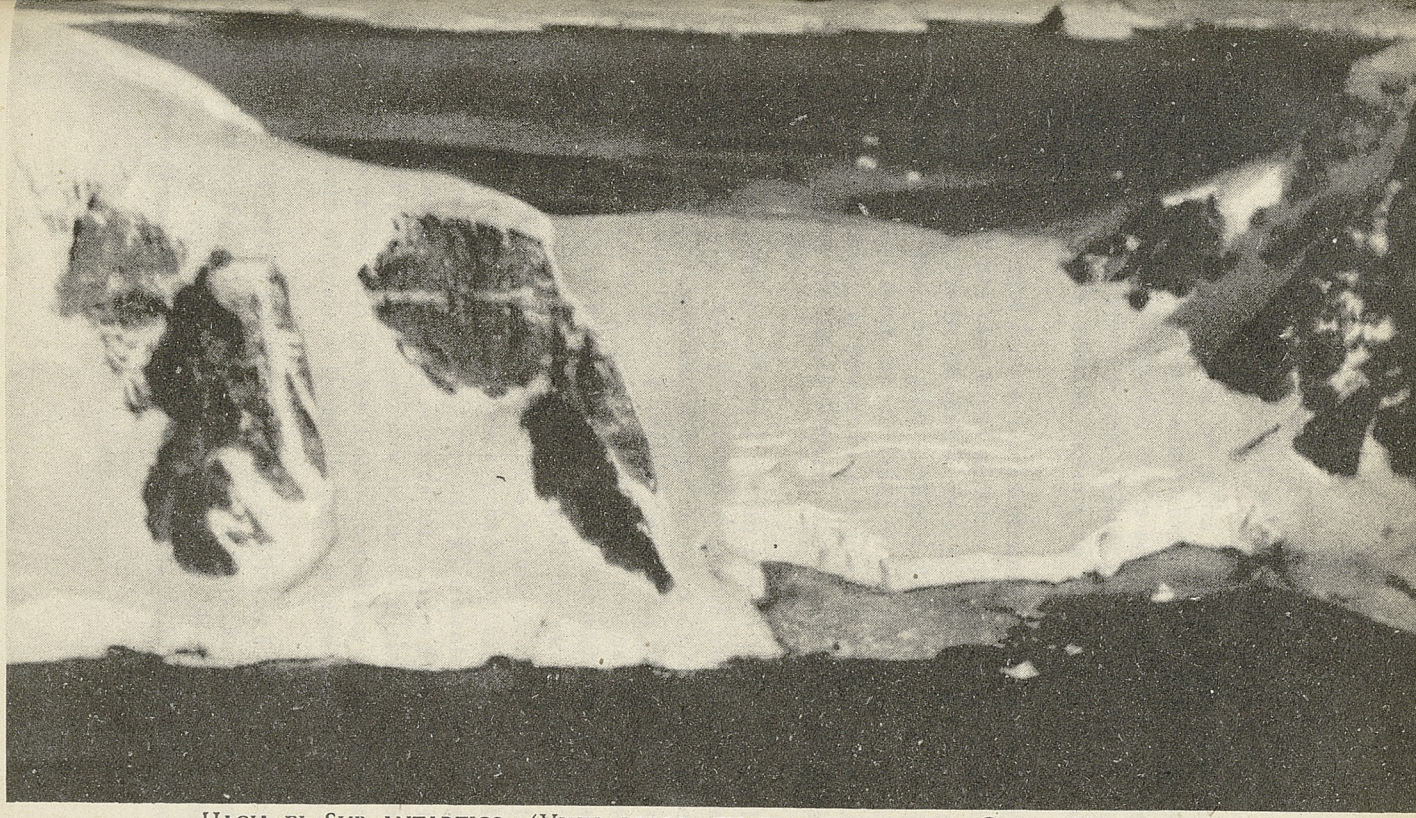
EN EL ESTRECHO, ABRIL 2: Terminaron anoche los festejos con la recepción que el comodoro Guezalaga y los miembros de la Expedición ofrecieron a la sociedad de Punta Arenas, para retribuir sus atenciones, entre las cuales no debo olvidar el cóctel oficial del Intendente Innes.

El *Angamos* avanza por el Paso del Hambre —Desolación, Engaño, Decepción, nombres que jalonan la ruta de sufrimientos de los conquistadores del Estrecho en su inmensa aventura—, doblando el Cabo Froward, cuya Cruz, señera en la soledad y en la esperanza, ya no es la más austral. Por el Paso Inglés dejamos a babor la Isla de Carlos III. Al fondo, el Estrecho parece cerrarse, pero el Paso Tortuoso nos abre sus aguas y por el del Mar entramos al Canal Smith.

Contemplo las costas, con pequeñas entradas, islotes, cerros, lejanas cordilleras, y no me sorprende, que desde tiempos está anotado, el parecido con las de nuestra Antártida. Si el paisaje estuviera cubierto de nieves y glaciares, diríase que estábamos en el Canal de Gerlache. . .

Afuera hay tempestad, pero aquí la sabana se mantiene tranquila y la luna alumbra veladamente.

MUÑOZ GAMERO, ABRIL 3: De madrugada fondeamos en la Bahía Muñoz Gamero, Caleta Marazzi. Hace bonito y podemos surcar en la lancha a través de un paisaje que me recuerda cierta ensenada japonesa en donde vi mil islas vestidas de flores en una tarde inolvidable. El de hoy es menos hermoso, acaso porque no lo tocan las brisas del recuerdo, pero cuando contemplamos, desde tierra, sus islotes de vegetación tupida y



HACIA EL SUR ANTARTICO. (VISTA AEREA: EN PRIMER TERMINO, CANAL NEUMAYER; EN SEGUIDA, ESTRECHO GERLACHE, Y AL FONDO, LA TIERRA DE GRAHAM.)

sus bosques de notófagos, de robles y raulíes, mezclados con maitenes y calafates, hubo admiración en todos. Sobre pequeña playa, cubierta de caracolas, vi tres sepulturas bajo la sombra de árboles viejísimos: en una, rodeada por blanca reja de madera, acaso recién pintada, dormía un grumete de diecinueve años.

Con Enrique Bunster nos adentramos por la selva en pendiente, sobre una capa espesa de raíces que cae en profundidad y por la cual vamos, hundiéndonos a menudo hasta la cintura, colgados de las ramas altas, arañados de espinas, bañados de humedad. Las ramas añosas ceden al tomarlas y se tronchan sin ruido, como si pertenecieran a una vegetación fantasma. Literalmente, sin figura literaria, caminamos sobre las copas de los árboles.

El *Angamos* está atracado a un pontón y la faena de la carbonera, para dejar y no llevar, demorará hasta el atardecer de mañana. No pensábamos bajar de nuevo a tierra, pero el sol nos tendió una celada, y cuando pisamos las piedras húmedas y resbaladizas de la orilla, un chubasco con nevisca nos puso como sopa. La vuelta a bordo, en un barquichuelo de pescadores robustos que aquí moran, cargado con sacos de cholgas y nueve o diez hombres, no estuvo exenta de riesgo, pues la marejada se tornó violentísima y bailamos, cargados hasta la borda, sobre olas cada vez mayores. El teniente Tenorio, haciendo honor a su grupo aéreo de los "Gallos Palomos", recitaba refranes de versos y todos poníamos al tiempo de perros la cara menos mala posible. Como no pudimos atracar durante largo rato, algunos, al llegar a la popa, se izaron por cuerdas.

VIERNES SANTO, ABRIL 4: Viernes Santo en Muñoz Gamero. Sigue la faena de carbón y la lluvia cae monótona en un cielo velado de tristeza. Pienso en las Semanas Santas de mi infancia. Oigo con los oídos del alma las oraciones de otro

tiempo. Torno a verme, con mi hermano Benjamín, vestidos de marineros blancos, de la mano de Maquetica, nuestra vieja nodriza. ¡Cuánta agua desde entonces en los ríos de la vida y qué amargas cosechas en la lucha sin tregua del ideal, nunca dormido, siempre presente! Evoco la sagrada conmemoración y la imagen santa de la Madre de Jesús se va vistiendo con el rostro de mi Madre. . .

SABADO DE GLORIA, ABRIL 5: Los canales están de invierno. Hace más frío que lo común en el estío antártico. Granizadas breves, chubascos, rachas heladas. Las ensenadas que viéramos en transparencia de ensueño desaparecen ahora bajo bruma densa. ¿Detalles geográficos, nombres? Todo parece igual. Nos hallamos en el reino de la monotonía gris.

De atardecida recalamos a Puerto Bueno, donde hace años encalló el vapor *Gundelich*, cuyo casco fué rescatado más tarde, convirtiéndose en el actual transporte *Magallanes*. En la penumbra húmeda se destaca un islote con su faro, que parpadea. . .

DOMINGO 6 DE ABRIL: Antes de las seis, el doctor Greve penetra a mi camarote: "Si quiere ver un espectáculo interesante, levántese en el acto. Estamos encallados". Salto de la litera y me asomo a la borda, a estribor. El barco se halla frente a unas piedras, a escasos metros de un islote que pueblan robles achaparrados; en el extremo, a proa, un cabo de tierra y otra lengua a popa. Según nos informan, en el momento de zarpar, en plena calma, sobrevino súbita y violentísima racha de viento que empujó a la nave, sin que hubiera modo de resistirla. El "Duro" Rojas, con tino extraordinario, calculó los riesgos y dejó que se varase, evitando dar fuerza de máquina, lo que probablemente se hubiera traducido en graves averías ocasionadas por las rocas sumergidas.

Los momentos eran dramáticos. Los oficiales actuaron con

serenidad y los expedicionarios, que iban saliendo de sus covachas, sumaban su concurso con buen humor, a excepción de unos pocos a quienes parecía más segura la vecindad de los botes. Oí a alguien preguntar: "¿Conque varaditos?" Se atajó a un cameraman que estaba enarbolando máquinas. "Hombre —advirtióle el capitán Rosseau—, le van a echar al agua con cine y todo"...

Veo los últimos tres pingüinos del corral que traíamos nadar cerca de la orilla, únicos náufragos del accidente. Varios marineros habían procedido a darles libertad, sin duda para conjurar el *mal impuesto*... Fué la única nota de superstición de que tuve noticia.

El comodoro y el comandante tomaron con rapidez las medidas oportunas. Se anunció que el *Colo Colo* venía a toda máquina de Puerto Edén, donde primitivamente debía esperarnos, y la *Iquique* lo haría, posiblemente, más tarde.

En medio de la racha huracanada, con mezcla de continuos granizos, las lanchas motores surcaban el mar llevando anclotes y tendiendo sólidas espías para afianzar el barco. Afortunadamente la marea, que estaba de plena baja en la hora crítica, iba subiendo. A mediodía el *Angamos* zafó y las maniobras combinadas de Guezalaga y Rojas, que presencié desde el puente, determinaron la eliminación de nuevos riesgos. Volvió la nave a su fondeadero, recogiendo uno de los anclotes con un árbol entero enredado en sus fierros.

"Aguardaremos aquí al *Colo Colo* —dice el comodoro— y permaneceremos hasta mañana en este Puerto Bueno. Hay que matar el chuncho."

ABRIL 7: Viento. Bruma. Rayos de sol. Lluvia. Granizo en línea casi horizontal. Calma. Rachas. Cóctel de estaciones y paciencia.

El *Colo Colo*, atracado a babor, recibe algo más de cien toneladas de carbón.

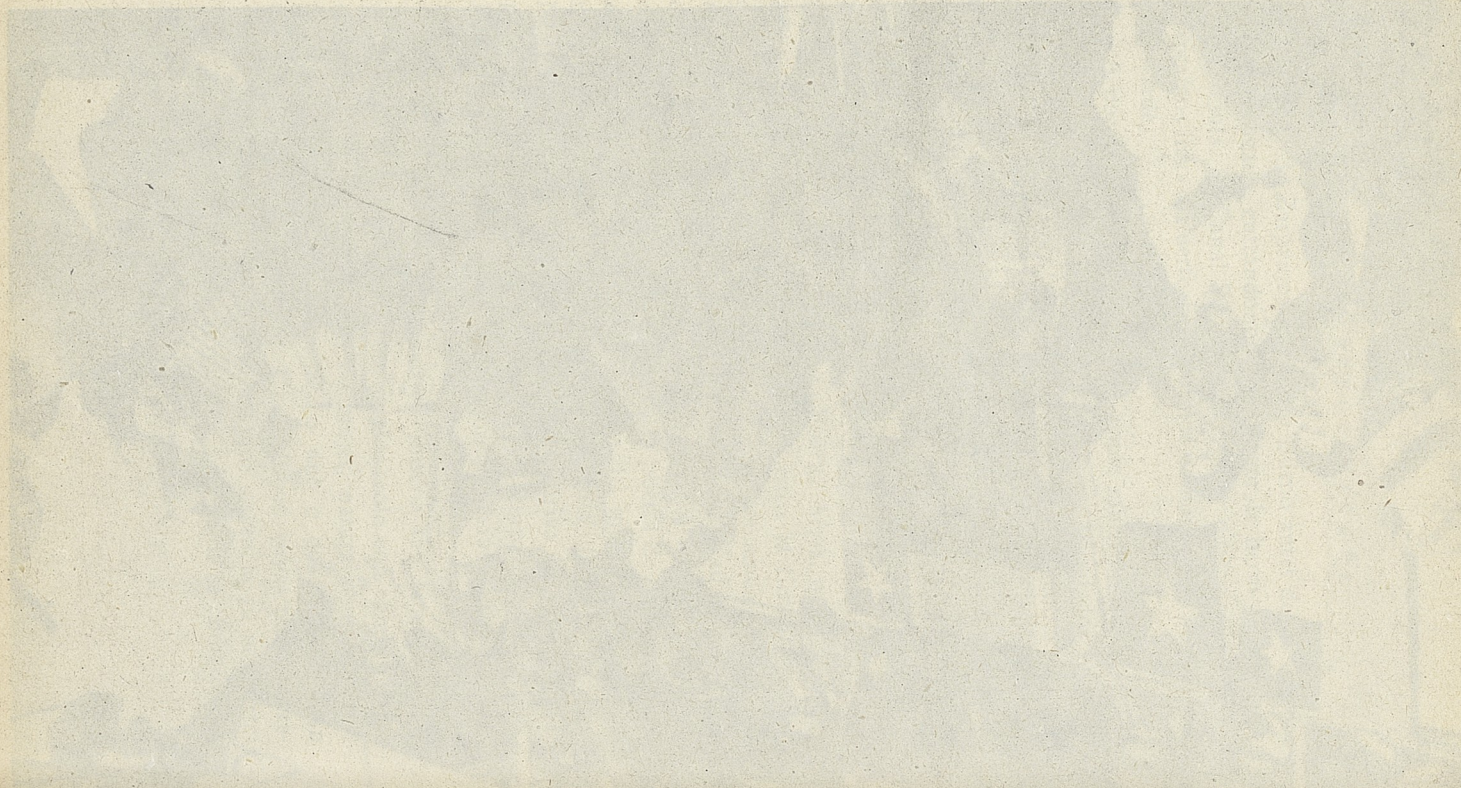
ABRIL 8: Zarpamos de Puerto Bueno antes de las cuatro de la madrugada, entrándonos a poco por la hermosísima Angostura Guía. El Canal Sarmiento ve pasar nuestra quilla y el Graper nos lleva a Puerto Edén, donde damos fondo a las cinco de la tarde.

A poco, desde el embarcadero acude multitud de chongos, suerte de canoas labradas en troncos huecos, tripulados por indios alacalufes, últimos restos deshechos por el alcohol de una raza fuerte de Tierra del Fuego: seres pequeños, esmirriados, en andrajos; mujeres, niños, hombres, víctimas todos de una civilización que para ellos no pasó de la epidermis. ¿Cuántos quedan aún? Cerca de ciento cincuenta, nos dicen, de los cuales no más de sesenta y ocho diseminados en Puerto Edén. Un bote llega con remeros indios, uniformados correctamente de blanco por el jefe, suboficial de la Fuerza Aérea, que habita en el único chalet de la comarca. Bajamos entre la flotante población alacalufe, en la tarde que cae, y nos acercamos a sus rucas solitarias, hechas de pieles y sacos, sobre resbaladizo fondo de cieno, donde el pie se hunde hasta el tobillo. Una pobre mujer de edad avanzada pide cigarrillos en la puerta de la que habita, envuelta más por el humo que escapa del interior que por las tiras con que cubre sus carnes. Es Urganta, la vieja decana. Nos mira, susurra algo en su lengua nativa, cuyas raíces se pierden en la noche de la selva, y luego desaparece en cuclillas. Miramos por un resquicio, hostigados por nauseabunda humareda de maderas húmedas y repetimos, con el personaje de cierto apólogo de Benavente: "Nunca vi miseria tan espantosa".

Los alacalufes, que fueron bravíos, sólo son sombra de lo que eran. Fuman todo el día. La mujer, naturalmente, lleva el peso de la familia, que se reduce a uno o dos hijos. Pescan cuando el hambre los empuja. Cazan lobos, cuyas pieles entregan por una miseria a explotadores que sirven, a su vez, intereses extranjeros, siendo notorio que hace poco se embarcó un



FIESTA DE LA PASADA DEL CIRCULO POLAR.



cargamento en Punta Arenas de varios miles de pieles magníficas, algunas de lobo de dos pelos, con destino a Europa. Y así las riquezas de Chile se escurren por entre los dedos de sus habitantes...

De su lengua he logrado captar algunas voces, que una muchachita recogida en la Casa Aérea me traduce: *Aluichi*, que es Dios; *casenzha*, que significa pan; *chafalay*, agua; *ayef*, canoa; *acutarech*, adiós...

Es una raza que se extingue, a pesar de los esfuerzos llevados a cabo por los salesianos. Una raza que dice *acutarech*...

ABRIL 9: Nos miramos de nuevo en los espejos del alba, cruzando la Angostura Inglesa. Zigzag de islotes y abanicos de robles en aguas de esmeralda.

Entramos al Messier, más nortino en lo austral. Cerros en perspectivas, ensenadas blandas, islotes vestidos; pero humedad menor y tiempo más calmo.

ABRIL 10: Canales que llevan a Chiloé con brisa y sol... En el Darwin el paisaje se abre en montañas que los robles cubren y enciman. Hay islotes que semejan canastillos. Las alturas se van escalonando, como si el Hacedor se hubiese entretenido en recortarlas para una decoración.

Proa al Moraleda, más hermoso aún, ancho y alto de cumbres. El Macá, con su cono de nieve, es un mensaje de la Antártida. Todo se parece y es distinto en este canal; se dijera resumen de otros, no menos bellos, con su punto de majestad que le confiere primacía. Mas no cabe compararlos y sí afirmar que es tal la riqueza de esta zona austral chilena, desde el Maule mismo a la Bahía Margarita, que acaba el viajero por sentir el *mal de lo hermoso*. ¿Vértigo, embriaguez?

El sol despide a los expedicionarios que mañana se trasladarán a la fragata *Iquique*, para seguir por tren desde Puerto

Montt a Santiago (todos menos yo, según creo). Los despide con un crepúsculo soberbio, graduado en una sinfonía en rojo y verde, a la que sigue otra en rosa pálido y una tercera en rojo plomizo. Las luces se atardan. Franjas de azul se copian en aguas de inefable quietud, acaso como aquellas junto a las cuales Fray Luis soñaba su "descansada vida"...

ABRIL 11: San Pedro, bahía entre montañas arboladas. La *Iquique* maniobra para acercarse al *Angamos*, a cuyo costado de babor se junta limpiamente. Son las ocho de la mañana y desde las cinco hay movimiento descostumbrado. Por la pasarela llevan cerros de baúles y equipaje, comenzando luego los adioses. Hay tristeza en los que se van y la última mirada al barco familiar, donde hemos vivido la más hermosa aventura, no es ciertamente de alegría. La Primera Expedición Antártica Chilena ha terminado.

La *Iquique* se aleja con andar rápido y nosotros aparejamos, camino de Quellón.

Mutación del paisaje. A la zona centro-austral sucede la que se pudiera llamar austral-Norte, o Chiloé. (Las regiones de Talca a Puerto Montt son ya realmente el Sur Chico, como el Norte Chico es el que se extiende de Quillota a Coquimbo.) Risueño panorama de cerros con claros cultivados y casitas pintorescas. Al silencio húmedo de los canales centrales sucede esta vida verde y abundante, que recordaría a Suiza si estuviese más poblada. Cuatro o cinco horas y doblamos a mediodía una península que se dijera parque artificial, según la variedad de sus árboles espaciados. Quellón...

En el fondo de acogedora bahía se alza el pequeño puerto, con una iglesia grande y tres o cuatro calles, la principal de las cuales corre junto a la orilla, con casitas rojizas, verdes y blancas, algunas de las cuales descansan en grandes pilotes sobre el agua. Hay un largo muelle, dos o tres fábricas y el importante

establecimiento del Destilatorio. No bien fondeamos, cuando comienza a cercarnos multitud de barquichuelos, de los cuales surge un pequeño mercado flotante (gallinas a veinte pesos; paraíso para las dueñas de casa metropolitanas). Una larga jangada, que evoca a Julio Verne, se acosta lentamente a babor, hecha toda de millares de tablas que cargará el *Angamos*, convertido, por crisis de fletes, de explorador en mercante. Comienza de inmediato la faena, en jornada continua, que se prolongará hasta mañana, pues el trabajador chilote es sobrio y resistente; pequeño, fuerte, musculoso, usa cómodas ojotas de cuero sobre gruesas medias de lana blanca.

La principal industria regional parece ser la de la madera, que en estas selvas ubérrimas de Chiloé es riquísima en variedad y calidad: huan-huan, tenío; quiaca, otra variedad de roble; el tepú, de calidad inferior; la luma; el mañío y el ciruelillo, que por sus condiciones son usadas en Argentina para muebles finos, siendo el mañío rojo con vetas amarillas. Es de esperar que ordenanzas oportunas, controladas de modo estricto, defiendan las reservas madereras de Chile.

La gente de Quellón es acogedora, y mediante los buenos oficios de nuestro amigo el doctor Ahués, se improvisa en el caserío un *curanto* en honor de la oficialidad, que más que curanto parece nuevas bodas de Camacho, según la prisa con que despachamos montones de cholgas, suculentas pechugas de gallina y jugosas piernas de cordero. . .

ABRIL 12: Quellón matinal, con sus calles cruzadas por pequeños caballejos y sus corteses vecinos que tienen cordialidad antigua en los labios, cautiva al viajero. La gente es pobre; la mayoría de las mujeres y casi todos los rapaces andan a pie desnudo, pero a nadie falta la buena sonrisa ni el espontáneo saludar. Visito una de las fábricas de conservas, con explotación

mantenida muy por abajo de su capacidad. La sirena llama. Desde la cubierta dialogamos con el paisaje.

Camino de Compú. Los canales chilotes tienen con sol una clara alegría; su panorama está vestido de cuadrados de cultivo que transforman las montañas en tableros de nota verde y amarilla. Hay pequeños pueblos bíblicos con su iglesia de madera que habla de paz en las almas. Mesetas de cerros convertidas en potreros en donde pasta el buey de Carducci; grupos de árboles que semejan jardines colgantes.

El Estero, de hermosura estimuladora, lleva a Compú y Pureo, caseríos que se enfrentan en opuestas riberas. La tarde juega con el canal, dulces arreboles doran sus cielos, tañen campanas...

DOMINGO 13 DE ABRIL: El caserío de Compú es el más apacible rincón que se pueda imaginar. Desde la torre de su humilde iglesia, que nos muestra el señor Santana, su guardador, se perciben cielo y montaña. Una calle única corre a lo largo del Estero y a ella asoman pequeñas casucas que forman parte de predios cultivados a retazos y pertenecientes a muchos propietarios, pues la tierra está grandemente subdividida. Sentado a su puerta, un anciano fuma. Es don Velazques, nacido en Quellón, que vino a Compú hace cincuenta años y ahí se estableció, sin haberse movido nunca a parte alguna; tuvo seis hijos, mocetones arrastrados por el servicio militar a Magallanes, desde donde ninguno ha vuelto. Solos, con algún nieto, él y su compañera han visto correr la vida apacible como una cinta de quietud. Don Velazques me ofrece un ramo de flores azules y blancas de un rústico huerto de manzanos en que canta un regato. Como nunca ambicionara nada, acaso posea la camisa del hombre feliz. Pero los hijos se fueron... ¿Habrá alguien que la haya poseído? Recuerdo aquella crónica de París



PARALELO 68° 10'. BAHIA MARGARITA.

o de Madrid, donde Rubén Darío dice que es la que nos ponen para amortajarnos...

ABRIL 14: Ayer, de anochecida, fondeamos en Castro, hermosa ciudad Fénix llena de recuerdos, que, después de tres ruinas, ha resucitado de sus cenizas. Ayer era en la sombra un mosaico de luces y hoy destaca, bajo velos de lluvia, sus calles de cuesta empinada, que salpican techos rojos y verdes entre construcciones tristes de cemento. En su plaza —evocación del Valparaíso de hace un siglo— se advierte la hermosa Iglesia de San Francisco, hecha en maderas pintadas en ocre y café obscuro. Visité el Convento de los hermanos menores, recorriéndolo con dos viejos padres que me hablaban de la historia de Castro y sus dramáticas vicisitudes. Huerto rústico, galpones decrépitos, un refectorio humilde, y detrás del Altar Mayor, en el templo que adorna magnífica talla de la Virgen y su Hijo en la hora de los siete puñales, se alza soberbio coro de madera de ciruelillo donde los buenos frailes entonan sus rezos.

Termina el día en alegre banquete que ofrece el Gobernador en nombre de la ciudad.

ABRIL 15: Castro adelanta, y sus habitantes, hombres esforzados, quieren verla surgir en progresos que las comunicaciones aéreas del futuro y la abundancia de fletes facilitarán cuando se superen las crisis de esta época. En Ancud, la histórica capital de la provincia, que no alcanzaré a visitar por no permitirlo el itinerario del *Angamos*, y es aplazamiento que lamento, existe espíritu similar. A Chiloé, región de riqueza agrícola, de reservas forestales, especialmente indicada para el turismo por la belleza de sus canales, le aguarda espléndido porvenir.

Fuimos en la tarde a Chonchi, a bordo de la panga, con los tenientes Aragay, Parodi (el bravo e ingenioso Tordo) y Barría, nuestro dentista, cuya excelente mano hemos probado

no pocos. Aun sin sol, el paisaje era una gloria: todo quietud, remansos de agua, faldeos y serranías sembrados, huertos colgantes, álamos de plata, bosques en que abundan el mañío, la luma y el tepú: caseríos rústicos con torres apuntadas a lo alto. Veleros en el agua y en el aire lentitud de campanas. Así debieron mirar estos lugares nuestros abuelos, en los bonancibles años del siglo XIX.

Chonchi tuvo para mí el encanto de una pequeña ciudad olvidada, envuelta en sombra crepuscular. Una sola calle empinada, casas pobrísimas, tristeza pueblerina, habitantes que en la obscuridad (no hay luz eléctrica desde hace meses) pasan como fantasmas; don Quijote los hubiera tomado por duendes y trasgos en la noche de los batanes...

El regreso fué una fiesta de estrellas. Se había despejado el cielo y por el campo sideral iban los mundos ignotos entonando su infinita sinfonía. Un leve reguero de plata aclaraba a los veleros que discurrían sin ruido ninguno.

Y como los chilotes son gente hospitalaria, en casa de los hijos de don Tulio Alvarado, distinguido jefe liberal de Castro, se nos brindó magnífico banquete, que las canciones de su hija y de otras distinguidas señoras alegraron: allí estuvieron, con nuestro comandante, el Gobernador Marítimo Aranda, el Prefecto de Carabineros Alvarado, hombre que sabe hacer sus rondas, el Alcalde y personalidades locales. Don Tulio, con buen humor, bautizó al teniente Bernabé "Garagay", héroe antártico, y el bautizado, gordo y diestro, tan ágil en lo físico como en lo espiritual, cosechó no pocos aplausos con su repertorio poético.

No se cerró la noche sin que llegara a noticia nuestra un aspecto del accidente que sufriera el *Angamos* en Puerto Bueno, capital del Cementerio de Barcos... Habíase producido, como queda dicho en su sitio, por fuerzas del viento que lo hicieron garrear con violencia, a lo que sin duda debió concurrir la poca

carga. Realizadas las únicas maniobras que podían hacerse sin peligro de dañar los fondos en salientes de piedra, el comandante arregló sus papeles y cargó su revólver, dispuesto, si el barco se perdía, a terminar en él. Alguien se dió cuenta e informó al comodoro Guezalaga, quien no lo perdió de vista hasta el momento en que una maniobra afortunada permitió a la nave zafarse limpiamente. Rojas Parker, sin saberlo, había escrito una nueva página en las tradiciones del mar chileno.

"Tout est bien qui finit bien."

ABRIL 16: Puerto Montt. En la costa se perfila la ciudad con aire de gran burgo. Al desembarcar, la encontramos en pie de crecimiento, no siendo aventurado augurarle población diez o veinte veces mayor antes que doble el cabo de algunos lustros. Sin embargo, encuentro rastro de la indiferencia cívica que imperaba en los antiguos campamentos, cuando los pioneros viajaban en carreta hasta la estación más próxima del ferrocarril central. Pero de esa pasividad no hemos de pedirle cuenta severa, que acaso todos podamos arrostrar nuestra parte de culpa...

ABRIL 17: Angelmó, a donde ha atracado el *Angamos* para tomar carga, es uno de los barrios marítimos más típicos del país, con algo, tal vez, de la costa bretona. Belleza verde de la Isla de Tenglo, vapores y barcazas, mercado pobre a la orilla, circundado de carretas con bueyes y veleros en descanso. Regocijo y arsenal para pintores.

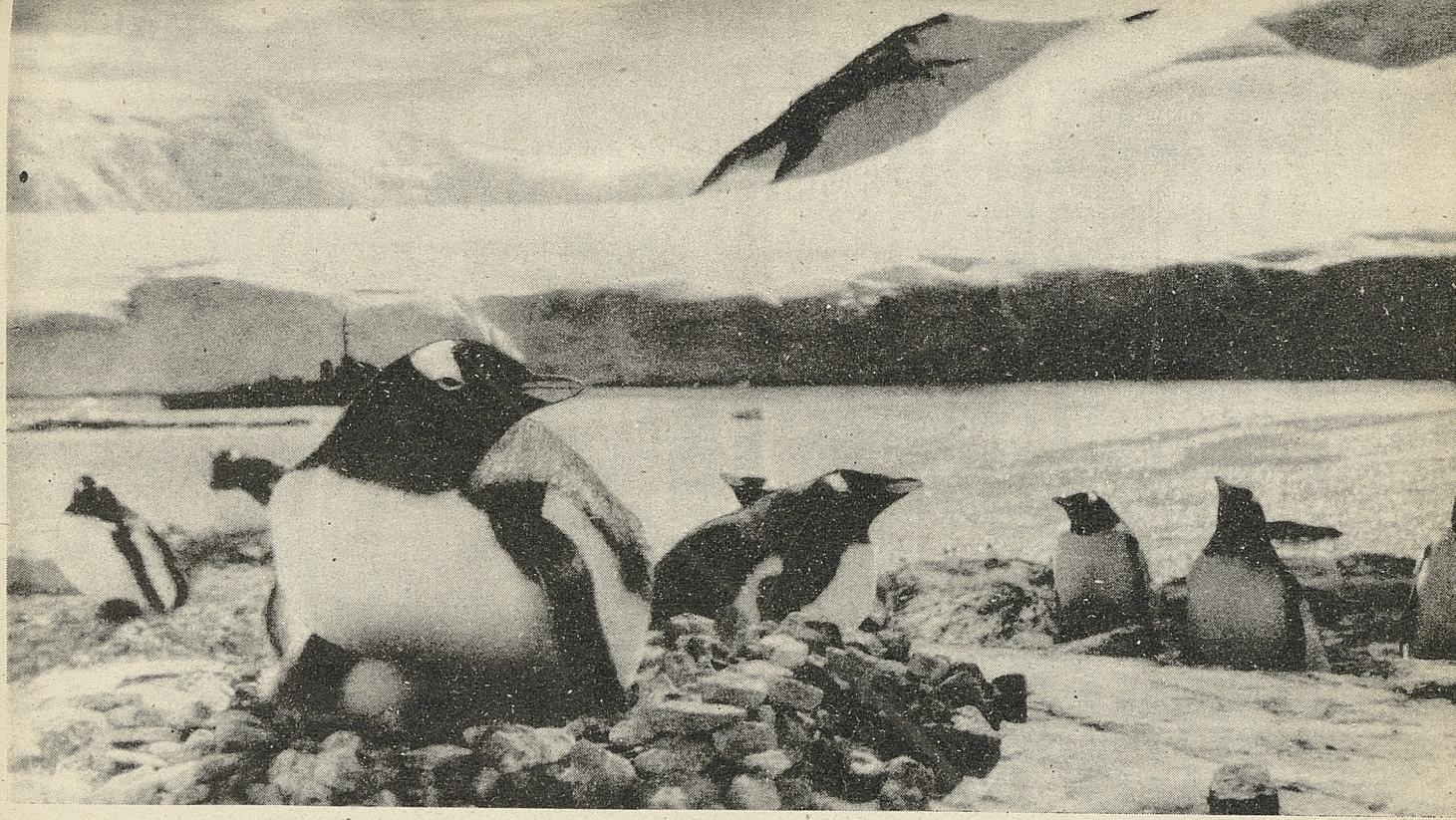
En la base aérea de Chamiza, el comandante Acosta, su jefe, nos muestra las reformas realizadas por él en las espléndidas instalaciones que la integran y nos ofrece en el Casino una fiesta íntima, original, en que participan el Intendente y los principales oficiales.

ABRIL 18: Zarpamos muy de mañana. Sol en las cubiertas y en el mar chorros de agua que saltan a gran altura. Las ballenas antárticas pasan, rumbo al Norte como nosotros.

ABRIL 19: En la bahía de Corral flotan las banderas. La ciudad toda está cubierta de banderas, espontánea manifestación popular que dice de la fibra patriótica de nuestro roto. Tres aviones vuelan en formación sobre el barco y dejan caer ramos de flores. Labbé encuentra en uno de los que se recogen esta inscripción delicada: "Los aviadores civiles a los héroes de la Antártida". No debe verse tropicalismo alguno en tales demostraciones, pues constituyen la espontánea reacción de un pueblo que vuelve por los fueros de su historia.

Visitamos los Altos Hornos, cuyas torres marcan su acento en el paisaje. Allí los hornos del tiempo de los franceses (vuelve a mi memoria la imagen de *Mosié* Vattier, el ilustre ingeniero a quien conocí en días de la infancia). Un amable técnico del departamento de fuerza y electricidad, antiguo suboficial de la Armada, nos conduce a través de las distintas secciones, en alguna de las cuales el metal, escarlata, rueda en largas cintas móviles como en alguna antigua lámina del Infierno, donde sólo se echa de menos a los demonios armados de tridentes. Por la puerta de un horno contemplo el material en ebullición, espectáculo dantesco.

De camino por el pequeño parque, que se extiende al borde del mar, nos detenemos ante el monumento a Lord Cochrane y el pensamiento va hacia aquel varón insigne, modelo de marinos con genio de aventura (su hazaña de Valdivia cuenta entre las más sorprendentes de nuestra Independencia). En la costa están los fuertes españoles: Amargos, Niebla, el Piojo, Corral, cuyas ruinas visito, deteniéndome ante los cañones que aun apuntan en las derruídas troneras... Cierto día, el primer almirante de Chile, para cumplir una promesa hecha al Direc-



PINGÜINOS EN CALETA LOCKROY.

tor Supremo, asaltó uno a uno aquellos reductos que se creían invencibles y se tomó la ciudad del conquistador, anulando el más poderoso centro de los españoles... ¿Eran demasiado grandes los hombres o los tiempos harto propicios? ¿Tanto caímos que sólo nos es dable mirar a mucha altura y desde muy abajo? En la Primera Expedición Chilena a la Antártida hay, quizá, un comienzo de respuesta.

Voy por la tarde a Corral Bajo, y la profusión del embanderamiento popular en las casas humildes, apenas iluminadas por chonchones o velas de esperma, me refuerza en mi fe chilena.

Hay abundancia de festejos. Cóctel a mediodía en el Cuartel de Bomberos, ofrecido por el Alcalde; gran baile nocturno de los empleados del Sindicato de Altos Hornos.

DOMINGO 20 DE ABRIL: El Tornagaleones, confluyendo en el Valdivia, es la puerta panorámica que, cerca de la Isla Mancera, se abre sobre el camino fluvial a la ciudad sureña. El vaporcito que nos conduce va enfilando parques soleados, praderas y jardines alegres, remansos donde sería grato ver deslizarse los días; más allá, a la vuelta de infinitos paisajes que se suceden y no se copian, nos entramos en la villa de altos edificios, como por ancho canal veneciano.

Valdivia nos festeja. Cóctel suntuoso ofrecido por el Alcalde. Almuerzo en el Club, improvisado por distinguidas personalidades de la sociedad, autoridades militares y de carabineros y gran recepción en el Regimiento Caupolicán, donde el general Bertossi, jefe de la Cuarta División, y el coronel comandante, a la cabeza de toda la oficialidad, entre la cual recuerdo al teniente Enrique Slater, se esmeraron en el agasajo. Fué mi segundo discurso de este día y lució el coro de oficiales sus voces en el himno de la Escuela Naval.

Noche valdiviana bañada en buen humor, como un entre-acto de otoño.

ABRIL 21: Llevamos el sol con nosotros. Otra jornada luminosa que parece excepcional en la estación; el Valdivia y el Tornagaleones vuelven a brindarnos sus paisajes.

Con los últimos reflejos del crepúsculo, el *Angamos* leva anclas, camino de Coronel, donde hará quinientas toneladas de carbón.

La vida a bordo ha tomado, desde que partió el grueso de las delegaciones, ritmo acogedor. Se vive en familia, en esta gran familia del mar que en todo barco de guerra chileno constituye núcleos cordiales. En cada oficial y acaso también en cada marinero encontramos un amigo. Se charla con el comandante; se enhebran amables polémicas con los capitanes Bonert, Kaiser y Núñez. Por las cubiertas, en el puente, en la toldilla, siempre hay alguna buena palabra. Después del rancho, cada noche hay tertulia en la cámara de la oficialidad, y las expansiones corren, alumbrando las tristezas, las esperanzas, los amores de cada uno, distantes. Me han conferido, por unanimidad, el grado de guardiamarina honorario, "con requisitos". Y es título que no deja de halagarme. ¿Acaso no tenemos siempre veinte años en algún rincón del alma?

Cuando me aleje por las dársenas de Pancho, que es el nombre que en la Armada dan a Valparaíso, en memoria del tiempo en que era más importante puerto que San Francisco de California, su rival en el Pacífico, recordaré a estos nobles muchachos del *Angamos*, que tienen sobrenombres menos tremebundos que los cadetes de Cirano, porque nuestras espadas no son de aventura y conquista, sino acero para el derecho y la defensa. A bordo quedarán los artistas de nuestra improvisada "troupe": Labbé y Marchant en sus cánones, Aragay con su

Rumba, el coro en que figuran David Maydl, Marcos Ortiz, Cristián Storacker.

Serení, el Tordo, el Escúa, apodos de camaradería marina...

ABRIL 22: Cuando subo a cubierta, hay un submarino a la vista, el H. 4. "Ha venido a atacarnos", me dice un suboficial. Cumpliendo programa de maniobras salió al encuentro del *Angamos*. En el puente hay actividad inusitada. El comandante da órdenes rápidas, el segundo corre escaleras abajo, los oficiales de guardia asestan sus anteojos. ¿Qué ocurre? El H. 4 se encuentra al garete, con las máquinas en pana y una de sus cámaras inundadas. Un momento antes recibieron el S. O. S. "Tengo que suspender la transmisión —dice el radiooperador—, porque debemos abandonar la cámara"... La situación se torna dramática; el mar está barrido por viento fortísimo que baña a cada instante al submarino, en cuya torrecilla están el comandante y toda su tripulación. De diversas partes afloran en nuestra cubierta marineros inquietos y curiosos. El *Angamos* evoluciona lentamente y una de las balsas es arrojada al agua con doscientos metros de espía, para remolcar al barco a puerto próximo. La maniobra ha sido hecha con tanta precisión que la larga y gruesa espía roza al submarino y lo ciñe, sin que nadie, a su bordo, intente esfuerzo alguno para recogerla. El H. 4 pasa casi tocándonos y su jefe dice con voz tranquila: "Estamos inmovilizados". La emoción cunde entre los testigos, y mientras las naves se separan en larga evolución, Rojas Parker ordena arrojar la segunda balsa, cuya espía se corta. Luego es lanzado el nivelay a escasa distancia. Se torna angustiosa la operación, pero los del submarino, ¿por qué permanecen en tanta pasividad? El comandante, después de hacer recoger las espías, preparaba una nueva maniobra, cuando el barco accidentado se pone en movimiento. "Han solucionado la pana", dice alguien.

El Duro Rojas sonríe... "Creo —apunta el teniente Aragay y está en lo cierto— que se trata de un ejercicio"...

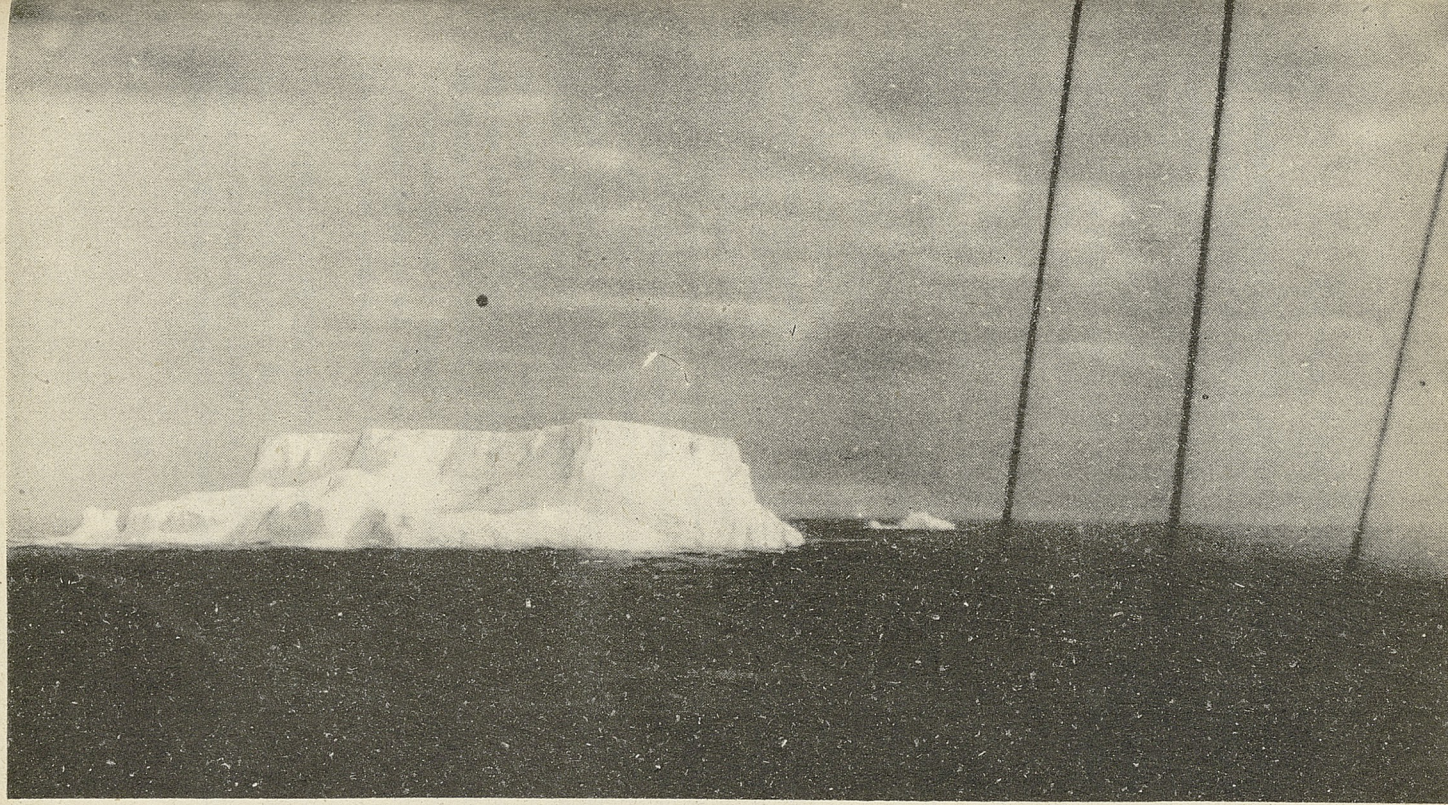
Hemos presenciado una maniobra de salvamento.

Al anochecer atracamos junto al muelle de la Compañía Carbonífera, en Coronel.

ABRIL 23: Con estrépito de terremoto el tubo arroja toneladas a las carboneras, llevadas por la cinta mecánica, y no hay más que saltar de la litera y huir a tierra sobre una móvil alfombra solar. El puerto, cuya población acaso suba de veinte mil habitantes, es triste, de edificación pobrísima que resalta en las bien pavimentadas calles. Hay una vieja iglesia, de ancha nave, frente a una plaza en que las flores triunfan del polvo negro. Coronel me recuerda alguna estampa de Santiago en la medianía del siglo XIX. Apenas hay vida sobre el vasto mundo subterráneo en que los hombres arañan la entraña de las vetas obscuras; el hombre-gusano, como dice León Felipe en un bello apólogo, que desearía ser mariposa y volar a la luz. A la luz, pienso, tomada en una dimensión espiritual que sólo entrevemos en lo más sutil y escondido de nuestros sueños. Mas la clave de esos sueños nuestros parece perdida. ¿La encontraremos? Acaso la tienen los niños en sus visiones aladas...

En las tinieblas espesas que cubren el mundo no queda espacio para las cosas que pertenecen al reino del espíritu...

ABRIL 24: Talcahuano. Cuando el *Angamos* dió fondo, ayer tarde, en la bahía tranquila se perfilaban algunos de los barcos principales de la Armada de Chile: el *Latorre*, gigante del Pacífico, que aun hoy continúa siendo el acorazado sudamericano más poderoso; la *O'Higgins*, en retiro venerable; la *Chacabuco*, crucero novísimo; el transporte *Magallanes*... Y allá al fondo, delante de elevado edificio blanco, la nave almirante, la nave que preside nuestra historia de pueblo del mar:



UN COLOSO DE LOS OCEANOS ANTARTICOS.

El *Huáscar*, en cuya cubierta dos sombras ilustres parecen reflejar aún las virtudes de sus razas y el orgullo de sus patrias, adversarias un día, uno sólo entre los años de una gloriosa vida común: Prat y Grau. ¿No sería muestra de fraternidad que a uno de nuestros barcos se diese el nombre de aquel caballero de la historia peruana que comandara el monitor un 21 de mayo de hace sesenta y seis años?

El *Huemul*, comandado por el teniente Bascuñán, nos daba agua al subir a bordo por la postrera vez, con el capitán Macera, que nos acompañará en la última jornada. ¿Acaso brillaba en los rostros como el ánima de las lágrimas que ruedan por dentro, cuando, después de tocar *repetido*, chirriaron de nuevo los escobenes al golpe de los paños de cadena?

La tarde nos reservó uno de los crepúsculos hermosos del crucero, porque suelen los viajes y las tardes despedirse mejor que la vida misma, en cuyo epílogo ya no hay cuerdas para cantar ni ánimo de esperanza humana; bien que puede alumbrarnos lo inexpresable que está más allá... Desplegóse en abanico de nubes la vestidura que el sol deja y fué, sobre el mar en ondulada calma, blanco azul, azul plata, con brillo de aguamarina, como una tela de don Alberto Orrego, crepúsculo en Bilbao la Nueva. El abanico se hizo escorzo de aurora austral, y en los cuatro rumbos del horizonte, en el círculo que encierra todos los rumbos, hubo pinceladas glaucas y ocres y el agua fué todo esmeralda y el cielo una explosión de oro fundido. Irrumpió la luna nueva, en la vaguedad de la noche naciente, dulce como un toque de juventud. A proa, el alma de la brisa, tan leve era, tocaba en el cordaje con la única cuerda de su arco.

VIERNES 25 DE ABRIL: Con la noche meditamos. Pasa la cinta retrospectiva de lo hecho y vivido, surge el balance de las investigaciones científicas realizadas, de los estudios técnicos en diversos ramos y, de modo especial, el significado de

la expedición chilena, cumplimiento de aquella que el Canciller Huneeus Gana preparaba en 1906. De todo lo cual resalta su valía y trascendencia históricas, pues implicaba el afianzamiento definitivo para Chile de imprescriptibles derechos soberanos sobre el territorio antártico que afincan en la geografía no menos que en títulos coloniales, provenientes de Carlos V. La ocupación, con ánimo de señor y dueño, ya iniciada a comienzo del siglo XX, con otros actos legales que fueron oportunamente notificados a todas las naciones del mundo, se suma a la posesión simbólica hecha por el *Angamos* y la *Iquique*, posesión que tiene su centro militar y científico en la Base de Soberanía, primer puerto en la inmensa Zona Austral de Chile, cuyo límite extremo ha de ser la franja correspondiente del Polo Sur y cuya capital lógica es necesariamente Punta Arenas.

A mi juicio, y sin desconocer la conveniencia de llegar a entendimientos justos con Argentina, esos títulos, aquellos actos y sus consecuencias jurídicas, políticas, nacionales e internacionales, confieren a la expedición importancia considerable. Los tres meses que cubren su desarrollo marcan tal vez el prólogo de una nueva época en el país de O'Higgins y Vicuña Mackenna.

Empapado en estas ideas, que todos compartimos a bordo, vi llegar las horas de la mañana. En los pasillos, en cubierta, en las cámaras, advertíase en los rostros fisonomía de llegada...

Y a mediodía, después de no muy largo diálogo con el panorama de la bahía, el empinamiento de ciudad en ascensión de casas y esfuerzo, tal ese otro empinarse del Mar del Sur en los Andes, océano que quiere hacerse cordillera, como símbolo de un pueblo que ha de ganar las cumbres de su destino.

"¡Pancho!" "¡Estamos en Pancho!" "¡Viva Pancho!"...

Oficiales y marineros exultan de natural alegría. En las dársenas les aguardarán parientes y amigos, mas la llegada ha de tener esa frialdad con que los chilenos se complacen en emu-



EL AUTOR CON EL COMANDANTE ROJAS PARKER Y OFICIALIDAD DEL "ANGAMOS".

lar a los espartanos, olvidando que Grecia no desconoció las coronas de flores y Roma tenía sensibilidad de arcos triunfales. ¡Paciencia, compañeros del mar! Las flores que arrojan las almas tardan más en marchitarse y hay arcos más duraderos que la piedra y el mármol...

Subo al puente. El comandante, asestados los catalejos, actúa con la precisión que tantas veces pudimos apreciarle. Todos están en su puesto. El primer oficial escruta los mapas...

Oyense las órdenes de Rojas Parker: "¡Al medio la caña!"... "¡Así la proa!"... "¡Cayendo a estribor!"...

Y la última palabra, que es el remate del viaje, la primera palada de recuerdo en un capítulo de historia grande: "¡Fondo!"

Cuando por la tarde, caído el telón de la aventura, cruzábamos la pasarela del *Angamos*, nos pareció oír la voz de Custodio Labé:

"¡Soy Piloto, mi comandante!"

A bordo del *Angamos*.

Valparaíso-Soberanía, año de 1947.

A n e x o s

REBAUTIZAMIENTO DE LA ANTARTIDA CHILENA

Desde un punto de vista histórico estricto, no cabe duda de que la tradición tiene sus fueros y deben, en general, ser respetados los nombres que reciben las ciudades, los accidentes geográficos, las calles y hasta las naciones, pues marcan derroteros vividos, son vida en sí y contienen historia latente. La tradición, la crónica, la leyenda, las simpatías y esperanzas de los hombres, sus decepciones, sus secretos anhelos y sueños, la idiosincrasia de una raza y hasta su alma misma, suelen expresarse en nombres que indican particularidades determinadas o traducen meramente sentimientos. No puede, en rigor, alterarse esa nomenclatura sin menoscabo de la continuidad vital que representa la marcha de los hombres.

Pero, cuando se trata de tierras desiertas y no habitadas por el hombre, de mares que rara vez surcan los navíos, de islas apartadas del habitual comercio humano, ¿deben aplicarse idénticas reglas?

Ambos casos presentan aspectos fundamentalmente diversos. Sin embargo, y como principio histórico general, deben conservarse en geografía los títulos y nombres con que los des-

cubridores bautizaron, salvo razones de superior conveniencia para los países que legítimamente tienen derecho a ejercitar soberanía sobre tierras no pobladas.

Este último puede ser el caso de la Antártida, para los países con títulos a ella, acordes con los cuadrantes respectivos y la vecindad geográfica.

Y es particularmente el caso de Chile en la Antártida Chilena.

Ocurre ya en el territorio americano de Chile, en las regiones australes hasta el Cabo de Hornos, un verdadero absurdo geográfico: la casi totalidad de los nombres de canales, islas, islotes, cabos, bahías, etc., llevan nombres extranjeros, totalmente extraños para la lengua, las tradiciones y la idosincrasia misma del pueblo chileno.

Lo propio, aunque por razones más aceptables, ocurre en el Territorio Chileno Antártico.

Ahora bien, no cabe duda, y no por espíritu de estrecho nacionalismo, fuera de lugar en esta etapa del desenvolvimiento del mundo, sino por mera continuidad histórica y conveniencia particular del país con derecho de soberanía (conveniencia que no es hostil ni dañina para nación alguna), de que sería útil rebautizar las denominaciones geográficas en todas las regiones habitadas y desiertas de los sectores australes de Chile, desde Aysén al casquete polar antártico, conservando sólo aquellos nombres eminentes por los descubrimientos hechos y los servicios prestados.

Esta conveniencia de bautizar nuevamente no excluye la utilidad de conservar secundariamente, para evitar dificultades en el uso de los mapas, los nombres primitivos. Ello conduce a una coexistencia de nombres, en la cual el chileno, en los mapas oficiales de la República, será el único de valor, quedando el segundo o antiguo entre paréntesis, para aclaración de estudiosos y navegantes extranjeros.

De acuerdo con estas ideas y teniendo presente la justicia que habría en tener en cuenta, para ese rebautizamiento general en la Antártida Chilena, a aquellos ciudadanos que se han destacado en el servicio de la nación, y algunos nombres y hechos que tienen categoría en su historia, he elaborado un proyecto, que se acompaña de un croquis o esbozo de mapa, trabajado según la carta H. O., N.° 138, del Servicio para la Antártida de la Armada de los Estados Unidos.

Estimo que el *Mar de Drake*, que, según toda probabilidad, había sido visto (ver es descubrir) por el capitán Alvaro de Mezquita, oficial de la Expedición de Magallanes, puede llevar, ya que no el de este descubridor presunto, el del ilustre Lord Tomás *Cochrane*, primer almirante de Chile y jefe de la Escuadra chilena libertadora del Perú.

El mar de *Bellinghausen* podría ser llamado de *O'Higgins*. El mar de *Weddell* recibiría el nombre de *San Martín*.

La *Tierra de Graham*, la más importante en nuestro sector, se dividiría en las dos secciones señaladas por la carta norteamericana (en la cual, empero, se habría cometido el error de suponerla dividida por un estrecho, lo que ha sido aclarado en su libro *Polo Sur* por el almirante Byrd). La primera y mayor, llamada propiamente de *Graham*, sería bautizada *Tierra de Carlos V*, en memoria del Emperador de Alemania y Rey de España, que tuvo la visión genial del futuro mundo antártico (la *Terra Australis* que dió en gobierno a varios de sus lugartenientes del Reino de Chile, incorporándola definitivamente a éste). Y la segunda, que figura en dicho mapa como de *Palmer*, recibiría el nombre de *Tierra de Vicuña Mackenna*.

La *Tierra de James W. Ellsworth*, en el sector chileno, sería llamada de *José Miguel Carrera*, digno émulo de O'Higgins en gloria y sacrificios.

La *Isla Adelaida* merece ser bautizada con el nombre de *Isla General Mackenna*, en recuerdo del vencedor de Membrillar

y maestro del libertador O'Higgins, considerado por éste, y por autoridades de la talla del historiógrafo don Gonzalo Bulnes, como "la primera cabeza militar de la Independencia de Chile".

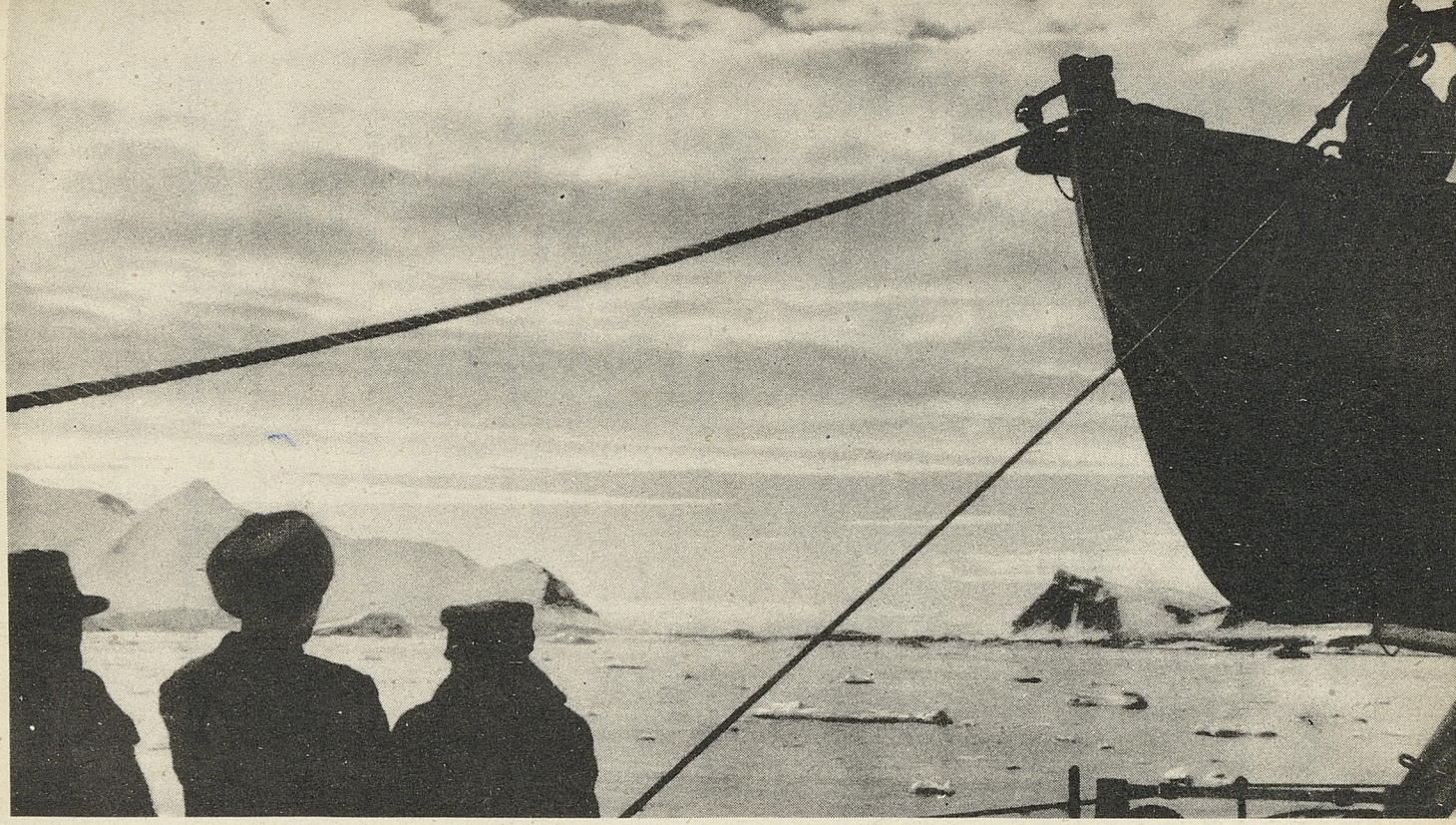
La de *Alejandro I*, que sigue al Sur y nos corresponde en su totalidad, como la otra, puede llamarse *Isla Andrés Bello*, en memoria del insigne humanista sudamericano, identificado tan profundamente con nuestra cultura.

La *Isla Charcot* debe conservar el nombre de aquel ilustre explorador francés, uno de los más grandes viajeros antárticos, que supo hacer justicia a Chile. Respetando lo que hay de tradicional, de caballeresco y de romántico en su gesto de llamar *Bahía Margarita*, en homenaje a su compañera, a la que descubriera en 1919, parece justo conservar este nombre, tan latino por otra parte.

El *Estrecho Rey Jorge VI*, que separa la *Isla Bello* de la *Tierra de Vicuña Mackenna*, conservaría su nombre en homenaje a Inglaterra, y el que separa la *Isla Charcot* de la de *Bello*, se llamaría *Estrecho General Zenteno*, en homenaje a aquel prócer.

Con el de *Archipiélago Arturo Prat* se rebautizarían las islas *Shetland del Sur*, y el de *Palmer* conservaría su nombre en homenaje a Estados Unidos y a aquel brillante explorador norteamericano.

En el *Archipiélago Prat*, la *Isla Decepción* retendría su nombre de tan vasto contenido histórico, ligado a los primeros actos de soberanía ejecutados por Chile en el comienzo de este siglo. La *Isla Nelson* se llamaría *Almirante Uribe*. La *Roberts, Manuel Rodríguez;* la *Friesland, Presidente Riesco* (fué el primero en ocuparse de los derechos chilenos a la Antártida); la de *Greenwich* sería *Isla Soberanía* (ya tienen su bahía y puerto el mismo nombre, por disposición del Gobierno de Chile); la *Monroe* retendría su nombre en homenaje a la doctrina en cuyo espíritu todos los pueblos americanos están obligados a defender lo que pertenece a cada uno. A la de *los Elefantes* corresponde



En Bahia Isla Neny, al interior de Bahia Margarita.

ser *Isla Piloto Pardo*, en recordación de la hazaña de aquel valeroso marino que salvó a los expedicionarios de Shackleton en 1916, y a la *Clarence* se le bautizaría *Presidente Aguirre Cerda*, en razón de haber dictado aquel mandatario el decreto de noviembre de 1940 en que se determinaban los límites del Territorio Antártico Chileno, de acuerdo con su cuadrante geográfico. La *Isla King George I* recibiría el nombre de *Pedro de Valdivia;* la isla *Monte Pisgah* sería *Sancho de Hoz* (primer gobernador in partibus de *Terra Australis*); la *Isla Law, Jerónimo de Alderete.*

Pasamos al *Archipiélago de Palmer*: la *Isla Trinidad* conserva su nombre; la *Hoseason* recibe el de *Almirante Blanco Encalada;* la de *Bravant*, el de *José Toribio Medina*, ilustre polígrafo de fama universal; la de *Anvers*, el de *Arzobispo Vicuña*, primer pastor de la Arquidiócesis de Santiago, muerto en olor de santidad.

El *Estrecho de Bismarck* retendría el nombre de aquel estadista que en época crítica prestó a Chile un gran servicio histórico, imponiendo, por encima de intereses imperialistas, la libertad de liquidar la Guerra del Pacífico en acuerdo con Perú y Bolivia y sin intervenciones extrañas.

El *Archipiélago Biscoe* conservaría el nombre de aquel descubridor. Sus islas, no señaladas con nombre alguno en el mapa norteamericano, recibirían los de *Claudio Gay* (sabio francés, autor de la *Historia General de Chile*), *Ignacio Domeyko* (sabio polaco, rector de la Universidad de Chile), *Doctor Orrego Luco* (político, escritor y médico), *Isidoro Errázuriz* (estadista, orador y literato).

La Isla *Durville*, en la cabecera de la *Tierra de Carlos V*, se llamaría *Enrique Mac Iver* (orador y hombre de Estado), la de *Joinville* sería *Isla Luis Risopatrón*, en memoria del notable geógrafo que contempló el porvenir de la Antártida con

mirada visionaria; la *Dundee* sería *Carlos Pórter* (famoso naturalista). La *Vega* tomaría nombre de *Alonso de Ercilla*, en gloria del cantor de *La Araucana*. La *Snow Hill* pasa a ser *Presidente Bulnes*. La *Isla María* cambia su antiguo nombre de *Ross* y es doble símbolo en el amor y en la fe, aparte de la mucha poesía que en sí lleva.

El *Golfo Erebus y Terror* se denominaría *Nueva Bilbao*, profundamente simpático a las gentes del Maule, región de artistas.

La *Isla Robertson* pasa a ser *Cuatro Hermanos*, símbolo familiar para cantidad de chilenos y americanos.

La *Isla Wilkins* toma nombre de *Diego Portales*, que es reconocimiento debido a aquel estadista genial.

La *Isla Jason* pasa a llamarse *General Baquedano*, jefe de los Ejércitos de Chile que vencieron en la Guerra del Pacífico.

La *Isla Robinson* sería *Martínez de Rozas*, en recuerdo del ilustre caudillo de 1810.

La *Bahía Mobiloil* recibe el nombre de *Presidente Balmaceda*, y es justicia.

Algunas ensenadas o entradas pueden bautizarse con nombres chilenos de mujeres, colectivos y no particulares. Así la *Crane Inlet* sería *Ensenada Mercedes* y la *Stefanson Inlet*, *Ensenada Clemencia*.

El cabo *Eielson* se llamaría de *Juan Williams* o *Juan Guillermos*, en homenaje al ocupante oficial del Estrecho de Magallanes; el *Northrop* sería *Cabo Policarpo Toro*, recordando al marino que puso definitivamente la bandera de Chile en la Isla de Pascua.

La *Ensenada New Bedford* pasa a ser *Presidente Barros Luco*; la *George Bryan*, *Ensenada Blest Gana* y la *Nantuket*, *José Zapiola*, para honrar a la música vernácula en ese esforzado organizador de la primera orquesta sinfónica chilena.

Glaciar Pérez Rosales, en honra del autor de *Recuerdos del Pasado*, literato, organizador y pioneer, pasa a ser el *Gruening Glacier*.

El *Trivord* se podría llamar *Monte Acevedo*, en memoria del primer mártir de la aviación de Chile.

Aun quedan incontables puntos geográficos en la Antártida Chilena para honrar a los olvidados del pasado, del presente y del futuro.

Bahía Soberanía, marzo de 1947.

EUGENIO ORREGO VICUÑA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CHILE Y SU SOBERANIA EN LA ANTARTIDA

Chile ejerce soberanía, en la parte del cuadrante sudamericano que le corresponde, desde hace más de medio siglo y señaló hace más de uno su continuidad geográfica y territorial por intermedio del Libertador O'Higgins, fundador de la República.

El ejercicio de esa soberanía sobre territorios que constituyen su prolongación geográfica cumple todos los requisitos señalados por el Derecho de Gentes y se fundamenta en títulos tan claros que ninguna nación ha podido objetarlos válidamente, siendo de notar que cuentan con el reconocimiento moral tácito de los Estados Unidos, cuya Secretaría de Estado jamás ha formulado ninguna objeción oficial.

El distinguido abogado e internacionalista don Oscar Pinochet de la Barra estudió a fondo la materia en su libro *La Antártida Chilena*, obra que, desde el punto de vista jurídico, tiene importancia notable. A ella remitimos a los lectores y estudiosos que deseen profundizar la materia.

Vamos a extractar la rica y bien ordenada documentación respectiva.

Chile es el país que se encuentra más próximo a la Antártida en su cuadrante, siendo éste la prolongación natural de la cordillera de los Andes (Antartandes); teoría establecida, en forma que puede estimarse unánime, por los hombres de ciencia. Entre ellos: R. E. Priestley, C. E. Tilley, padre Alberto M. Agostini, J. Brüggen, Arctowski ("Los Andes reaparecen en la tierra de Graham"), J. Gunnar Anderson *(On the Geology of Graham Land)*, el explorador Otto Nordenskjöld, Eduardo Suess, A. Wegener, Windhaussen, Sir Douglas Mawson, explorador antártico australiano.

Gunnar Anderson dice, por ejemplo, en su obra mencionada: "Los contornos y la orografía de la extremidad meridio-



La Base del Este, en Bahia Margarita.

nal de la América del Sur y de la Tierra de Graham se parecen en tal forma, que se puede representar cualquiera de estos continentes como un reflejo del otro". "La estructura geológica es estrictamente simétrica." "La serie de capas del Cretáceo superior y del Terciario es la misma en la Patagonia y en la Tierra de Graham."

En el mapa batimétrico de W. J. Bruce (1905) aparecen "la Tierra del Fuego y la Tierra de Graham, unidas por un gran zócalo marino en forma de semicircunferencia que se interna al E.".

R. E. Priestley y C. E. Tilley, en su obra *Geological problems of Antarctic*, dicen: "Morfológicamente la Tierra de Graham se yergue como la imagen de la Patagonia reflejada en un espejo al otro lado de las profundas aguas del Estrecho de Drake. La cadena de islas de la Patagonia occidental se refleja en las islas de su borde occidental. Esta simetría se revela aún más en la arquitectura geológica, pues la estructura geológica de la Patagonia se repite en la península de la Tierra de Graham". Los mismos autores agregan: "La unanimidad de la opinión científica insiste en la conexión directa de la Tierra de Graham y de la Patagonia, la cual está tan claramente revelada por la similitud de la arquitectura geológica de las dos regiones".

El examen de los antecedentes históricos complementa el basamento geográfico y jurídico.

En los primeros tiempos de los descubrimientos y conquista del Nuevo Mundo en su parte meridional, Carlos V, Emperador de Alemania y Rey de España y de sus Indias, "distribuyó los territorios que se extienden desde la línea equinoccial hasta el Estrecho de Magallanes y aun —como dice Morla Vicuña en su *Estudio Histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego*— las que se su-

ponía que se extendían hacia el Polo a la banda del Sur de esa vía marítima".

En 1534, Carlos V expidió cuatro Reales Cédulas de grande importancia en la materia, por una de las cuales, fechada el 21 de mayo de aquel año, la corona capitula con don Diego de Almagro, concediéndole la gobernación de Nueva Toledo que se extiende en doscientas leguas hacia el Sur, desde el término de Nueva Castilla, hasta el paralelo 25 de latitud austral, y por cédula de la misma fecha concede al cosmógrafo Simón de Alcazava, doscientas leguas entre el grado 36 de latitud Sur y el Estrecho de Magallanes.

A tenor de las concesiones reales, el cronista de Indias Antonio de Herrera dice en su obra *Descripción de las Indias Occidentales* (1601 a 1615): "Todo el dicho mar, sus riberas y tierras caen en la demarcación de la Corona de Castilla y de León, y todo lo demás que está por descubrir, en este mar, *desde la línea equinoccial hasta el Polo Antártico, que es el Polo del Sur, asimismo pertenecen a la Corona de Castilla*".

Las tierras situadas al Sur del Estrecho de Magallanes, incluyéndose el Polo, fueron dadas en gobernación a Sancho de Hoz, compañero de don Pedro de Valdivia y uno de los conquistadores del Reino de Chile, siendo de notar, como advierte muy bien Pinochet de la Barra, "que nuestros títulos a las regiones antárticas son anteriores a aquellos que dieron origen al territorio chileno americano". En efecto, Valdivia fué gobernador de la Terra Australis antes que de la Nueva Extremadura, cuyo territorio era la prolongación del anterior, no descubierto aún, pero del cual los hombres de ciencia al servicio del monarca español tenían clara conciencia.

Sancho de Hoz renunció a la gobernación antedicha y ésta recayó en don Pedro de Valdivia.

El monarca, por Real Cédula de 29 de mayo de 1555, ordenó a don Jerónimo de Alderete, gobernador de Terra Australis y Nueva Extremadura (Chile hasta el Polo Antártico).

tomase posesión de las tierras y provincias existentes en la ribera Sur del Estrecho de Magallanes.

Las reales cédulas de Alderete, años de 1554 y 1555, y la escritura pública en que Sancho de Hoz hacía renuncia de sus derechos otorgados por la corona, constituyen los principales títulos históricos coloniales de Chile a su Antártida; forman la fe de bautismo de la Antártida Chilena. A ellos deben agregarse el nombramiento de don García Hurtado de Mendoza como gobernador de Chile y su Terra Australis, otorgado, en nombre del rey, por el virrey del Perú don Andrés Hurtado de Mendoza, con motivo del fallecimiento de Alderete, y la designación real directa de don Francisco de Villagra. Con fecha 20 de diciembre de 1558 el monarca otorgó nueva Real Cédula, titulada: "Al dicho Francisco de Villagra para que embíe relación de las tierras que hay *de la otra parte del Estrecho y tome posesión de ellas*". En las cédulas posteriores, el rey varió la fórmula, en sentido más categórico aún, mandando a sus gobernadores de Chile que usen y ejerzan sus cargos "en los límites y distritos que los usó y ejerció *y pudo y debió ejercerlos*" su antecesor.

Estos títulos y antecedentes se han mantenido ininterrumpidamente en potencia, derecho y uso, durante cuatrocientos años, habiendo quedado tácitamente a salvo en el Tratado de Límites de 1881, concertado con la República Argentina.

Tan reconocidos estaban esos derechos bajo la dominación española, que, en un informe pedido por el Real Consejo, en 1718, al Procurador de la Compañía de Jesús, se lee: "Y si V. R. gustase, se le podría formar con seguridad una relación de todas esas tierras del Reyno de Chile de una y otra banda de la cordillera, desde Coquimbo, principio de lo poblado de Chile, hasta el Cabo de Hornos, última tierra *de lo descubierto de aquellas provincias*".

Ello está reconocido, por igual manera, en la *Historia Geográfica e Hidrográfica del Reino de Chile* del gobernador don

Manuel de Amat y Junient, remitida como informe al Consejo de Indias en 27 de abril de 1761.

Con posterioridad a la Independencia, debe señalarse como pieza fundamental —con valor histórico y moral de disposición suprema— la carta del libertador O'Higgins al capitán Coghlan, de la Marina Real Británica, fechada en Lima el 20 de agosto de 1831. En esa carta se contiene un "Bosquejo comparativo", donde se exponen sus ideas personales y políticas. Dice en lo pertinente: "Chile viejo y nuevo se extiende en el Pacífico desde la Bahía de Mejillones hasta Nueva Shetland del Sur en latitud 65° Sur; y en el Atlántico desde la Península de San José en latitud 42° hasta Nueva Shetland del Sur, o sea, 23° que añadidos a 42° en el Pacífico hacen 65°, o sea, 3,900 millas geográficas, con una superabundancia de excelentes puertos en ambos océanos y todos ellos salubres en todas las estaciones". Añade: "Tampoco hay en toda la Unión una sola posesión que pueda llamarse la llave del Atlántico o del Pacífico, mientras que *Chile posee evidentemente la llave del Atlántico desde el grado 30 de latitud Sur hasta el Polo Antártico y la de todo el Gran Pacífico*".

Así era, realmente.

En conformidad a estos títulos, el Gobierno de Chile ejerció soberanía real y efectiva sobre su Antártida muchos años antes de que se iniciaran, a fines del siglo pasado, las exploraciones antárticas que culminan en la era actual.

Esa soberanía se manifestó:

1.°—A través de las actividades continuas y prolongadas de los foqueros chilenos que establecieron su base en Punta Arenas desde mediados del siglo XIX (y aun antes, en la costa), haciendo escala en Isla Decepción y otras, donde establecieron seguramente bases de temporada.

2.°—Por concesiones oficiales hechas por el Gobierno chileno a sociedades y compañías chilenas dedicadas a la caza de ballenas.



EJEMPLAR DE PERRO PARA TRINEOS, EN BAHIA MARGARITA.

3.°—Por la concesión de islas y territorios antárticos para su explotación por súbditos chilenos y extranjeros.

El Gobierno de Chile, por intermedio del Ministerio de Industrias y Obras Públicas, mediante Decreto Supremo N.° 3310, de 31 de diciembre de 1902, que lleva la firma del Presidente de la República don Germán Riesco y del Ministro del ramo señor A. Gana Urzúa, concedió en arrendamiento a don Pedro Pablo Benavides G. las islas Diego Ramírez y San Ildefonso y otras situadas al Sur y Suroeste de la Tierra del Fuego, disponiendo que se aplique en ellas la ordenanza sobre pesca de 17 de agosto de 1892. La concesión se extendía *"hacia el Sur indefinidamente"*.

A esa concesión, que implica incontestable soberanía y fué la primera otorgada en la Antártida por nación alguna del mundo, siguió la que en 1906 hizo el Gobierno chileno, bajo la administración del mencionado Presidente Riesco, con la firma del Ministro don Federico Puga Borne, a los señores Enrique Fabry y Domingo de Toro Herrera para fines de pesca y vigilancia de la soberanía chilena. Dicho decreto autorizaba la ocupación, aparte de sectores de Tierra del Fuego, "de las islas Diego Ramírez, Shetland y tierras situadas más al Sur, por el término de veinticinco años". En el preámbulo de dicho Decreto Supremo (27 de febrero de 1906, N.° 260) se lee: "teniendo presente la conveniencia de ejercer de una manera positiva la debida vigilancia sobre los bienes nacionales de aquellas regiones y el cumplimiento de las ordenanzas que rigen la pesca en los mares del Sur". El decreto obligaba a los concesionarios "a) A ejercer los actos administrativos que el Gobierno de Chile juzgue conveniente para el resguardo de sus intereses en las regiones indicadas... e) A resguardar los bienes nacionales existentes en aquellas regiones, impidiendo su explotación por terceras personas que no tengan para ello la correspondiente autorización gubernativa... f) A respetar las ordenanzas y disposiciones que el Gobierno y autoridades competentes dicten..." El ar-

tículo cuarto dice: "El Estado se reserva la facultad de fundar poblaciones conforme a las disposiciones vigentes en los terrenos a que se refiere el presente decreto".

Este decreto, como observa atinadamente el señor Pinochet en su obra citada, guarda una total analogía con la Concesión Tayler, otorgada por Dinamarca sobre la Groenlandia Oriental, documento que le valió el reconocimiento de su soberanía por la Corte Permanente de Justicia Internacional.

Con posterioridad, en junio de 1906, el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, don Antonio Huneeus Gana, presentó al Congreso Nacional un proyecto de ley que destinaba fondos para enviar una expedición exploradora de las tierras antárticas. Aun cuando el proyecto no pudo realizarse a causa del terremoto que asoló a la nación en agosto de dicho año, quedó en pie, con el concurso de todos los poderes del Estado, la afirmación de los derechos de soberanía chilena en la Antártida, que ese proyecto y los decretos y actos anteriores entrañaban.

En 7 de julio de dicho año de 1906 fué reconocida la Sociedad Ballenera de Magallanes, formada en 1905 por los señores Adolfo Andressen y Pedro A. de Bruyne y reestructurada a comienzo del año siguiente. La sociedad, convertida posteriormente en compañía, fué revitalizada por Decreto Supremo de 14 de enero de 1911, que lleva las firmas del Presidente Barros Luco y de su Ministro don Roberto Sánchez.

Las actividades de la Compañía Ballenera chilena en la Antártida fueron reconocidas y elogiadas por el doctor Charcot, según queda constancia en el libro de su expedición antártica.

Tan claros eran los antecedentes de posesión y soberanía de Chile, que el Gobierno de Noruega lo invitó a participar en la exposición polar de Bergen que debía realizarse en dicha ciudad en los meses de mayo a septiembre de 1940 (Nota al Ministerio de Relaciones chileno de 6 de junio de 1938).

En marzo de 1939, la Cancillería chilena dejó a salvo todos los derechos que Chile pudiera hacer valer sobre el territorio antártico que Noruega se atribuía en decreto de 14 de enero de 1939.

En la Conferencia de La Habana (febrero de 1940) se hizo expresa y solemne "reserva de los derechos de Chile en la Antártida".

A pesar de que Chile se encontraba prácticamente en ejercicio permanente de soberanía sobre sus territorios antárticos, su gobierno juzgó conveniente dictar un Decreto Supremo que estableciese a firme los límites de dicha soberanía, a fin de evitar conflictos posteriores. El decreto en referencia lleva el número 1747 y fué firmado por el Presidente de la República, don Pedro Aguirre Cerda, el 6 de noviembre de 1940.

Ese histórico documento dice así:

"Santiago, 6 de noviembre de 1940.

CONSIDERANDO:

Que es deber del Estado fijar con exactitud sus límites territoriales;

Que no se han precisado hasta ahora los límites del territorio chileno en la parte que se prolonga hacia la región polar denominada Antártica Americana;

Que este Ministerio dejó públicamente constancia, en 1906, de que la delimitación del referido territorio era materia de estudios iniciados, pero todavía no completos;

Que el actual estado de tales estudios permite tomar ya una determinación al respecto;

Que la comisión especial, nombrada por Decreto de este Ministerio N.° 1541, de 7 de septiembre de 1939, ha establecido los límites del Territorio Chileno Antártico en conformidad a los datos que suministran los antecedentes geográficos, histó-

ricos, jurídicos y diplomáticos compulsados y que se han venido acumulando hasta la fecha,

DECRETO:

Forman la Antártica Chilena, o Territorio Chileno Antártico, todas las tierras, islas, islotes, arrecifes, glaciares (pack-ice) y demás, conocidos y por conocerse, y el mar territorial respectivo, existentes dentro de los límites del casquete constituído por los meridianos 53° longitud Oeste de Greenwich y 90° longitud Oeste de Greenwich.

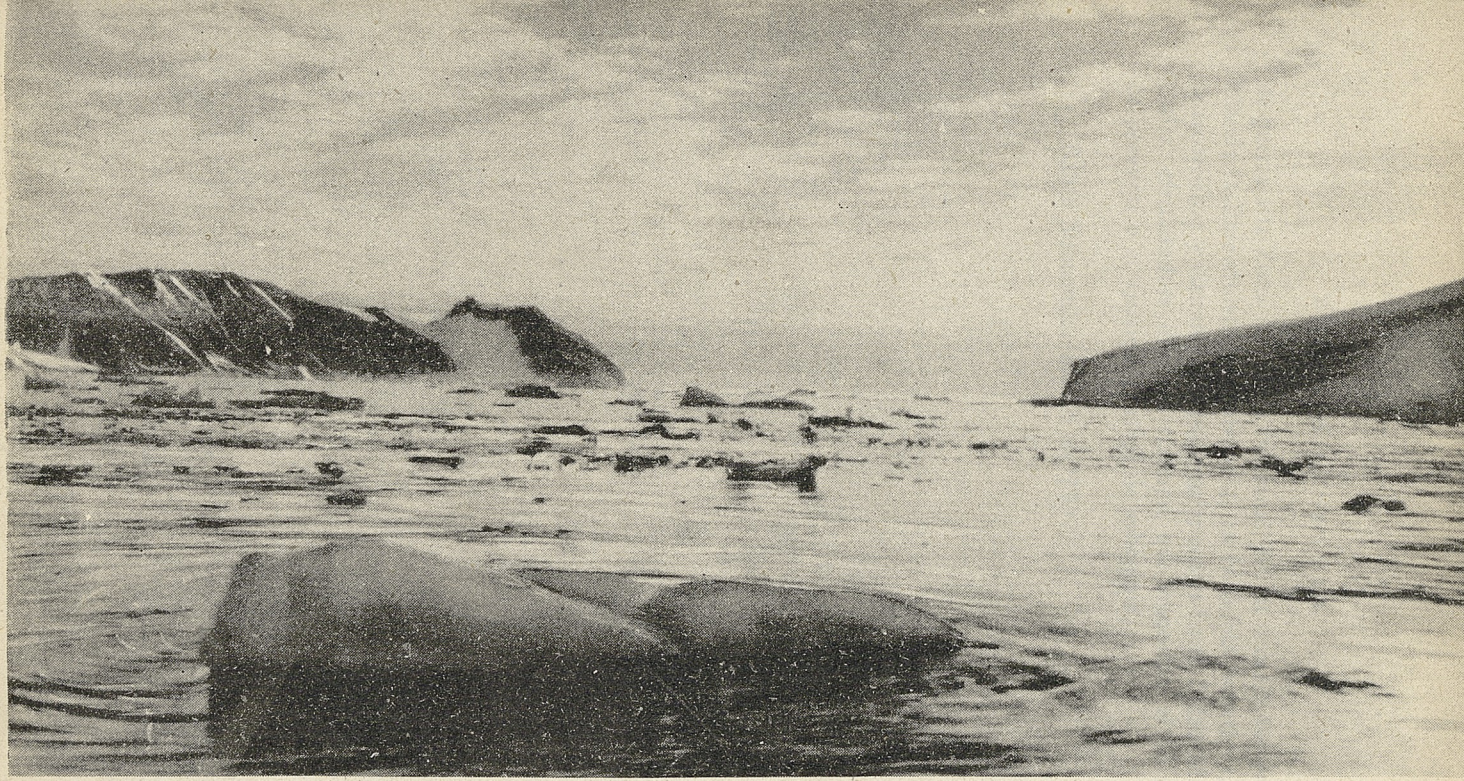
Tómese razón, comuníquese, publíquese e insértese en el Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno.—AGUIRRE CERDA.— *Marcial Mora M.*"

Comunicado a todas las cancillerías del mundo y divulgado ampliamente en la prensa chilena y extranjera, no fué objeto de ninguna rectificación extranjera válida.

Justo parece mencionar que en la defensa de los intereses chilenos en la Antártida ha correspondido especial participación al profesor don Julio Escudero Guzmán, al Asesor Geofísico del Ministerio de Defensa Nacional, capitán de navío don Enrique Cordovez Madariaga, y al abogado y funcionario del Ministerio de Relaciones de Chile don Oscar Pinochet de la Barra.

A los antecedentes anteriores debe agregarse la Expedición Militar, Intelectual y Científica a la Antártida Chilena que en los navíos de guerra de la República fragata *Iquique* y transporte *Angamos* se efectuó en 1947, bajo el mando del comodoro Guezalaga y de los capitanes de fragata González Navarrete y Rojas Parker, por acuerdo del Presidente de la República, don Gabriel González Videla, y su Ministro de Defensa Nacional, don Manuel Bulnes Sanfuentes.

Esta expedición es la primera efectuada por una escuadrilla



DIA DE CALMA EN BAHIA ISLA NENY.

de guerra a la Zona Antártica Nacional. En su decurso fué establecida la Base chilena de Soberanía, en la Bahía Soberanía, y se recorrieron y visitaron las principales costas hasta Bahía Margarita, efectuándose diversos trabajos que importan el ánimo de posesión y el ejercicio normal de soberanía.

Bahía Soberanía, marzo de 1947.

E. O. V.

PORVENIR DE LA ANTARTIDA

I

No se requiere ciertamente de visión extraordinaria, de aquella visión que la antigüedad atribuía a los poetas, concediéndoles el don de adivinar con el título de vates, para prefigurarse lo que la Antártida Sudamericana y particularmente la Chilena han de representar en lo futuro. El avance del hombre en los perfeccionamientos de orden técnico y material —ya que en las vías del espíritu, en el ordenamiento social y moral atraviesa por la mayor crisis que haya experimentado en los dos últimos milenios— tiende a dar al espacio y al tiempo ritmo distinto; vale decir, dejando de mano expresiones impugnables desde ciertos puntos de vista *científicos*, que avanzamos con un aceleramiento que acorta las distancias de modo vertiginoso y concede al hombre capacidades y posibilidades que nuestros abuelos difícilmente hubieran llegado a imaginar. No somos más en rigor, pero podemos más; hemos alcanzado honduras en la especialización a expensas del conocimiento general; poseemos calidades y armas capaces de conducir a la desintegración y al caos, si no se las coordina, pero susceptibles de preparar nuevas vías, de integrar, de posibilitar una nueva constitución de la sociedad y de las relaciones generales entre los pueblos y los hombres, si se encuentran organizadores capacitados, si se logra imponer un sentido de disciplina general y particular.

La humanidad se aproxima a la *hora cero*; a la hora y punto en que el hombre pueda decidir de su destino colectivo. Esa decisión determinará una nueva etapa de inauditos progresos, porque seguramente se hará en el sentido más favorable, que la especie tiene reservas que en último término actúan en pro de la conservación. Ello sólo podría entenderse, rectamente, en el sentido de coordinar, organizar, armonizar, disciplinar.

Es en este supuesto que podría intentarse una prefigura-

ción del porvenir del mundo y, dentro de él, avizorar nuestro futuro como unidad de continente, como unidad de pueblos, como patria y nación en su realidad primaria.

Todo tiende a la unidad general americana. Cuando en 1933, con anterioridad a la doctrina de Buena Vecindad del Presidente Roosevelt, di en la Universidad de Chile una conferencia, impresa en sus *Anales*, acerca de *Los Problemas de la Unificación Americana*, mis oyentes jóvenes aplaudieron y la gente madura sonrió, condescendiente. Preveía entonces que la América Ibera y la Sajona se coordinarían, llegando a cierta especie de confederación, sobre la base de una organización general de la economía y de la defensa del continente; preveía que sería parte de ese coordinamiento la unión o federación de grupos de países (los bolivarianos, que un día compusieron la Gran Colombia; Chile, Argentina y Uruguay, en otro grupo; los pueblos de la América Central, etc.).

Algo de lo que hiciera sonreír se ha realizado en menos de tres lustros.

Las integraciones locales tienden a producirse, que no otra cosa es, en su fondo, el Tratado Chileno-Argentino de 1946, destinado a coordinar las economías de ambos países y a suprimir, por etapas progresivas, las fronteras económicas que los separaban. De ese entendimiento a la federación de dos o más pueblos (Chile, Argentina, Uruguay y Paraguay en el presente caso) no hay excesiva distancia. Aun cuando los chauvinistas, faltos de perspicacia, se opongan acá y allá, no parece despropósito prever ésas y otras derivaciones de mayor consecuencia, sin que ello importe la pérdida de las características íntimas de cada pueblo. Chile seguirá siendo Chile y no se anularán las cualidades fundamentales de sus hijos; continuará siendo, en una federación de países, en una confederación continental y aún en toda posible organización futura del mundo. Las particularidades geográficas, raciales, de herencia y de historia

no se modifican por acuerdos ni decretos; pero los pueblos sí se pueden unir y armonizar por acuerdos y decretos cuando éstos obedecen a leyes económicas y a factores difícilmente eludibles.

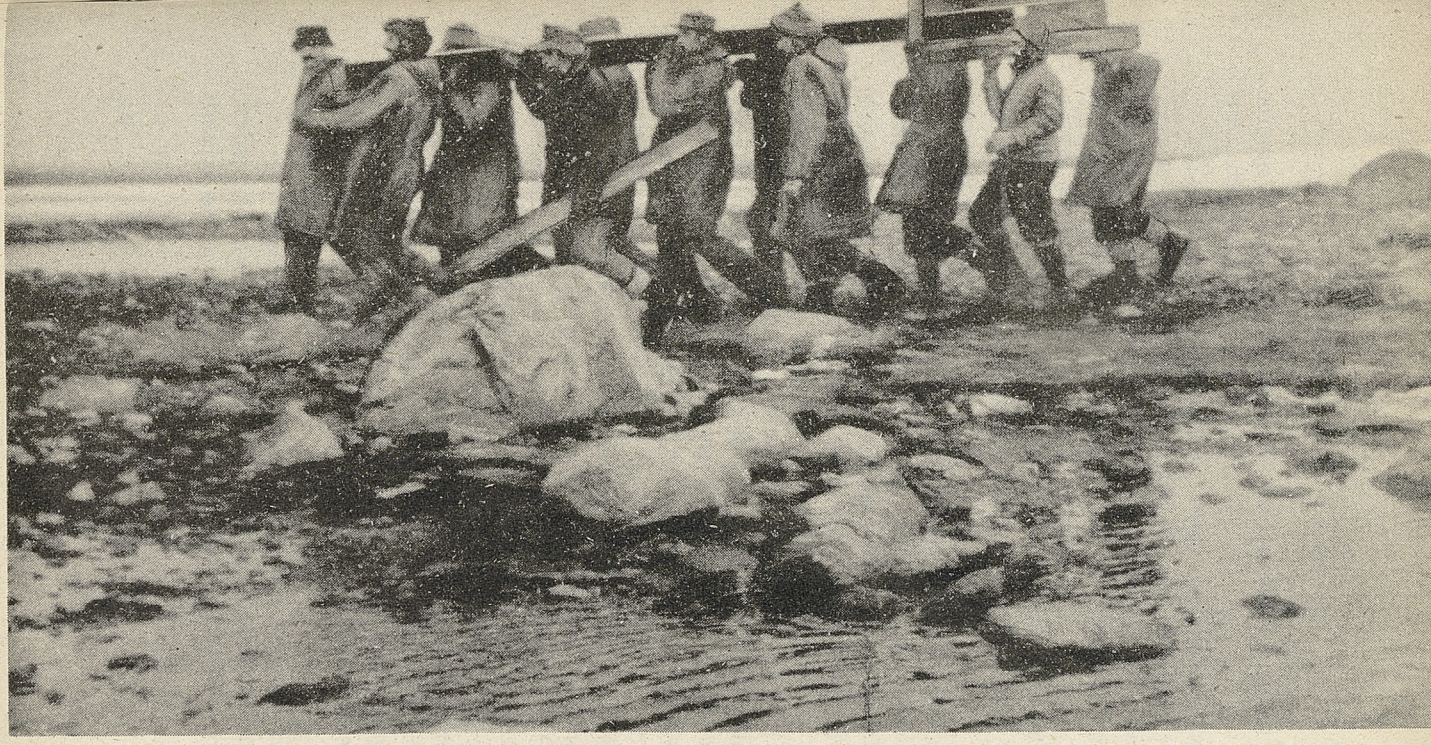
La concertación de un conjunto continental exige, sin embargo, para que tenga eficacia, sacrificios locales y reconocimiento de principios que condicionan el éxito en cierto modo. Así Estados Unidos tendrá que tratar a nuestros pueblos en pie de igualdad, sobre bases de mutuo respeto, porque si es fácil encontrar gobernantes venales, resulta imposible hallar pueblos títeres. La necesidad de entendernos mejor con nuestros hermanos del Norte nos obligará a buscar, previamente, formas de entendimiento iberoamericano.

II

Tornemos a la Antártida.

Nuestra Antártida Sudamericana, la chilena y la argentina, como la que corresponda a Estados Unidos, quedará bajo el dominio exclusivo del Continente, recayendo en cada uno de sus legítimos propietarios su usufructo, o, al menos, una parte considerable y proporcionada de su usufructo. Una lógica elemental nos dice que Estados Unidos tiene interés próximo —e interés futuro mucho más evidente— en que lo perteneciente a América sea de América, y América no es sólo Estados Unidos. América es también Chile, Argentina y los pueblos todos que integran el mundo de Colón.

Antártida —el Sexto Continente— es la reserva económica del planeta. En su seno, en la vastedad de sus tierras y de sus cadenas sumergidas, existe, probablemente, tanta riqueza en minerales de todo orden como la contenida en el resto del mundo conocido, habida cuenta de su virginidad frente a una explotación de siglos, que no ha logrado agotar sino en parte



TRANSPORTANDO LA PRIMERA CRUZ DE LA ANTARTIDA.

mínima lo ubicado, aparte de lo científicamente previsto en los otros continentes.

Las primeras explotaciones serán, desgraciadamente, de carácter estratégico. Estados Unidos extraerá el uranio y otros minerales de importancia similar o complementaria, que más de alguno habrá de descubrirse (y tal vez permitirá que sus aliados los aprovechen en cierta medida).

Vendrá, después, la explotación meramente económica, de acuerdo con planes coordinados que cubran una vasta red de necesidades e intereses.

Esa doble explotación determinará el establecimiento de bases estratégicas, de observatorios científicos, de puertos, ciudades, usinas gigantescas; poblará de vida humana las inmensas tierras desérticas que la nieve cubre y en donde una pléyade de exploradores artistas sintieron la fuerza infinita de esa divina soledad que estamos conociendo los miembros de la Primera Expedición Chilena. El silencio y la soledad se alejarán hacia el Sur, hacia el Polo Austral, pero ni las energías del hombre ni la humana ambición lograrán anularlos. Sólo las fuerzas de la naturaleza pueden modificar a la naturaleza.

En ese panorama de actividad, en que intervendrán máquinas que todavía no existen y leyes físicas aun no descubiertas, tendrá Chile su sitio. La naturaleza lo favoreció; factores andinos, geográficos, históricos y económicos le dieron características que actúan en la médula de su raza; sus títulos, respaldados en el Derecho de Gentes, son de tan clara limpieza que ningún tribunal jurídico internacional podría desconocerlos. A la sombra de esos títulos, de la voluntad de sus hijos y de su futura potencia, podrá reivindicar lo que le pertenece cuando fuere necesario.

No esperemos que eso ocurra en época próxima. Estamos trabajando para el porvenir, creando y sembrando para las futuras generaciones. Si algún mérito hay en la misión que uni-

dos desempeñamos militares y civiles, científicos, intelectuales y técnicos, reside en la certidumbre de que nuestra labor no ha de aprovecharnos personalmente, en lo que aventajamos a algunos descubridores de la época heroica.

III

Aun podemos mirar más lejos. Aun podemos dirigir los ojos de la imaginación a distancias remotas. El tiempo ya no tiene orilla ni límites para los buenos buceadores.

Y sin divorciarnos del criterio científico, más bien basándonos en él, podemos prefigurarnos una Antártida de clima tibio, rica de tierras feraces que calentará por enero el sol de media noche, poblada de hombres que serán mejores que nosotros y a los que corresponderá la suerte de vivir en una sociedad más justa, más organizada y pacífica que aquella en que vivieron sus remotos abuelos.

Bahía Soberanía, febrero 18 de 1947.

Eugenio Orrego Vicuña

(*Aurora Antártica*, revista del *Angamos*, número 1.)

ACTA DE FUNDACION DE LA BASE ANTARTICA CHILENA DE SOBERANIA

"Por orden del Gobierno de la República de Chile, la que constituye una forma más y una manifestación de efectivo ejercicio de los derechos de la misma República sobre el Territorio Chileno Antártico determinado por Decreto del Ministerio de Relaciones Exteriores N.° 1747, de fecha 6 de noviembre de 1940, a las 16,00 horas del día 6 de febrero de 1947, el subscrito, capitán de navío de la Armada Nacional, don Federico Guezalaga Toro, venido en viaje oficial a la Antártida Chilena, al mando de la Flotilla compuesta por las naves de la Armada de Chile "Iquique" y "Angamos", comandadas, la primera por el capitán de fragata don Ernesto González Navarrete y la segunda por el capitán de fragata don Gabriel Rojas Parker, a 62° 30' de latitud Sur y 59° 41' de longitud Oeste de Greenwich, en la Isla Greenwich, procedió a inaugurar oficialmente la nueva Estación Meteorológica y Radiotelegráfica de propiedad del Gobierno de Chile, denominada Soberanía, que en el mismo sitio ha sido erigida, y frente a la cual, en el asta correspondiente, se izó la bandera nacional, pintándose, además, sus colores sobre la cubierta metálica exterior de la construcción.

"Para constancia, en la ceremonia inaugural de esta fecha se lee y firma, por los circunstantes nombrados y demás testigos invitados a ello por el jefe de la flotilla, la presente Acta Formal, en triple ejemplar, de los cuales uno queda enterrado en el punto céntrico de la sala principal de la nueva Estación Soberanía, otro será colocado en condiciones adecuadas para su visibilidad y conservación en el sitio preferente de la misma sala y el tercero será entregado personalmente en Santiago a Su Excelencia el Presidente de la República por el jefe de la Expedición, a su regreso a la capital.

"El izamiento de la bandera nacional se efectuó con honores militares, a continuación de lo cual los firmantes y testigos pre-

senciales entonaron el Himno Patrio y pusieron término al acto con tres descargas de fusilería y un viva Chile.

Federico Guezalaga Toro
Capitán de Navío

Gabriel Rojas P.
Capitán de Fragata

Ernesto de la Fuente F.
Capitán de Corbeta

Ernesto González N.
Capitán de Fragata

Juan Bascopé G., teniente 1.°; *Emilio Macera de la R.*, capitán de corbeta ingeniero: *Exequiel Rodríguez S.*, capitán de corbeta; *Raúl del Canto M.*, capitán de corbeta ingeniero; *Sergio López A.*, teniente 1.°; *Mario Ibar P.*, teniente 2.°; *Humberto Tenorio I.*, teniente 2.°, aviador; *Fernando Serrano R.*, teniente 1.°, cirujano; *Fernando Ferrer F.*, teniente 2.°; *Norberto Traub*, teniente 2.°, contador; *Pedro Montecinos C.*, suboficial artillero; *Maurice Poisson E.*, subteniente; *Jorge Skarmeta S.*, subteniente; *Oreste Maldifassi T.*, subteniente; *Abraham Basulto V.*, suboficial mecánico; *Carlos Dovizio P.*, sargento 1.°, electricista; *Manuel Vinett O.*, sargento 1.° de mar; *Gerardo Pereira Q.*, suboficial de máquinas; *Raúl Ramos P.*, sargento 1.°, señalero; *Carlos Fierro F.*, sargento 1.°, torpedista; *Juan Alvarez M.*, sargento 2.°, D. C.; *Camilo Reyes M.*, sargento 2.°, navegante; *Armando Soto B.*, sargento 1.°, mayordomo; *Agustín del Pozo*, sargento 2.°, enfermero; *José Heller J.*, cabo 2.°, carpintero; *Juan Rebolledo R.*, cabo 1.°, escribiente; *Julio Ripamonti B.*, arquitecto; *Rubén Faúndez*, sargento 2.°, R. T.; *Hernán Correa R.*, cameraman DIC; *Juan Bazo C.*, cabo 2.°, administración". (*).

(*) Todos los firmantes del acta que antecede, con excepción del comandante del transporte *Angamos*, capitán Rojas Parker, formaban parte de la dotación y pasaje de la fragata *Iquique*.



LEVANTANDO LA PRIMERA CRUZ DE LA ANTARTIDA, EN PUERTO SOBERANIA.

ACTA INAUGURAL DE LA CRUZ ANTARTICA

En Puerto Soberanía, latitud . . . y longitud . . ., del Territorio Chileno Antártico, a 19 días del mes de marzo de 1947, levantamos solemnemente esta CRUZ CRISTIANA, símbolo de Paz y Justicia entre los pueblos.

Comodoro Federico Guezalaga T.
Comandante Gabriel Rojas Parker.
Eugenio Orrego Vicuña.
Carlos Oliver Schneider.
Humberto Barrera.
Pablo Estay.
Oscar Pinochet de la B.
Arturo Larraín.
Hernán Correa.
Teniente David Maidl.
Teniente Arturo Troncoso.
Teniente Guillermo Aliaga.
Capitán Oscar H. Rosseau.
Teniente Constantino Fraguio.
Comandante Enrique Byers.
Mayor Sebastián Carbonell.
Raúl Bahamondes.
Teniente Jorge González.
Julio Ripamonti.
Pedro Peña y Lillo.
Enrique Torrealba.

DISCURSOS DE EUGENIO ORREGO VICUÑA

I

En la inauguración de la Cruz Antártica, en Puerto Soberanía, el 19 de marzo de 1947.

Desde hace dos mil años cae sobre el mundo una luz que viene desde el fondo de los tiempos, una luz cuyo anuncio gozoso se pierde en la noche de la historia y encuentra en los profetas de los pueblos antiguos, en tierras de Egipto, en el mar de los fenicios, en la India, en la Grecia sonriente y en la Roma imperial, su misterioso prólogo. Antes fué el mundo pagano en que los hombres constituían en dioses a los hombres, y después el mundo cristiano en que un Dios, el Dios único y eterno, se hizo hombre para traer su Mensaje de fraternidad, de igualdad, de tolerancia y de paz.

Sólo en parte ha sido escuchado ese mensaje y no se hará carne y substancia en los humanos hasta que encuentren el camino de la propia humanización.

Entre tanto, en el transcurso de estos dos milenios, el cristianismo ha ido desarrollando una cruzada sin término, esparciendo por la tierra dura una siembra de amor. A su amparo han florecido las culturas y evolucionado la civilización. Su símbolo, el símbolo cristiano que nos señala el camino del propio sacrificio y de las superiores abnegaciones, ha sido plantado en los diversos continentes, en los lugares y pueblos a donde llegaran sus enviados.

Los españoles lo trajeron a nuestra América en las carabelas de Colón y se paseó con los pendones de Castilla por las aguas del Mar del Sur, por el Estrecho que un día descubrió

Magallanes, por las sedes de los virreinatos y capitanías en donde se afirmó la unidad de su cultura.

Y cuando a nuestro turno, en faenas de construcción y de paz, personeros de Chile han traído su bandera a la Antártida, es justo que en la primera región que nuestra permanencia cubre se la erija con toda la hondura de su contenido espiritual.

Aquí quedará, desafiando los huracanes, las inclemencias, la soledad, la intolerancia, la humana presunción. Quedará, como la mejor expresión de nosotros mismos, en mensaje de buena voluntad.

II

Palabras en "Radio Polar", de Punta Arenas, el 26 de marzo de 1947.

El regreso a la patria, a Chile Continental, como nosotros le llamamos, para distinguirlo del Chile Antártico en que acabamos de vivir una hermosa empresa de soberanía y exploración, tiene sabor de fiesta. Se siente cómo las campanas tocan a gloria. A gloria y a paz.

Justo me parece, al tomar contacto con nuestros compatriotas del Estrecho, recordar con devoto homenaje al Libertador O'Higgins, visionario supremo de Magallanes, cuya mirada se dirigía al Sur, siempre al Sur, orientando los caminos de su pueblo. El fué el primero que extendió los límites de Chile hasta más allá de las Shetland, que yo he rebautizado con el nombre de Archipiélago Prat. Más allá del Cabo de Hornos estaba la Terra Australis de Carlos V, que él prefiguró como nuestra.

¡Saludemos su memoria!



CEREMONIA INAUGURAL DE LA CRUZ DE SOBERANIA.

III

En la Municipalidad de Punta Arenas, el 31 de marzo de 1947.

Señor Intendente.
Señor Alcalde.
Señores Regidores.
Señores:

Alegres han flameado para nosotros las banderas del regreso. Cumplida la misión, ejecutada en la medida de lo posible la tarea que a todos nos confiaron, nos hallamos entre ustedes, en esta noble ciudad de Punta Arenas, que es la avanzada de Chile continental, la región del duro esfuerzo, llamada a porvenir extraordinario de trabajo y riqueza, de siembra y de logro, en los tiempos que se avecinan.

No nos toca a nosotros elogiar esta Primera Expedición Oficial a la Antártida Chilena, ni decir lo mucho que podríamos en homenaje al comodoro Guezalaga y a todos sus colaboradores del *Angamos* y la *Iquique*, siempre listos en el deber, siempre de pie en el peligro, que, de capitán a paje, de comandante a guardiamarina, de suboficial a marinero, mostraron las virtudes de nuestra Marina de Guerra.

Aviadores y militares supieron, también, colocarse a la altura de sus nobles tradiciones.

Y los civiles, los profesores universitarios, los abogados, los médicos, los escritores, los representantes de la prensa metropolitana y de la extranjera, conjuntaron su esfuerzo armoniosamente, en servicio de la ciencia, que es de todos, y de la patria, que es nuestra. Nos honra el honrarla y nos llena de orgullo legítimo la posibilidad de haber hecho algo en su beneficio, siquiera sea poco y pobre.

Esta Primera Expedición, por las consecuencias futuras, por las posibilidades que entraña y las realidades a que diera fundamento, llenará un capítulo en nuestra historia.

Señores miembros de la I. Municipalidad: la cordialidad con que habéis recibido a los expedicionarios de Chile Antártico muestra hasta qué punto los chilenos se hallan unidos en el ideal común y conscientes de sus deberes y derechos.

Nos alienta la certidumbre del futuro. La empresa es vasta, pero en la faena de cumplirla todos nos esforzaremos.

En nombre de las Comisiones Civiles que integraron la Expedición, os agradezco vuestra benévola acogida.

IV

En la tumba del capitán Andressen, en el Cementerio de Punta Arenas, el 1.º de abril de 1947.

Señores Comodoros.
Señor Alcalde titular.
Señor Alcalde en ejercicio.
Señores.

Nos encontramos reunidos en esta ceremonia, cuya solemnidad se refleja en los rostros de todos nosotros, para rendir homenaje al capitán nacionalizado chileno don Adolfo A. Andressen.

Vinculado a la historia misma de la Antártida, en cuyos mares transcurrió lo más hazañoso de su vida, correspondió a este varón admirable la honra de colocar la primera bandera chilena en el dominio de nuestro cuadrante geográfico polar. Fué en la Isla Decepción, centro de las actividades de la Compañía Ballenera de Magallanes, en 1906.

Debía esa fecha tener con el tiempo extraordinaria importancia, pues antecedió en dos años al primer intento de dominio de un país extranjero en aquellas regiones.

Desde el día en que colocara nuestra insignia suprema, quedó de hecho establecida la soberanía de Chile en la Antártida, soberanía que el Gobierno Nacional venía ejerciendo, por medio de decretos y convenios que suponían título jurídico, desde comienzos del siglo.

Andressen fué hombre de mar, de aventura y de hazaña. Sus naves —el *Gobernador Bories*, el *Almirante Valenzuela*, y tantas otras— se pasearon por las aguas australes durante más de un cuarto de siglo. Su vida toda corrió en lucha con las ballenas, cuando el cazarlas tenía la aureola del peligro. He dicho, también, de hazaña, pues, aparte de aquello, debe recordarse el rescate del barco *Telephon*, elogiado por el ilustre Charcot en su historia del *Pourquoi-Pas?* A lo cual ha de agregarse que, en concepto del explorador francés, el éxito que éste tuviera en su Expedición de 1908 y 1909, se debió en no poco a la generosidad del jefe de la Flotilla Ballenera Magallánica.

Señores:

De regreso de la Antártida, los chilenos que tuvieron el honor de integrar la Primera Expedición Oficial de Chile han venido hasta esta tumba humilde, por tantos años olvidada, a rendir homenaje al valeroso y digno capitán Andressen. Le hemos traído la bandera de Chile, esa bandera que él plantara un día en el mundo antártico. Y al dejarla en el camposanto, entregamos su sepulcro a la piadosa custodia de la ciudad de Punta Arenas.



PICACHO EN LAS COSTAS DE BAHIA SOBERANIA.

V

En el Regimiento Caupolicán, el 20 de abril de 1947.

Señor General, jefe de la Cuarta División.
Señores Comandantes.
Señores oficiales y compañeros.

Regresar a la patria, después de haber cumplido la tarea que correspondió a la Primera Expedición Antártica Chilena, es ciertamente una fiesta del espíritu. Regocija el ánimo y reanima nuestras encendidas ansias de chilenidad ver cómo el país responde al esfuerzo y se cubre de banderas y de fe, desde la zona del extremo Norte, subtropical, hasta el casquete mismo del Polo, en cuyas cercanías, a distancia geográfica relativa, flamea ya nuestro pabellón.

Es para todos augurio de días mejores. Es como si Chile renaciese en su gloria antigua para intentar superarla. Fuimos antes con O'Higgins, Vicuña Mackenna y Prat. Somos menos, pero seremos más, muchísimo más, cuando este despertar de nuestra raza adquiera su sentido profundo.

El Cóndor está abriendo las alas.

Nada quiero deciros de lo hecho, que sería autoelogio por la parte modesta que corresponde a los técnicos, profesores, investigadores y sabios, miembros en su mayoría de la Universidad de Chile, que tuve el honor de representar oficialmente. ¿Pero cómo callar el elogio cálido y silenciar el inmenso esfuerzo realizado por nuestros marinos, por los miembros del Ejército de Chile y de las Fuerzas Aéreas de la Nación? Para ellos sea mi aplauso, y mi gratitud para vosotros, por este espléndido agasajo.

De nuestro comandante, como, seguramente, del distinguido jefe de la fragata *Iquique* y del comodoro Guezalaga, pudiera

decirse que durante meses durmieron con los ojos abiertos. Y así de la oficialidad, de los hombres todos que tripulan el *Angamos*, nuestro buque insignia. Cabría repetir de Rojas o de González, siempre de pie sobre sus puentes, lo que dijera el poeta del toqui Caupolicán: "Lo vió la luz del alba, — lo vió la luz del día, — lo vió la tarde pálida, — lo vió la noche fría"...

Acaso mañana podamos afirmar otro tanto de cada pionero, en las distintas actividades del trabajo y de la ciencia, a lo largo de nuestra costa, que abarca ya la mitad del mundo.

Señores.

La misión que la patria encomendó a su Primera Expedición Antártica ha quedado cumplida. Cabe concretar la obra hecha en pocas palabras: Chile recobró sus fronteras geográficas de la época preglaciar, aumentando su territorio diez veces.

Siguiendo la dirección del brazo extendido del libertador O'Higgins —¡Al Sur, siempre hacia el Sur!—, hemos obedecido su mandato.

DISCURSO DEL COMODORO DE LA FLOTILLA ANTARTICA CHILENA, CAPITAN DE NAVIO (N) SEÑOR FEDERICO GUEZALAGA TORO, EL 6 DE FEBRERO DE 1947, EN PUERTO SOBERANIA

Con el sentido fervor, la íntima satisfacción y la natural emoción que acompaña todo acto de profunda significación nacional, damos cumplimiento hoy al honroso mandato del Supremo Gobierno de la República y que constituye la razón primordial del viaje de la Flotilla a nuestra tierra antártica.

Como lo hemos palpado, Chile entero nos acompaña y nos alienta en el sentido de nuestra misión, y nuestros compañeros de armas, a no dudarlo, envidian nuestra buena suerte. La unidad nacional con estos territorios, asentada en la geografía eterna y en la fuerza indiscutible de los derechos de cuatro siglos, fué ya claramente definida por nuestro prócer máximo, el general Bernardo O'Higgins, en histórica carta dirigida entonces a su amigo el capitán Cochlan, de la Real Armada Británica. En ella se expresa en síntesis:

"Chile, viejo y nuevo, se extiende en el Pacífico hasta Nueva Shetland del Sur, en latitud 65° Sur."

La voz escrita del iluminado general tuvo un siglo más tarde su eco patriótico en un decreto del entonces Presidente de la República, Excmo. señor Pedro Aguirre Cerda, decreto que definió con precisión los límites de nuestros derechos.

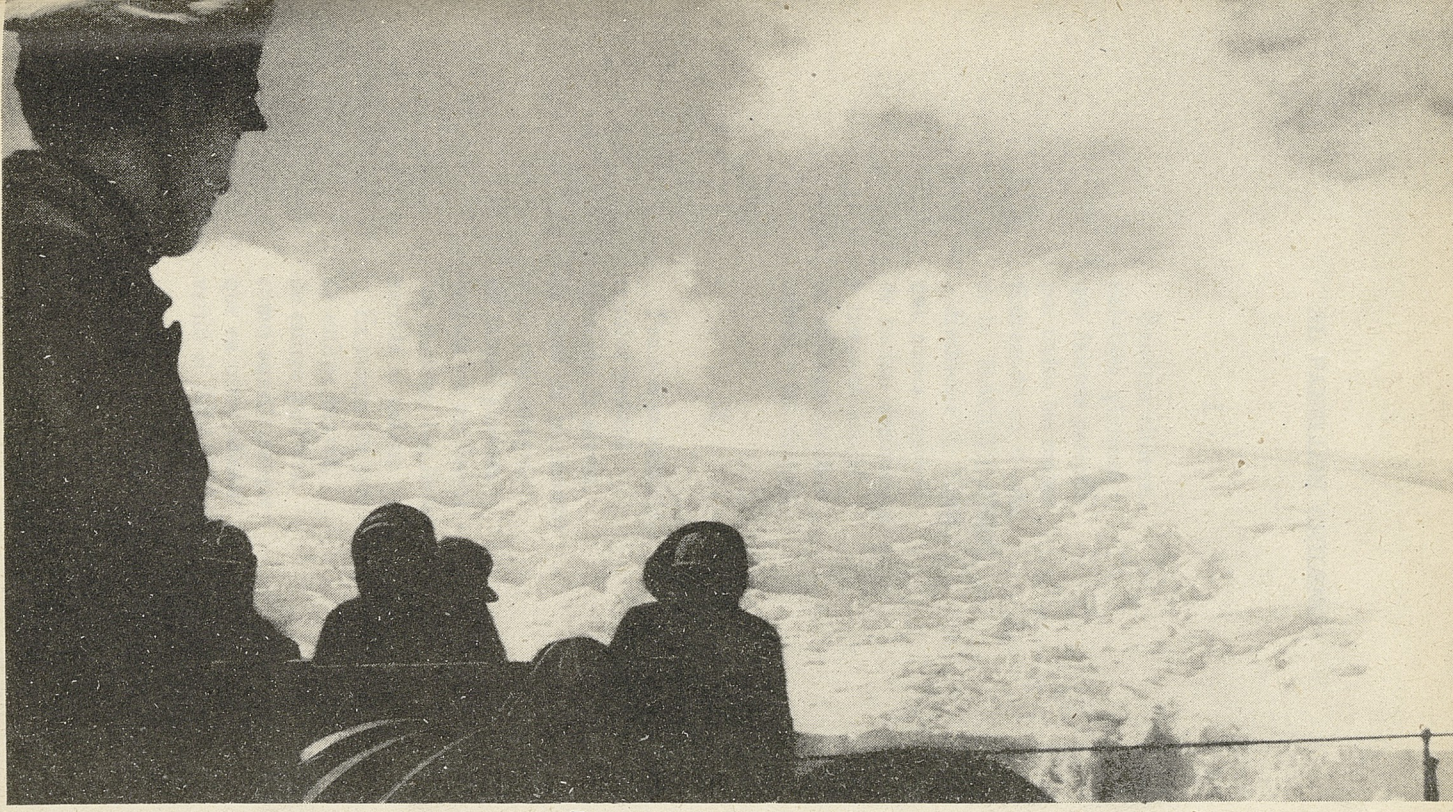
Toca ahora a nosotros, Marinos de Chile, por una de esas veleidades afortunadas con que el destino suele favorecer, dar cima en el hecho a la inspiración de Dios y de los hombres, permitiéndonos enclavar aquí nuestro pabellón (*) y entonar nuestro Himno Patrio con la unción más profunda y el

(*) La bandera de Chile fué izada en Soberanía, en solemne ceremonia, el 6 de febrero de 1947, por el comandante de la fragata IQUIQUE, capitán de fragata (N) señor Ernesto González Navarrete.

propósito más firme de que mientras haya un buque en el mar en cuya popa flamee nuestra bandera, no habrá más que un sólo Chile, de Arica a la Antártida, el de la unidad indestructible señalada por la estrella de nuestra insignia máxima.

Con ello habremos cumplido con nuestro deber.

(De JOLIETTE N.° 5. Soberanía, domingo 9 de febrero de 1947.)



FONDEANDO ENTRE GLACIARES.

AL PABELLON CHILENO

I

Bandera chilena,
pabellón glorioso
que fuisteis paseado
por todos los mares,
flameando en el asta
de la "BAQUEDANO".
Emblema de Chile
que nunca supisteis
de hechos desdorosos,
y tampoco nunca
tu sombra gloriosa
cubrió a los tiranos.

II

Pendón sacrosanto,
tricolor pedazo
formado de nieves,
de azul de horizontes
y de rojo sangre,
de sangre gloriosa
vertida en los cerros,
los montes, los llanos,
vertida al océano.
Es sangre tu sangre
de estirpe bravía,
de estirpe guerrera,
como aquella sangre
que en otras edades
vertió el ARAUÇANO.

III

El cóndor un día
subió hasta los cielos
y del valle inmenso
de añil y silencio
arrancó una estrella,
y allí, en el pedazo
de azul horizonte,
la enclavó por siempre;
voló hasta un picacho
por sobre las nubes,
dominando el llano;
se posó en la cumbre
de enhiesta atalaya
y gritó, tronando
su voz en los valles,
en todo el desierto,
y a lo largo todo
de la gran ribera
que baña azotando
el vasto océano:

IV

"El Señor os deja
prendida esa estrella
para que, al mirarla,
recordéis que todos,
todos los chilenos,
sois un pueblo solo,
sois un pueblo hermano"...

OSCAR H. ROSSEAU
Capitán de corbeta y jefe de la delegación naval argentina.

("*Joliette*", revista de la *Iquique*.)

PLANA MAYOR DE LA EXPEDICION

COMODORO: Capitán de Navío Federico Guezalaga Toro.

COMANDANTE DEL TRANSPORTE "ANGAMOS": Capitán de Fragata Gabriel Rojas Parker.

COMANDANTE DE LA FRAGATA "IQUIQUE": Capitán de Fragata Ernesto González N.

JEFES Y OFICIALES DEL TRANSPORTE "ANGAMOS"

SEGUNDO COMANDANTE: Capitán de Corbeta Federico Bonert Holzapfel.

INGENIERO: Capitán de Corbeta Carlos Kaiser Hayler.

CONTADOR: Capitán de Corbeta Carlos Núñez Vergara.

OFICIAL DE NAVEGACION: Teniente 1.° Custodio Labbé Lippi.

TENIENTES 1os.: Ramón Aragay Boada (Comunicaciones). Raúl Barría Mejía (Dentista).

TENIENTES 2os.: Arturo Troncoso Daroch (Oficial de Armamento). Guillermo Marchant R. (Ingeniero).

SUBTENIENTES: David Maydl Guardia. Cristián Storacker Pozo y Marcos Ortiz Gutmann, Ayudantes.

JEFES Y OFICIALES DE LA FRAGATA "IQUIQUE"

SEGUNDO COMANDANTE: Capitán de Corbeta Alberto de la Fuente F.

AYUDANTE DE OPERACIONES: Capitán de Corbeta Exequiel Rodríguez.

INGENIEROS: Capitanes de Corbeta Emilio Macera de la R. y Raúl del Canto M.

OFICIAL DE NAVEGACION: Teniente 1.° Juan Bascopé Guzmán.

OFICIAL DE MAR: Teniente 1.° Rubilar.

TENIENTES 1os.: Sergio López y Fernando Serrano R. (Cirujano).

TENIENTES 2os.: Mario Ibar P., Fernando Ferrer, Norberto Traub (Contador).

SUBTENIENTES: Maurice Poisson E., Jorge Skarmeta S. y Oreste Maldifassi.

SUBOFICIALES DEL TRANSPORTE "ANGAMOS"

José Peñaloza (Mecánico); Juan Lara B. (Máquinas); Armando Morales S. (Máquinas); Luis Candia U. (Mayordomo); Pitágoras Soto (Electricista); Juan de la Cruz Sáez (Contramaestre); y Andrés Arriagada (Radiotelegrafista).



CERROS Y NIEVE.

REPRESENTANTE OFICIAL DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE: Eugenio Orrego Vicuña.

CIENTIFICOS: Carlos Oliver Schneider, naturalista, geólogo y escritor, director del Museo de Concepción. Parmenio Yáñez, Juan Lenguerich, biólogos (Universidad de Chile). Guillermo Mann, biólogo (Ministerio de Agricultura). Humberto Barrera, glaciólogo (Universidad de Chile). Enrique Torralva y Raúl Bahamondes, meteorólogos (Observatorio Meteorológico de Chile). Millán Toro Rojas, meteorólogo (aviación). Próspero Madrid, topógrafo (Instituto Geográfico Militar). Eusebio Flores, geógrafo (Instituto Geográfico Militar). Louis Robin, biólogo y etnólogo (Instituto del Hombre, Francia).

Como ayudantes prácticos de la rama de Biología Marina (Universidad de Chile): Carlos Kaboll, piloto ballenero, y Pedro Brant Solar, pescador.

ESCRITORES Y PERIODISTAS: Enrique Bunster, Francisco Coloane, Oscar Pinochet de la Barra (Ministerio de Relaciones Exteriores), Guy Walrand (France Presse), Pablo Estay ("La Nación", de Santiago), Jenaro Medina ("Vea", de Santiago), Oscar Vila Labra (DIC).

MEDICOS: Jorge Greve (cirujano), Arturo Larraín (médico andinista).

ARQUITECTO: Julio Ripamonti Barros (Ministerio de Defensa Nacional).

FILMADORES: Hans Helfritz (DIC), Hernán Correa R. (DIC), Pedro Peña y Lillo.

NOMINA DE LAS MISIONES MILITAR, AEREA Y NAVAL

MISION MILITAR: Mayor Pablo Ihl, geodesta y jefe (Instituto Geográfico Militar). Mayores Raúl Silva M. y Sebastián Carbonell (Estado Mayor). Capitán Arturo Ayala (Fotogrametría). Teniente Jorge González (Destacamento Andino Número 2). Sargento 2.° Pedro López. Cabo 1.° Ernesto González. Cabo 2.° Pedro Vivanco (Dest. Andino Núm. 2).

MISION AEREA: Comandante de Escuadrilla Enrique Byers. Capitán de Bandada Eduardo Iensen Franke. Capitán Ingeniero A. Martínez. Tenientes primeros Arturo Parodi Alíster y Tomás Franzetti P. Teniente 2.° Humberto Tenorio I. Suboficiales Juan Valdivia Torrijos, Daniel Gavilán Garrido, Tomás Pineda Letelier y Juan Salles Troncoso. Cabos Exequiel Garrido, Raúl Palma y Jorge Iturriaga.

DELEGACION NAVAL ARGENTINA: Capitán de Corbeta Oscar H. Rosseau (jefe). Teniente de Navío Constantino Fraguío. Teniente de Fragata Guillermo F. Aliaga.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

RUTA SEGUIDA POR EL TRANSPORTE ANGAMOS DURANTE LA EXPEDICION

Zarpó de Valparaíso, el 28 de enero de 1947, a las 21.11 horas.

Fondeó en la Isla Mocha, el 30 de enero; zarpe id.

Entra al Canal Trinidad, el 2 de febrero, a mediodía (Paso Coffin, Canal Concepción, Canal Inocentes, Angostura Guía, Canal Sarmiento, Paso Faranhar, Estrecho Collingwood, Canal Smith, Canal Gray).

Entra al Estrecho de Magallanes, el 3 de febrero (Paso Largo, Paso Tortuoso, Paso Inglés, Paso Froward, Paso del Hambre, Canal Ancho).

Fondeó en Punta Arenas, el 3 de febrero, a las 23.50 horas.

Zarpó de Punta Arenas, el 5 de febrero, a las 23.50 horas. (Paso Ancho, Paso del Hambre, Paso Froward, Seno y Canal Magdalena.)

Fondeó en Bahía Morris (Scholl), el 6 de febrero, a las 20 horas.

Zarpó el 7 de febrero, a las 5.30 horas (Canal Magdalena, Canal Cockburn, Paso Brecknock, Bahía Desolada, Canal Balleneros).

Fondeó en Puerto Engaño, el 7 de febrero, a las 18.50 horas.

Zarpó el 8 de febrero, a las 6 horas (Canal O'Brien, Paso de los Timbales, Canal Beagle, brazo N. W.).

Fondeó en Rada Pickton, el 8 de febrero, a las 20 horas.

Zarpó el 9 de febrero, a las 5.30 horas (Canal Beagle, Paso Richmond, Canal Gorce, Bahía Nassau).

Fondeó en Wualaia, el 9 de febrero, a las 13.15 horas.

Zarpó el 9 de febrero, a las 16 horas (Bahía Nassau, Paso Nassau). Pasa a la cuadra del Cabo de Hornos, a la hora 16.

Pasa a la cuadra de Isla Diego Ramírez, el 10 de febrero, a las 4.15 horas.

*

A la vista de tierra de las Shetland del Sur, el 11 de febrero a las 14.25 horas.

Pasa a la cuadra de la Isla Decepción, donde no le fué posible entrar por hallarse obstruída de témpanos, el 12 de febrero al amanecer.

Fondeó en Bahía Soberanía el 12 de febrero, a las 11.30 horas.

Cambia de fondo en Bahía Soberanía, el 14 de febrero.

Zarpó de Bahía Soberanía, el 3 de marzo, a las 13.20 horas.

Fondeó en la Isla Decepción (Caleta Balleneros), el 3 de marzo, a las 19.30 horas.

Zarpó el 4 de marzo a las 4.10 horas. Canal Gerlache, Canal Niemayer (Isla de las dos Jorobas e Isla de Lieja, Tierra de Graham).

Fondeó en Bahía Dorián (Puerto Angamos), el 4 de marzo, a las 19.45 horas.

Zarpó el 6 de marzo, a las 12 horas. Estrecho de Bismarck (Islas Petersen y Víctor Hugo).

Atraviesa el Círculo Polar Antártico, el 7 de marzo, a las 8.13 horas.

Fondeó en Bahía de la Isla Neny, el 7 de marzo, a las 21.40 horas.

Zarpó el 9 de marzo, a las 4.38 horas.

Fondeó en Bahía Dorián (Puerto Angamos), el 10 de marzo, a las 19.53 horas.

Zarpó el 11 de marzo, a las 4.45 horas. (Canal Niemayer, Canal Gerlache, Bahía Dallman).

Fondeó en Melchior, el 12 de marzo, a las 5.30 horas.

Zarpó el 12 de marzo.

Fondeó en la Isla Decepción (Caleta Balleneros), el 12 de marzo, a las 19 horas.

Zarpó de Caleta Balleneros, el 15 de marzo, en la mañana.

Fondeó en Caleta del Telephon, el 15 de marzo, en la mañana.

Zarpó de la Bahía de Isla Decepción, el 15 de marzo, a las 12 horas.

Fondeó en Bahía Soberanía, el 15 de marzo, a las 18 horas.

Zarpó el 21 de marzo, de madrugada.

Fondeó en Isla Roberts, el 21 de marzo.

Fondeó en Bahía Soberanía, el 21 de marzo.

Zarpó el 22 de marzo.

Pasa a la cuadra del Cabo de Hornos, el 24 de marzo, en la madrugada (Canal Lemaire).

Entra al Estrecho de Magallanes, el 25 de marzo (Primera Angostura, Segunda Angostura).

Fondeó en Río Seco, el 25 de marzo.

Zarpó el 26 de marzo.

Fondeó en Punta Arenas, el 26 de marzo, a las 9 horas.

Zarpó el 2 de abril en la madrugada (Estrecho de Magallanes: Paso del Hambre, Cabo Froward, Paso Inglés, Paso Tortuoso, Canal Smith).

Fondeó en Muñoz Gamero, Caleta Marazzi, el 3 de abril.

Zarpó el 5 de abril.

Fondeó en Puerto Bueno, el 5 de abril, en la tarde.

Zarpó el 8 de abril, de madrugada (Angostura Guía, Canal Sarmiento, Canal Graper).

Fondeó en Puerto Edén, el 8 de abril, a las 17 horas.

Zarpó, el 9 de abril (Angostura Inglesa, Canal Messier, Canal Darwin, Canal Moraleda).

Fondeó en San Pedro, el 10 de abril.

Zarpó el 10 de abril.

Fondeó en Quellón, el 10 de abril.

Zarpó el 12 de abril a mediodía (Estero).

Fondeó en Compú, el 12 de abril.

Zarpó el 13 de abril.

Fondeó en Castro, el 13 de abril.

Zarpó el 15 de abril.

Fondeó en Puerto Montt, el 16 de abril.
Zarpó el 18 de abril.
Fondeó en Corral, el 19 de abril.
Zarpó el 23 de abril.
Fondeó en Talcahuano, el 23 de abril.
Zarpó el 24 de abril.
Fondeó en Valparaíso, el 25 de abril.

OBRAS DE EUGENIO ORREGO VICUÑA

HISTORIA Y ENSAYO

El espíritu constitucional de la Administración O'Higgins *(Un vol.)*
Un canciller de la revolución. *(Un vol.)*
Medina y Harrisse.
Mariátegui.
Vicuña Mackenna. Vida y Trabajos. *(Un vol.)*
El país de Lenin. *(Un vol.)*
Vicuña Mackenna abogado. *(Universidad de Chile.)*
Vicuña Mackenna en la Universidad de Chile. *(Id.)*
Don Andrés Bello. *(Id., un vol., tercera edición agotada.)*
Bello y Bolívar. *(Univ. de Chile.)*
Andrés Bello. Itinerario de una vida ejemplar. *(Id.)*
Iconografía de O'Higgins. *(Id., un vol.)*
Iconografía de San Martín. *(Id., un vol.)*
Iconografía de Vicuña Mackenna. *(Id., dos vol.)*
Los problemas de la unificación americana. *(Univ. de Chile.)*
El escritor y la sociedad. *(Id.)*
Sociedad de Naciones Americanas. *(Id.)*
La Federación del Pacífico. *(Id.)*
Bolívar. *(Universidad de Concepción.)*
En torno a Pascal. *(Id.)*
Hombres de América. *(Un vol.)*
Vida de San Martín. *(Un vol., Emecé, Buenos Aires, 2.ª edición.)*
El libertador O'Higgins y el general de la Cruz. *(Univ. de Chile. Un vol.)*
Recordatorio de doña María Vicuña de Orrego. *(Un vol., Colombo, Buenos Aires.)*
O'Higgins. Vida y Tiempo. *(Un vol., Losada, Buenos Aires.)*
Ensayos. *(Univ. de Chile, dos vol., en prensa.)*
Historia del Hidalgo Cervantes. *(Univ. de Chile, un vol., en prensa.)*

VIAJES

Mujeres, paisajes y templos. Japón y China. *(Un vol., Impresora Uruguaya, Montevideo.)*
Tierra de águilas. *(Un vol.)*
Terra Australis. Diario de viaje a la Antártida. *(Un vol.)*

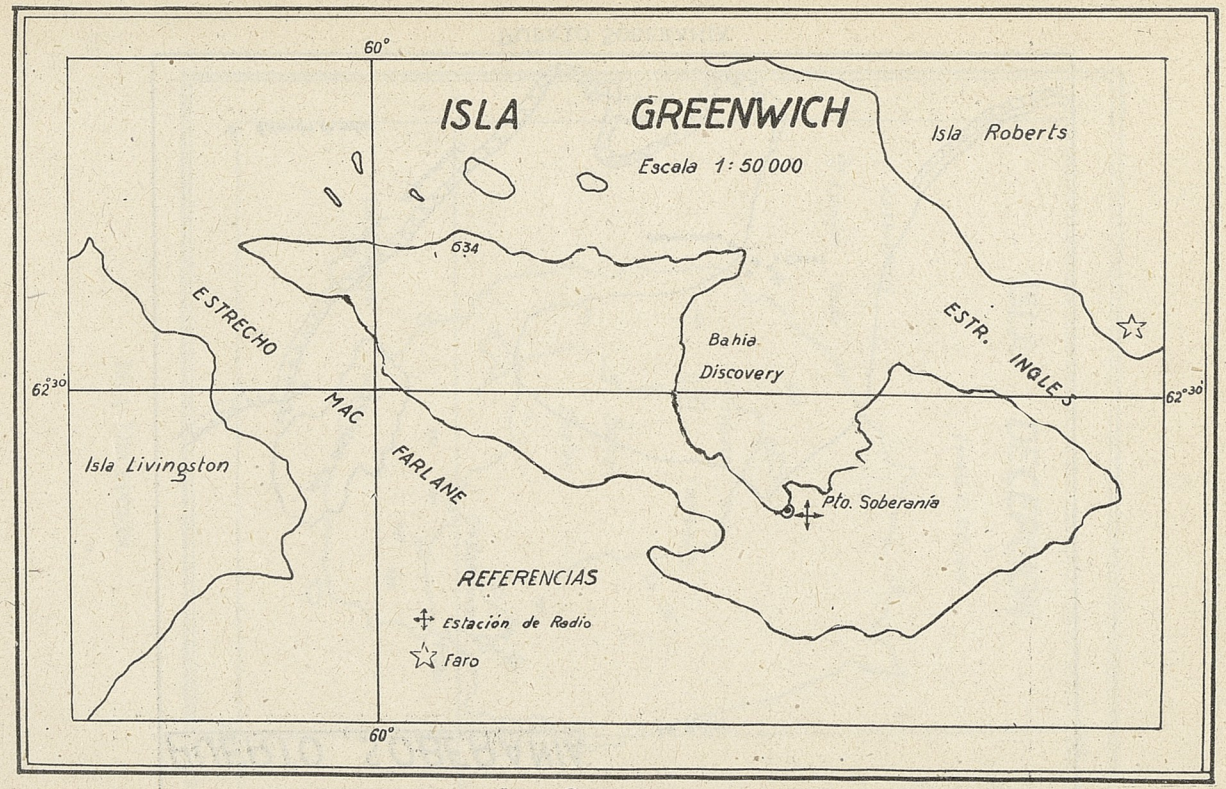
TEATRO

La rechazada. *(Drama en tres actos.)*
El amo de su alma. *(Paul Raynal. Drama en tres actos.)*
Tragedia interior. *(Drama en un acto, traducido a varios idiomas.)*
Vírgenes modernas. *(Comedia dramática en cuatro actos.)*
El lobo. *(Drama en tres actos.)*
Salomé. *(Wilde. Drama en un acto. Ediciones de "La Revista Americana", de Buenos Aires.)*
Carrera. *(Drama histórico en cinco actos; Univ. de Chile.)*
San Martín. *(Drama histórico en cinco actos; Univ. de Chile, tres edic.)*
O'Higgins. *(Trilogía dramática.)*
O'Higgins. *(Drama histórico, en prensa.)*
Camino adelante. *(Comedia poética en colaboración con Max Jara; Univ. de Chile.)*
El alba de oro. *(Comedia poética en cuatro actos; Univ. de Chile.)*
Ifigenia en Taurida. *(Goethe. Tragedia; Univ. de Chile.)*
El reino sin término. Vida de Jesús. *(Drama sacro. Univ. de Chile.)*

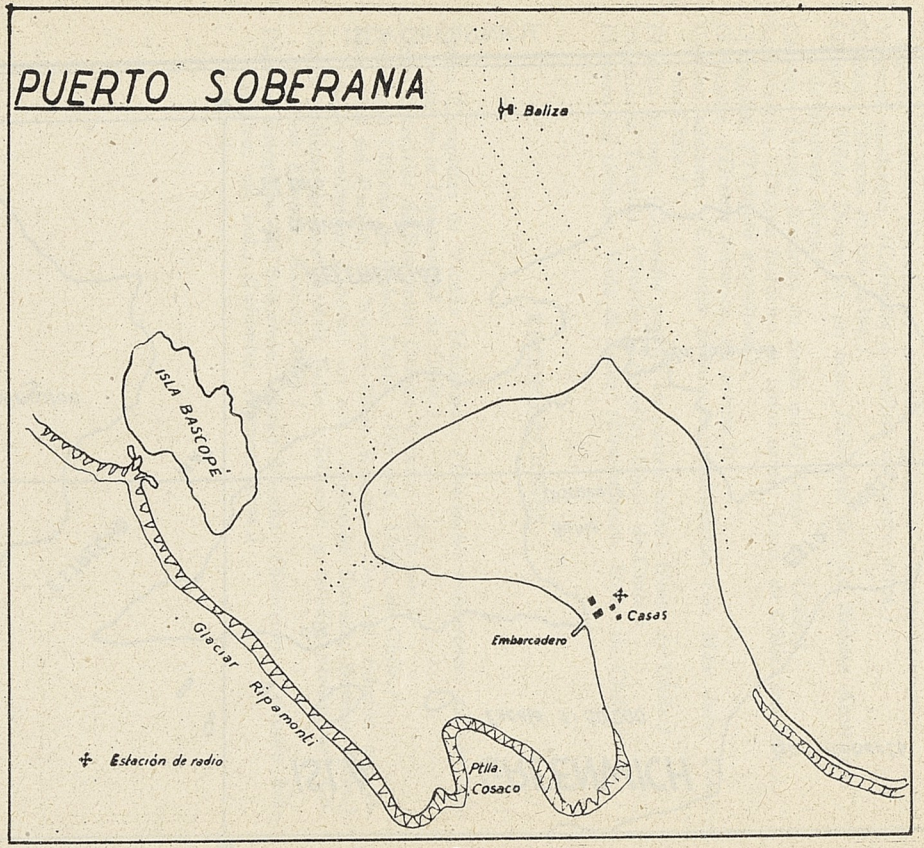
RECOPILACIONES

Obras Completas de Vicuña Mackenna. *(Dieciocho volúmenes; edición oficial de la Universidad de Chile.)*
Obras Literarias de Benjamín Orrego Vicuña. *(Un vol.)*
Antología Chilena de Rubén Darío. *(Un vol., Univ. de Chile.)*
Recuerdos del Pasado, de Vicente Pérez Rosales. *(Dos vol. Edición con estudio preliminar y notas; un vol.; Colección Estrada, Buenos Aires.)*
Obras poéticas de don Andrés Bello. *(Selección y estudio preliminar; Colección Estrada, Buenos Aires.)*
Páginas Escogidas de Benjamín Orrego Vicuña. *(Selección y estudio biográfico; un vol.; Colombo, Buenos Aires.)*

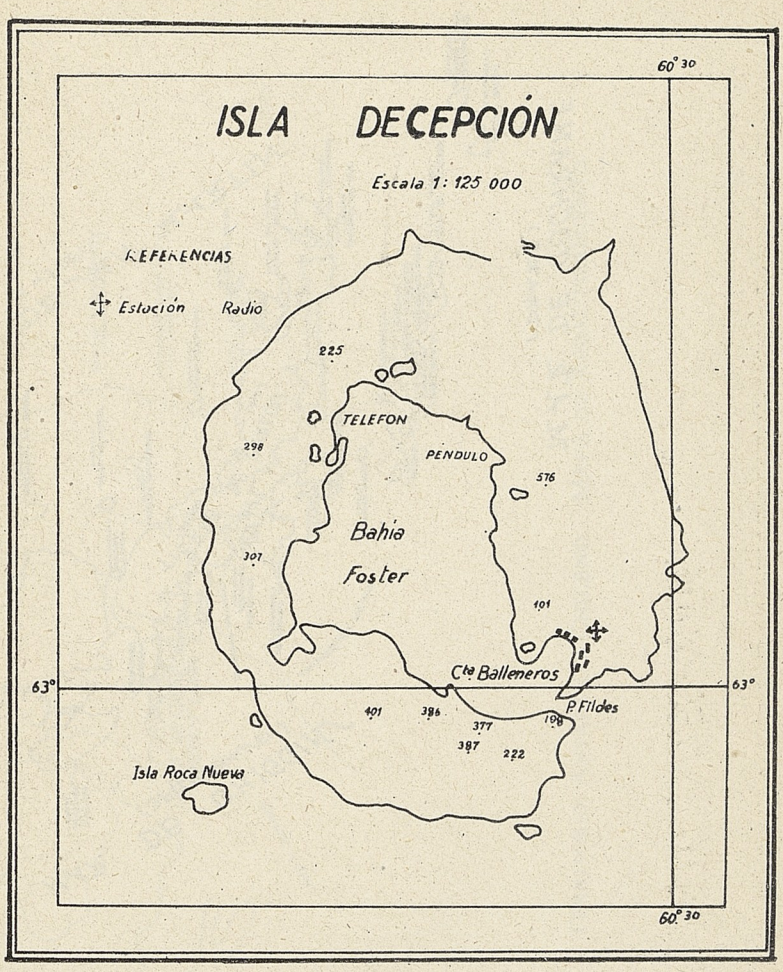
SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL



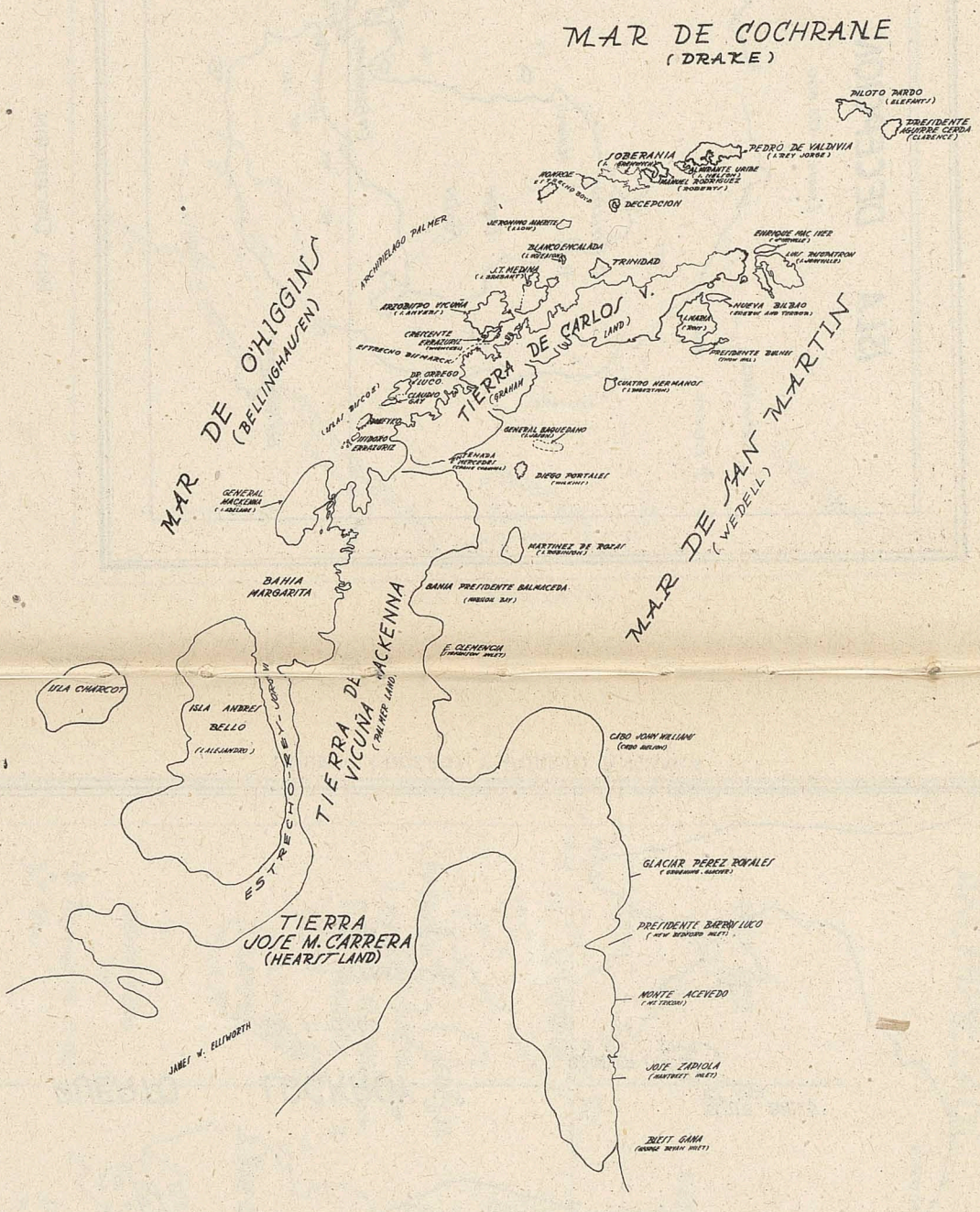
ISLA GREENWICH.



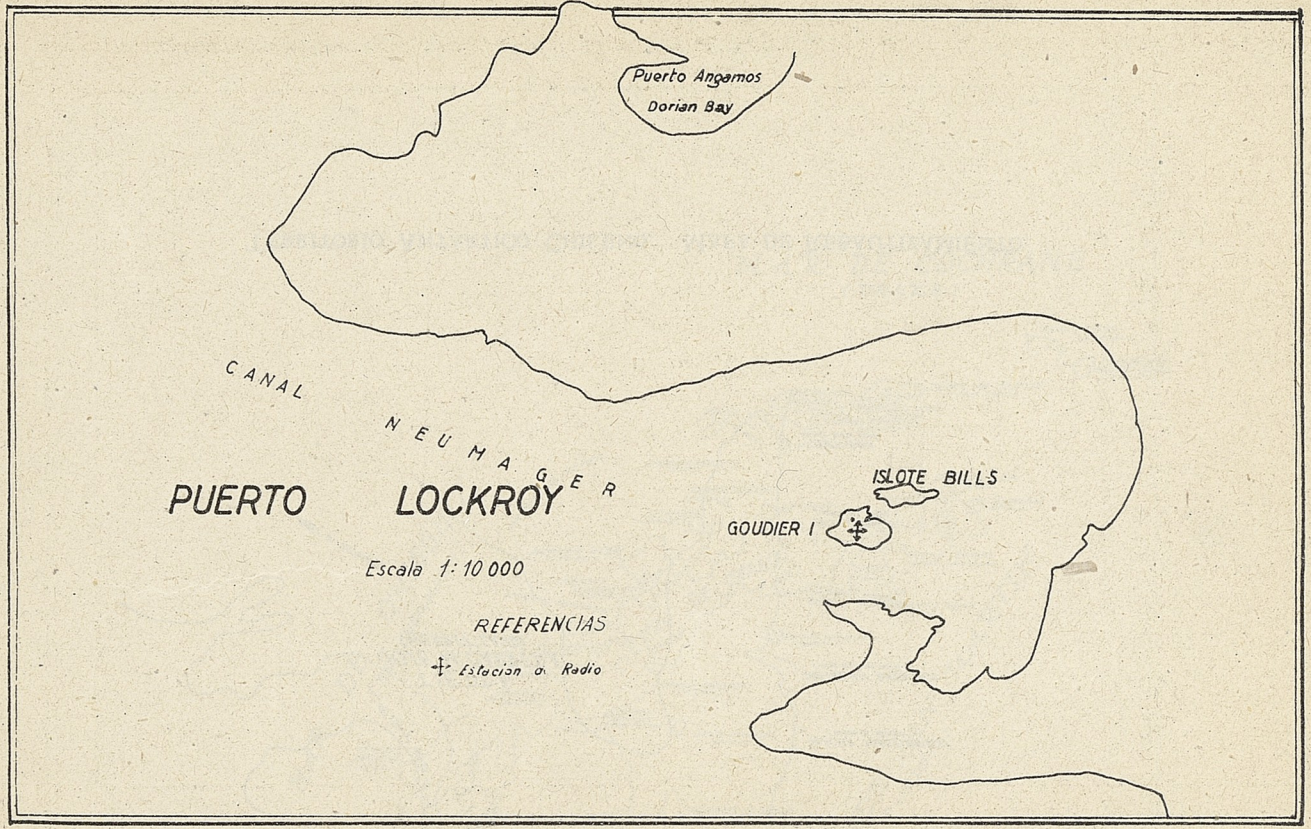
PUERTO SOBERANIA.



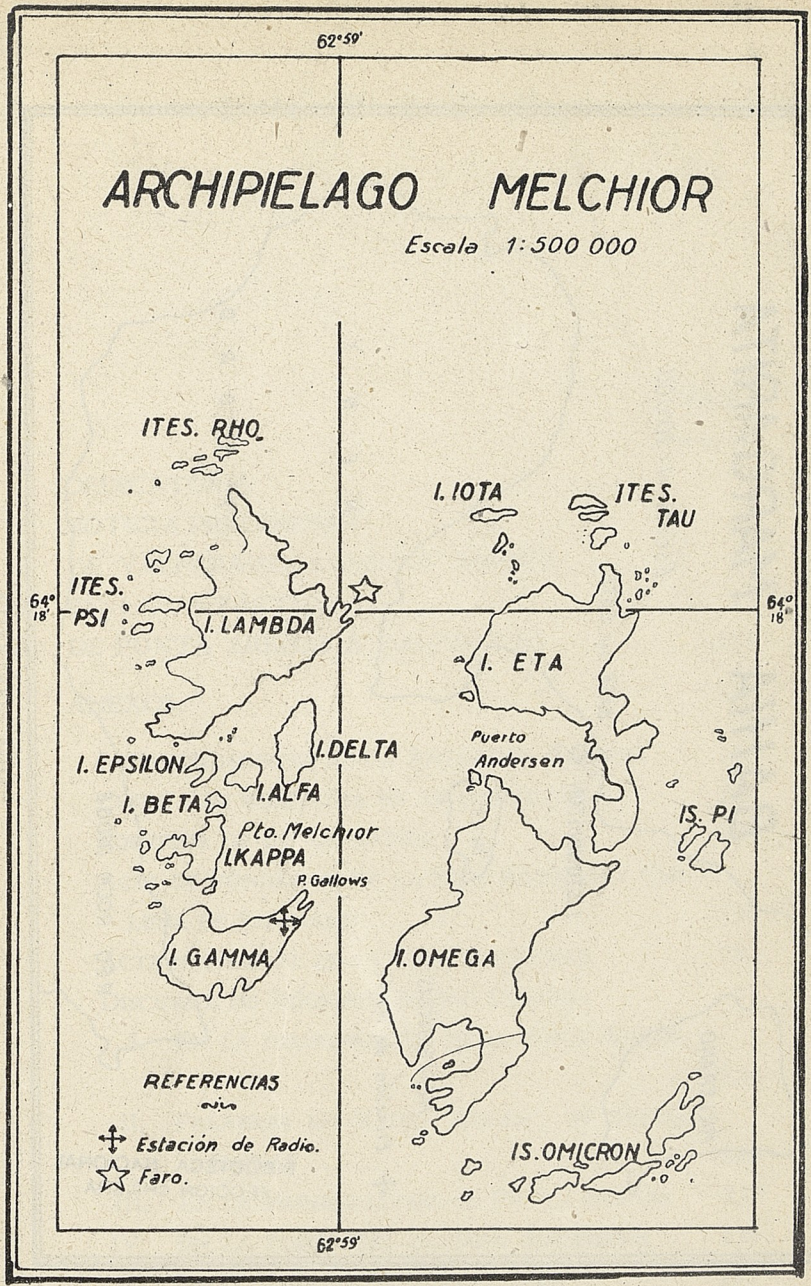
ISLA DECEPCION.



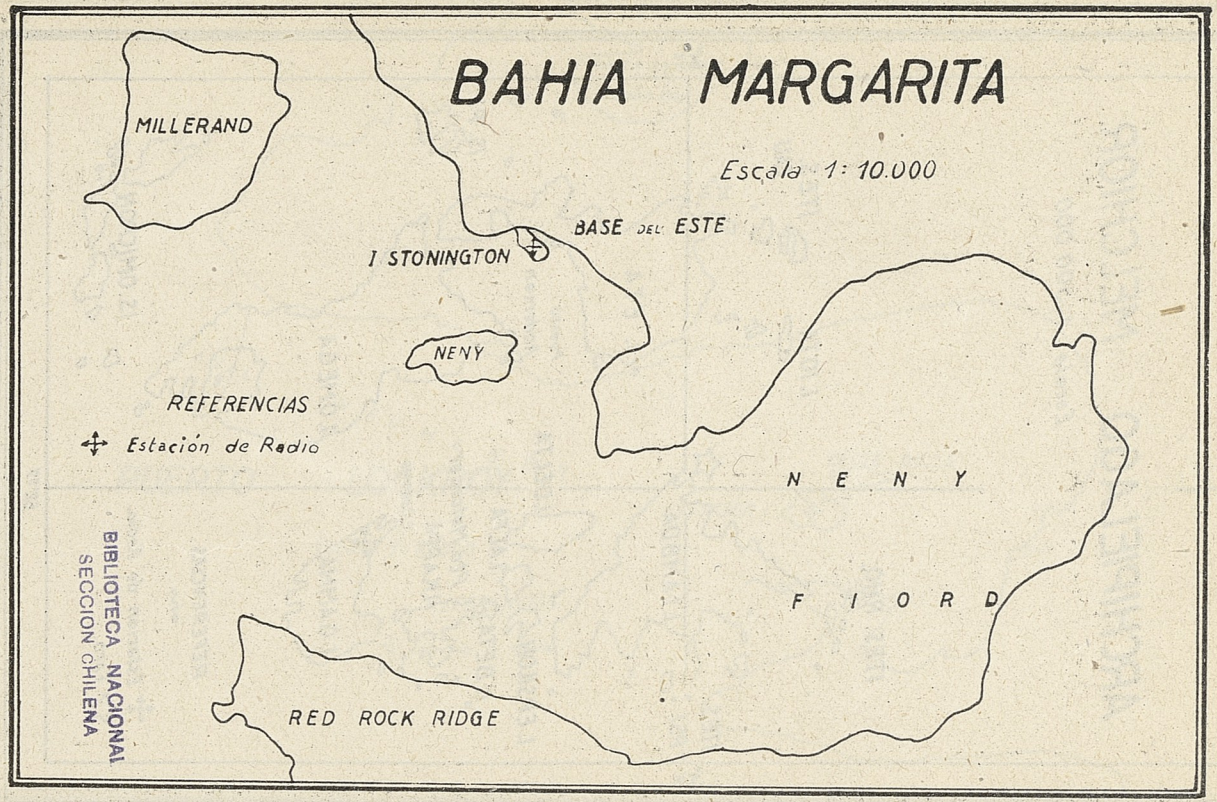
TERRITORIO ANTARTICO CHILENO. MAPA DE REBAUTIZAMIENTO.



PUERTO LOCKROY Y PUERTO ANGAMOS.



ARCHIPIELAGO MELCHIOR.



BAHIA MARGARITA.

INDICE

		Pags.
	DEDICATORIA	7
	NOTICIA PRELIMINAR	9
I.	DE VALPARAISO A PUNTA ARENAS	13
II.	EN LA ANTARTIDA	29
III.	DE PUNTA ARENAS A VALPARAISO	141
	ANEXOS:	
	REBAUTIZAMIENTO DE LA ANTARTIDA CHILENA	195
	CHILE Y SU SOBERANIA EN LA ANTARTIDA	204
	PORVENIR DE LA ANTARTIDA	220
	ACTA DE FUNDACION DE LA BASE ANTARTICA CHILENA DE SOBERANIA	227
	ACTA INAUGURAL DE LA CRUZ ANTARTICA	231
	DISCURSOS DE EUGENIO ORREGO VICUÑA:	
	I. EN LA INAUGURACION DE LA CRUZ ANTARTICA	233
	II. PALABRAS EN RADIO "POLAR", DE PUNTA ARENAS	234
	III. EN LA MUNICIPALIDAD DE PUNTA ARENAS	237
	IV. EN LA TUMBA DEL CAPITAN ANDRESSEN	238
	V. EN EL REGIMIENTO CAUPOLICAN	243

PAGS.

DISCURSO DEL COMODORO GUEZALAGA 245
AL PABELLON CHILENO (POEMA DEL CAPITAN ARGENTINO, OSCAR H. ROSSEAU) 249
NOMINA DE LOS MIEMBROS DE LA EXPEDICION 251
RUTA SEGUIDA POR EL TRANSPORTE "ANGAMOS" DURANTE LA EXPEDICION 257
OBRAS DEL AUTOR 261